

EL PEREGRINO

*Autobiografía de
San Ignacio de Loyola*

Introducción, notas y comentario por
Josep M.^a Rambla Blanch, S. I.



MENSAJERO · SAL TERRAE

► Pocas cosas hay tan fascinantes como participar en la aventura interior de un hombre. Cuando esta historia íntima es la acción de Dios en su vida, la fascinación se convierte en privilegio único. La obra que presento es una de estas historias excepcionales. El mismo Ignacio de Loyola, cediendo a las instancias constantes de sus compañeros, nos abre del todo las puertas de su existencia rica y agitada. Mediante la narración sobria e intencionada de hechos, más que con exposiciones generales o teóricas, nos va comunicando "el modo como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión". Es la senda más apasionante de la vida de un hombre.

Los mismos seguidores más cercanos del santo quizá no hubiésemos recurrido a la apelación de *peregrino* para definirlo. Sin embargo su vida no fue más que una peregrinación. La narración que el mismo Ignacio nos ofrece lo mostrará sobradamente.

La presente obra se ha concebido y construido de la siguiente manera: La parte central es obviamente el relato ignaciano. Para hacer más fácil y fecunda su comprensión, le precede una orientación preliminar, le acompañan *notas* que ayudan a desentrañar su sentido y le sigue un estudio sobre las sendas espirituales recorridas por el peregrino de Loyola.

colección



MANRESA

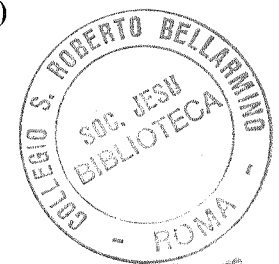
EL PEREGRINO

Introducción, notas y comentario por
Josep M.^a Rambla Blanch, S. I.

EL PEREGRINO

Autobiografía de
San Ignacio de Loyola

(2.^a edición)



AN. 5935



Mensajero



Sal Terrae

Quedan prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

INDICE

PROLOGO	7
SIGLAS Y ABREVIATURAS	9
INTRODUCCION: «EL LIBRO»	11
Génesis de la Autobiografía	13
La Autobiografía, un libro singular	16
El marco histórico	20
AUTOBIOGRAFIA: «EL PEREGRINO»	25
Loyola: un nuevo nacimiento	27
Montserrat: se viste del hombre nuevo	35
Manresa: en la escuela de Dios	39
Jerusalén: qué alegría, vamos a la casa del Señor	51
Barcelona: estudiar para ayudar a las almas	61
Alcalá y Salamanca: peligros y cárceles	63
París: los compañeros	73
Azpeitia: profeta en su tierra	86
Italia: otra Jerusalén	92
El término: siempre en búsqueda	102
COMENTARIO: «LA PEREGRINACION»	106
«Peregrino»: mirada retrospectiva	109
Una peregrinación con Dios como guía	112
1. Un caballero al servicio de Cristo	112
2. Tanteando el propio camino	114
3. Ojos nuevos	117
4. Conversión... al mundo	123
5. Guiar a los demás	129

Traducción y adaptación de: EL PELEGRI. Autobiografía de
Sant Ignasi de Loiola. Traducció i comentari de Josep M.^a Rambla, S.I.
Col·lecció Horitzons. Editorial Claret, Barcelona, 1983

© Ediciones Mensajero - Sancho de Azpeitia, 2 - 48014 BILBAO
Apartado 73 - 48080 BILBAO
I.S.B.N.: 84-271-1665-9
© Editorial Sal Terrae - Guevara, 20 - 39001 SANTANDER
Apartado 77 - 39080 SANTANDER
I.S.B.N.: 84-293-0888-1
Depósito Legal: BI-2.082-91
Fotocomposición: Laserfilm - Emilio Arrieta, 1 - 48012 BILBAO
Printed in Spain

Impreso por GRAFO, S.A. - Avda. de Cervantes, 59 - (DENAC) - ARIZ-BASAURI (Vizcaya)

Ignacio, profeta para nuestro tiempo	133
1. Hallar a Dios en el corazón de la vida	134
2. Rescatar la acción	135
3. Un cristianismo de búsqueda	136
4. Una espiritualidad integradora	137
5. El corazón ardiente	138
APENDICES	141
Prólogo del P. Nadal	143
Prólogo del P. Luis Gonçalves de Câmara	145
Ignacio de Loyola - Cuadro histórico	149
Nota bibliográfica	151
Las rutas del peregrino	152

PROLOGO

Pocas cosas hay tan fascinantes como participar en la aventura interior de un hombre. Cuando esta historia íntima es la acción de Dios en su vida, la fascinación se convierte en privilegio único. La obra que presento es una de estas historias excepcionales. El mismo Ignacio de Loyola, cediendo a las instancias constantes de sus compañeros, nos abre del todo las puertas de su existencia rica y agitada. Mediante la narración sobria e intencionada de hechos, más que con exposiciones generales o teóricas, nos va comunicando «el modo como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión». Es la senda más apasionante de la vida de un hombre. Y aquí nos sale al encuentro uno de los que más huella han dejado en la historia general y particularmente de la Iglesia de los últimos cinco siglos. Personalidad importante y a la vez desfigurada a través de los años. Ahora, sin embargo, Ignacio, hombre de palabras medidas, de afán de precisión y de gran sentido práctico, nos da la definición de sí mismo: *peregrino*. En su relato, muy pronto, antes de dejar en Montserrat sus vestidos, la espada y el puñal; antes de vestirse el saco y las alpargatas y de tomar en su mano el bordón, Ignacio se bautiza a sí mismo con este nombre. Verdadero autorretrato, realizado en los años de madurez (unos tres antes de la muerte), cuando con ojos iluminados contempla e interpreta sus treinta años de vida desde la conversión. Una definición meditada. Más no podemos pedirle. Hoy muy pocos se hubiesen aventurado a esbozar semejante retrato ignaciano. Los mismos seguidores más cercanos del santo quizá no hubiésemos recurrido a la apelación de *peregrino* para definirlo. Sin embargo, su vida no fue más que una peregrinación. La narración que el mismo Ignacio nos ofrece lo mostrará sobradamente.

La lectura de EL PEREGRINO va a acercarnos, pues, a un testimonio de especial significación y particularmente interpelador para los creyentes —«por la fe, peregrinó Abraham»... «un arameo errante»— y hombres de una época en que cuanto más descubrimos y hallamos más nos acucia el anhelo de búsqueda, siempre nómadas. Iñigo, aguijoneado sin cesar por el «¿qué hacer?», compañero constante desde poco tiempo después de la conversión, realiza una larga peregrinación hasta el fin de sus días, cuando se pierde ya en el insondable misterio de Dios, —«siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo hallaba»—. Si el lector consigue convertir a Iñigo en compañero de búsquedas, perplejidades y andaduras, se verá recompensando con una mayor claridad y fuerza en el empeño de su propia peregrinación.

La presente obra se ha concebido y construido de la siguiente manera: La parte central es obviamente el relato ignaciano (*Autobiografía*: El Peregrino). Para hacer más fácil y fecunda su comprensión, le precede una orientación preliminar (*Introducción*: El Libro), le acompañan *notas* que ayudan a desentrañar su sentido y le sigue un estudio sobre las sendas espirituales recorridas por el peregrino de Loyola (*Comentario*: La Peregrinación). En apéndices se hallan: los *prólogos* de Jerónimo Nadal y Luis Gonçalves da Câmara (que dado su uso abundante en la introducción y a lo largo de toda la obra y que no forman parte del relato ignaciano, he preferido trasladarlos al final), un *cuadro histórico*, una breve *nota bibliográfica* y un mapa para seguir mejor las *rutas del peregrino*.

La obra se publicó en catalán en 1983 y ahora se ha traducido al castellano con algunas pocas acomodaciones exigidas por la ampliación del campo de lectores más allá del área de lengua catalana y con pequeñas correcciones y complementos, gracias a los años transcurridos desde la aparición del original catalán. Mi trabajo, dentro del amplio abanico de comentarios de la *Autobiografía* publicados en distintas lenguas, pone el acento en la interpretación de la experiencia espiritual cristiana del santo, puesto que existe en castellano la excelente edición de Cándido de Dalmases, con abundante información de carácter histórico. Sin embargo, en la presente obra el lector encontrará también todas las aclaraciones, junto con muchas referencias bibliográficas, necesarias para la comprensión más plena del texto ignaciano. Como me he servido principalmente de fuentes ignacianas, el comentario puede considerarse *Inigo interpretado por Ignacio*. De este modo espero haber colaborado a la realización de lo que expresaba Roland Barthes, en su estudio sobre el lenguaje ignaciano: «Sólo puede afirmarse que existe propiamente Texto cuando el texto *literario* (el Libro) transmigra hacia nuestra vida, cuando una escritura (la escritura del Otro) consigue escribir fragmentos de nuestra cotidianidad; en una palabra, cuando se produce una coexistencia». ¡Ojalá, pues, que a través de la lectura del relato ignaciano se produzca una coexistencia y el texto llegue a escribir fragmentos de nuestra cotidianidad!

Al iniciar la lectura del relato ignaciano se descubre en seguida una nota constante de la vida del *peregrino*, la amistad y el compañerismo. Al final, aparece ya Ignacio en el centro de un numeroso grupo de compañeros, la Compañía de Jesús. Esta obra que ahora sale a la luz pública es hija de esta tradición, ya que no se hubiese realizado sin el apoyo, el estímulo y la insistencia benévola de compañeros y amigos. A todos ellos, mi amistoso agradecimiento. Además, son muchas las personas que me han prestado su colaboración directa —siempre amable y generosa— en la preparación de este libro, a quienes expreso mi cordial gratitud. Sin embargo, debo agradecer especialmente la valiosa ayuda fraterna de Josep Giménez Melià y Javier Melloni Ribas: el primero ha realizado la traducción al castellano del original catalán; el segundo, de las páginas italianas de la *Autobiografía*.

J. M.^a R. B.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

- AHSI** = Archivum Historicum Societatis Iesu. Periodicum semestre (Instituto Histórico S.I., Roma)
- Chron** = Cronicon Societatis Iesu, auctore Ioanne de Polanco, 6 volúmenes (Madrid, 1898-1901).
- Const** = Constituciones de la Compañía de Jesús.
- Const Praev** = Sancti Ignatii Constitutiones Societatis Iesu, vol. I. Monumenta Ignatiana. (Roma, 1934).
- Epp** = Epistolae et Instructiones Sancti Ignatii, 12 volúmenes. Monumenta Ignatiana. (Madrid, 1903-1911).
- Ej Esp** = Ejercicios Espirituales
- Ex Sp** = Exercitia Spiritualia Sancti Ignatii de Loyola, nova editio. Monumenta Ignatiana. (Roma, 1969).
- FD** = Fontes documentales de S. Ignatio de Loyola. Monumenta Ignatiana. (Roma, 1977).
- FN** = Fontes Narrativi de Sancto Ignatio de Loyola, 4 volúmenes. Monumenta Ignatiana. (Roma, 1943 - 1965).
- MN** = Monumenta P. Hieronymi Nadal, 5 volúmenes (Madrid, 1898 - Roma, 1962).
- O. C.** = Obras Completas de San Ignacio de Loyola, edición manual, editadas por Ignacio Iparraguirre y Cándido Dalmases, 4ª edición (Madrid, 1982).
- Scripta** = Scripta de Sancto Ignatio, 2 volúmenes. Monumenta Ignatiana. (Madrid, 1904 y 1918).
- V.** = Ver.

Nota. Cuando una obra tiene varios volúmenes, éstos se indican con una cifra romana que precede a la arábica de las páginas.

Introducción

EL LIBRO

GENESIS DE LA «AUTOBIOGRAFIA»

Ignacio de Loyola se encontraba en el culmen de su vida. Había reunido un buen grupo de compañeros que anunciaban la buena nueva de Jesús, extendidos por el mundo cada vez más amplio del siglo XVI. Esta «compañía» había sido ya aprobada oficialmente por el Papa e Ignacio había dejado escritas unas *Constituciones* para ayudar a avanzar mejor en el camino emprendido. Es más, los *Ejercicios Espirituales*, fruto de veinticinco años de experiencias personales y de ayuda a los demás, circulaban ya con una especial aprobación del Papa. Estas manifestaciones, suficientemente patentes al exterior, eran la sobreabundancia de una vida personal e íntima, rebosante de plenitud humana y cristiana. Por esto, todos los compañeros que rodeaban a Ignacio, anhelaban que les comunicase el fondo de su alma. Ciertamente Ignacio ya se había expandido, discreta, pero muy profundamente, en los *Ejercicios Espirituales* publicados ya y en las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, en período de promulgación. Su alma también se había ido proyectando en miles de cartas difundidas por todo el mundo. Pero esto no les bastaba. Los discípulos deseaban que el maestro y guía del grupo les dejase un testimonio estrictamente personal de su riquísima y particular experiencia desde el momento en que el Señor desbarató sus planes de grandezas caballerescas para introducirle en el camino escarpado pero fascinante del seguimiento de Cristo. Un deseo muy explicable y que desde hacía tiempo ardía en sus corazones (1).

Indudablemente, esta tenaz voluntad de conseguir la íntima confesión del santo no nacía de una simple curiosidad sentimental. El centro de interés era que

(1) Además de buscar una información más directa de boca de Ignacio, hacía ya muchos años que los compañeros trataban de ir recogiendo todo tipo de noticias sobre él e, incluso, se pensaba en la preparación de una biografía. Luis Gonçalves da Câmara (V. *Prólogo del P. Luis Gonçalves da Câmara*, nota 1) ya hacía gestiones para conocer a Ignacio el mismo año de su entrada en la Compañía, en 1545 (FN, I, 528-530). Más tarde sería el confidente de Ignacio para la transmisión del relato autobiográfico y él mismo nos dejaría un *Memorial* (FN, I, 527-752), conjunto de observaciones extraídas de su íntima convivencia con Ignacio. En 1546, diez años antes de la muerte del santo, Pedro de Ribadeneira, el más joven de sus discípulos y posteriormente el primero y el más clásico de sus biógrafos, efectuaba diligencias para iniciar los preparativos de una biografía del santo (FN, I, 9*-10*). Uno de los primeros compañeros de Ignacio, Diego Laínez, escribe en 1547, desde Trento, una larga «carta» biográfica respondiendo a la súplica que el secretario de Ignacio,

no se perdiese para la posteridad una gran lección de vida cristiana inscrita en la experiencia de Ignacio. Según Jerónimo Nadal, hombre de la más alta confianza de Ignacio y uno de los que más lucharon para conseguir la narración ignaciana, lo que se quería conocer era «cómo el Señor le había dirigido» (2), o también «cómo el Señor os formó» (3). El conocimiento de la manera de proceder de Dios en una vida como la de Ignacio debía ser de gran ayuda para la vida cristiana de otros.

Sin embargo, existe una motivación más particular: el bien de la Compañía de Jesús que se encuentra en sus primeros años de vida. Ignacio de Loyola ya ha redactado las líneas fundamentales de la orden, es decir, la *Fórmula*, que constituye el núcleo central de las bulas papales de aprobación, y las *Constituciones*, que desarrollan y concretan más aquellas líneas. Pero la Compañía, antes que una letra, es una vida y esta vida se encuentra de manera privilegiada y ejemplar en Ignacio. Es como el «árbol y el artífice» del que provenía el fruto de la Compañía, en expresión de Gonçalves da Câmara (4), otro de los actores principales en la laboriosa consecución del relato ignaciano. Según Gonçalves da Câmara, el mejor argumento para conseguir de Ignacio esta narración es que «en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía (...) y que esto era *fundar* verdaderamente la Compañía» (5). Argumentación que nos anticipa ya el principio, tan repetido desde el Vaticano II, de la necesidad de profundizar en el carisma de los fundadores, su espíritu y sus intenciones, a fin de promover la renovación de la vida religiosa (6).

Juan de Polanco, le había dirigido como a uno de los testigos más privilegiados. Esta «carta» constituye la célula inicial de la literatura ignaciana (FN, I, 54-145). El mismo Polanco, desde 1547, redacta unos esbozos de historia de la Compañía de Jesús en los que hallamos noticias interesantes sobre la fisonomía espiritual de Ignacio (FN, I, 146-298).

(2) *Prólogo del P. Nadal*, n. 2.

(3) *Ibid.*, n. 3.

(4) *Memorial del P. Luis Gonçalves da Câmara*, n. 3 (FN, I, 528).

(5) *Prólogo del P. Câmara*, n. 4. Existe una relación entre la vida de un fundador y la vida de la orden religiosa por él fundada. El mismo Gonçalves da Câmara había penetrado en esta intuición de manera profunda. Según él, Dios infunde abundantemente sus dones a los fundadores para convertirlos en prototipos de lo que ha de ser el grupo de sus seguidores. De aquí la importancia de conocer la vida del fundador, incluso en sus más mínimos detalles, pues de estos detalles pequeños y particulares «depende la perfecta imitación de nuestro Padre que todos debemos pretender» (FN, I, 528-529). Y consecuentemente —pensaba Gonçalves da Câmara— «tanto duraría la religión en la pureza en la que fue fundada cuanto durase la imitación de aquel a quien Dios escogió en primer lugar» (FN, I, 528). Pero este pensamiento de que la narración de los caminos por los cuales Dios había conducido a Ignacio sería «fundar la Compañía» era especialmente querido del P. Nadal. La mención que hace el P. Câmara de este pensamiento en el *Prólogo* no es otra cosa que el eco de las muchas veces que Nadal había insistido en la misma idea. Nadal sostiene que cuando Dios eligió a Ignacio para fundar la Compañía «ordenó todas sus acciones como principio y modelo de la futura Congregación» (FN, II, 250). Aunque un instituto religioso tiene su primer punto de referencia en Jesús y sus discípulos, la vida del fundador es «otro ejemplo vivo, más proporcionado a nuestra baja y imperfección de nuestro modo de proceder» (MN, V, 262, aparato crítico). Sin embargo, no sería nada extraño que esta manera de pensar fuera de paternidad ignaciana. Efectivamente, según Diego Laínez, Ignacio decía que «cuando Dios elige a alguien como fundamento de una religión, lo guía de la manera que quiere que él guíe a los demás» (FN, II, 137).

(6) *Perfectae Caritatis*, n. 8.

No obstante, la conquista de la voluntad de Ignacio fue tarea ardua. Nadal, Gonçalves da Câmara y otros tuvieron que mantener un largo e intenso asedio para llegar a la rendición de Ignacio. Rendición a la clara voluntad de Dios, naturalmente. Veamos cómo nos narra este momento decisivo Luis Gonçalves da Câmara: «nuestro Padre dijo que muchas veces le habían pedido una cosa Maestro Nadal y otros de la Compañía, y que nunca había determinado en ello; y que, después de haber hablado conmigo, habiéndose recogido en su cámara, había tenido tanta devoción e inclinación a hacello; y —hablando de manera que mostraba haberle dado Dios grande claridad en deber hacello— que se había del todo determinado; y la cosa era, declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado» (7). Nos encontramos, pues, ante un texto, no sólo de génesis larga y laboriosa, sino resultado de un proceso de discernimiento y decisión. Y esto constituye uno de los elementos más característicos de la substancia del relato ignaciano.

Tomada la decisión, empieza el relato. No lo escribe el mismo Ignacio, sino que lo dicta. Y la persona a quien debe dictarlo también es escogida con toda ponderación espiritual. Así se trasluce de la confidencia de Ignacio que nos transmite Gonçalves da Câmara: «tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese estas cosas» (8). Empieza, pues, el trabajo. Ignacio narra y Gonçalves da Câmara primero anota brevemente y luego redacta la forma actual del texto. «He trabajado de ninguna palabra poner sino las que oído del Padre» (9). Nos encontramos en agosto de 1553 (10). Las conversaciones se interrumpen cuando la narración había llegado a los primeros días de Manresa. Tal vez antes de que empiece a resumir las lecciones que Dios, como buen maestro de escuela, le imparte (n. 27) (11). Ignacio tarda un año entero en reemprender la narración. Estamos en marzo 1555. Todavía, después de otra interrupción, la última serie de conversaciones se extiende de septiembre a octubre de 1555, cuando Gonçalves da Câmara está a punto de salir de Roma. Debido a la precipitación del viaje, no puede copiar íntegramente en Roma la narración ignaciana y sólo puede llevarse de ella un buen resumen. Cuando en Génova se pone a hacer la redacción amplia y definitiva no dispone de un amanuense para dictarle el texto castellano y tiene que hacerlo en italiano. Así se explica que, de repente, el relato siga en italiano a partir del n. 79.

Un documento producido tan dolorosamente debería haber encontrado el agradecimiento de una acogida y veneración gloriosas. No fue así. Ciertamente Nadal, pocos años después de la muerte de Ignacio, afirma de los «Hechos del

(7) *Prólogo del P. Câmara*, n. 1.

(8) *Ibid.*, n. 1. Además de disfrutar de la confianza personal de Ignacio, el P. Luis Gonçalves tenía una «excelente memoria» (*Prólogo del P. Nadal*, n. 4).

(9) *Ibid.*, n. 3.

(10) V. *Prólogo del P. Câmara*, n. 2, nota 4.

(11) Sabemos por el *Prólogo del P. Câmara* (n. 2) que la interrupción del relato tuvo lugar en el punto en que Iñigo llevaba en Manresa «algunos días». Por tanto, antes de las grandes ilustraciones espirituales que sucedieron pasados ya algunos meses de estancia en la ciudad del Cardoner. En adelante todos los números indicados en el mismo texto sin otra precisión, hacen referencia a la *Autobiografía*.

Padre Ignacio» —éste es el título que da a la narración— que se encuentran al alcance de todos (12). Pero el texto no se editó hasta después de transcurridos casi dos siglos (primera mitad del siglo XVIII) y sólo en su traducción latina. Tiene que pasar todavía más de un siglo —principios del XX— para que la publicación del original castellano-italiano vea la luz. ¿Cuál es la causa de este silencio tan prolongado? Cuando, en el año 1566, el Superior General de los jesuitas, San Francisco de Borja, encarga oficialmente a Pedro de Ribadeneira la preparación de una biografía de San Ignacio, manda recoger todos los ejemplares del relato ignaciano e incluso prohíbe que se lea y propague. Ribadeneira intentó explicar el sentido de esta orden: ya que el relato ignaciano es «cosa imperfecta, no conviene que estorbe o disminuya la fe de lo que más cumplidamente se escribe» (13) ¿Quedó todo el mundo convencido? No me atrevería a afirmarlo. Jerónimo Nadal debió manifestar reservas, porque Ribadeneira le escribió una carta en la que comentaba la prohibición de difundir el documento ignaciano, la justificaba, la matizaba y atribuía su iniciativa a los consejeros del P. General (14). De hecho, con el tiempo, *El Peregrino* fue reducido al silencio. Sólo resonó su voz a través de la biografía escrita por Pedro Ribadeneira. Esta obra fue, ciertamente, una vida completa y digna. Incluso puede considerarse clásica en su género. Sin embargo, el forzoso desconocimiento, durante siglos, de un documento tan vivo y que presenta un rostro tan amable de Ignacio, puede ser una de las causas decisivas del prolongado predominio de la figura un tanto severa y rígida del santo. En cambio la publicación de esta confesión personal ignaciana ha contribuido a perfilar una imagen del santo más matizada y más suave; además, ofrece a todos los cristianos un testimonio y una enseñanza de primera magnitud.

LA «AUTOBIOGRAFIA», UN LIBRO SINGULAR

Ignacio abrió, finalmente, su corazón y hoy tenemos su relato ante nosotros. Un libro singular. Singularidad que se manifiesta en la misma *narración*, en el *género literario* y también en *algunos fenómenos que narra*.

El *texto* que ahora presentamos es, como acabamos de ver, el resultado de una dura lucha. Por una parte, el esfuerzo de los amigos íntimos de Ignacio para que les comunicara de manera completa el curso de su rica experiencia interior. Por otra, la natural resistencia del santo a remover una historia que seguramente beneficiaría aún más su prestigio personal. No tiene nada de extraño, ni el deseo de los amigos, ni la modesta reserva de Ignacio. Esta lucha dejó huella en el escrito. Porque la narración, aunque tenga el calor de las confidencias inmediatas, lleva las heridas de su penoso origen. Porque la poca salud de Ignacio y las precipitaciones del viaje de Gonçalves da Câmara a España sólo dejaron

(12) V. *Prólogo del P. Nadal*, n. 4.

(13) MN, III, 490.

(14) V. *Ibid.*, 540.

hilvanadas las últimas comunicaciones y porque el argumento se interrumpe el año 1538, casi veinte años antes de la muerte de Ignacio. Además, al narrar los hechos a mucho tiempo de distancia y sin notas a la vista, Ignacio no domina plenamente los detalles cronológicos. De ahí algunos errores que han hecho ir a la deriva a los historiadores para precisar la fecha de su nacimiento (nn. 1 y 30). Más aún, un hombre despreocupado de la elegancia estilística, sin ninguna preparación estrictamente literaria —«no domina la gramática y el lenguaje» (15)—, y que además transmite oralmente su testimonio, no es extraño que nos deje un documento rudimentario. Por lo demás, el texto refleja una comunicación oral, la cual por su propia naturaleza atiende poco al orden lógico y cronológico, más propios de una composición literaria (véanse, por ejemplo, los nn. 32-33; 73). En todo ello, hemos de agradecer la exigente y privilegiada fidelidad del confidente Gonçalves da Câmara que se esforzó en «ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre (Ignacio)» (16) y solamente se quedó con el escrúpulo de haber faltado en esto: «por no desviarme de las palabras del Padre, no he podido explicar bien la fuerza de algunas dellas» (17). No es, pues, una exageración el título que puso Nadal a su crónica: «Hechos del Padre Ignacio como los escribió por primera vez el P. Luis Gonçalves recibidos directamente de sus labios» (18).

Y, hace unos años, quizá hubiéramos puesto aquí el punto final de este apartado repitiendo las palabras, recordadas a menudo, que el antiguo *Breviario Romano* aplica a Ignacio: «un hombre sin formación literaria» (19). Pero, de repente los progresos y las nuevas perspectivas en el estudio del lenguaje han llamado la atención sobre Ignacio. Ha sido considerado un «creador de lenguaje» (20). Se ha visto en sus escritos «una pista de ilimitadas posibilidades de

(15) Ignacio Iparraguirre en *Obras Completas*, edición manual, p. 56.

(16) *Prólogo del P. Câmara*, n. 3.

(17) *Ibid.*, n. 3.

(18) FN, I, 354. En sentido idéntico se expresa el P. Ribadeneira: «lo que se escribió casi por boca de nuestro Padre» (MN, III, 540). Sin embargo, la fidelidad del P. Câmara en todo lo narrado no desvanece la sospecha de que el relato esté truncado en su principio. En efecto, el mismo Câmara nos dice que Ignacio le contó «toda su vida y las travesuras de mancebo clara y distintamente con todas las circunstancias» (*Prólogo*, n. 2). Porque Ignacio, según Polanco, «con toda libertad decía de sus pecados pasados y de las mercedes que el Señor le había hecho, cuando para su gloria y edificación de aquellos a quien hablaba juzgaba convenir» (FN, I, 163). Las notas breves y generales que sobre la juventud de Ignacio aportan las primeras líneas de *El Peregrino* no responden en modo alguno a aquel relato ignaciano tan claro y circunstanciado. Parece, pues, que el P. Câmara, movido por un mal entendido respeto filial a Ignacio, o bien no copió esta parte del relato, o si lo transcribió, no lo comunicó a los demás. Por otro lado, no hay indicios de peso para pensar que el texto original haya sido mutilado (v. FN, I, 330-331). Para referencias relativas a la vida disoluta de Iñigo antes de la conversión, (v. nota 38 de esta *Introducción*).

(19) «Homo litterarum plane rudis» reza la cuarta lectura de la festividad de San Ignacio de Loyola en el antiguo *Breviario Romano*.

(20) Roland Barthes le sitúa entre los «fundadores de lenguaje» (*Sade, Fourier, Loyola*, París 1971, p. 7 y *passim*).

creación de lenguaje» (21). Se ha ponderado «el poder generador de su estructura» (22). Porque se orienta a «producir, fundar y expresar la *elección* como momento histórico primario, tanto de la persona... como de la realidad circundante» (23). En efecto, *El Peregrino* es un caso práctico de lo que recomienda el mismo Ignacio a la persona que ha de orientar a quien quiere hacer los ejercicios espirituales. Le dice que ha de presentar «fielmente» y «con breve o sumaria declaración» la materia que el ejercitante ha de tomar como base de su oración o trabajo personal. La razón de este consejo es que, de esta manera, cuando «la persona que contempla (...) discurriendo y raciocinando por sí misma (...) es de más gusto y fructo espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia» (24). Ciertamente al transmitirnos Ignacio oralmente la experiencia de la acción de Dios en su vida, entra en contacto con nosotros de manera inmediata, viva, concreta y plástica, «con tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado» (25). Y esta comunicación, viva y sobria a la vez, es una invitación que se nos hace para emprender nuestra peregrinación personal y comprometida. Esta es la única forma de entrar en relación objetiva con este libro tan original. Más aún, «este relato no ahorrará al lector el esfuerzo de transponer la historia a su propio horizonte intelectual para comprenderla realmente» (26).

El Peregrino se sitúa en la larga lista de testimonios personales que ha producido la literatura cristiana a través de los siglos. El género de la *autobiografía espiritual* tiene raíces muy profundas en la historia del cristianismo. Recordemos solamente algunas cumbres. Las *Confesiones* de San Agustín, el *Testamento* de San Francisco, la *Vida coetánea* de Ramón Llull (también dictada, como *El Peregrino*), el *Memorial* de Pedro Fabro, el *Libro de su vida* de Santa Teresa, la *Apología pro vita sua* de Henry Newman, los *Manuscritos autobiográficos* de Santa Teresa de Lisieux. Unas pocas espigas de un campo inmenso. Resulta variadísimo, además, lo que se encuentra en este amplio terreno: narraciones de

(21) Giuseppe de Gennaro, *Gli Scritti di Ignazio di Loyola*, Torino 1977, p. 12.

(22) *Ibid.*, p. 12.

(23) *Ibid.*, p. 13.

(24) *EE* 2. El modo de hablar de Ignacio, según el P. Câmara, es «sin ninguna reflexión sobre las cosas, sino como símplice narración; y de esta manera dexa a los que oyen que ellos hagan la reflexión y saquen las conclusiones de las premisas» (FN, I, 659).

(25) *Prólogo del P. Câmara*, n. 3. El mismo P. Câmara en su *Memorial*, describe así la manera de tratar los asuntos que llevaba Ignacio: «1º, que nunca persuade con afectos, sino con cosas; 2º, que las cosas no las orna con palabras, sino con las mismas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que cuasi por fuerza persuaden; 3º, que su narración es simple, clara y distinta. Y tiene tanta memoria de las cosas, y aún de las palabras importantes que cuenta una cosa que pasó, diez, quince y más veces, omnino como pasó, que la pone delante de los ojos; y plática larga sobre cosas de importancia la cuenta palabra por palabra» (FN, I, 585-586). Esta información de Gonçalves da Câmara hace más comprensibles los fallos de memoria relativos a aspectos secundarios, sobre todo cronológicos, pues el santo, con memoria *selectiva* retiene y expresa con fuerza lo que juzga de importancia para la finalidad del relato (v. n. 96). Sobre el papel de la memoria en la *Autobiografía* es interesante: Dominique Bertrand, *Memoire et présence chez Ignace de Loyola*, Christus 14 (1964) 203-217.

(26) Karl Rahner en *Ignatius von Loyola. Der Bericht des Pilgers. Übersetzt und erläutert von Burkhart Schneider, mit einem Vorwort von Karl Rahner*, Freiburg, 1979, p. V.

hechos, a veces conscientemente idealizados; manifestaciones de sentimientos; análisis psicológicos; también, comunicaciones epistolares (27). Toda esta exuberancia de documentos, de enfoques y de estilos diferentes nos hace comprender que el mismo concepto de autobiografía —por los menos cuando nos movemos en el campo de la experiencia cristiana— tiene una amplitud y variabilidad que origina puntos de vista muy discrepantes. Por esto se ha puesto en duda que la calificación de *autobiografía* convenga a *El Peregrino* (28). Para probarlo se ha dicho que no tiene aquella plena amplitud que, según los defensores de esta posición, requiere una autobiografía; es más, dentro del ámbito reducido de tiempo que abarca, selecciona aquellos datos que interesan a la finalidad precisa del relato: cómo Dios había dirigido a Ignacio desde el principio de su conversión. Sin embargo, el título de *Autobiografía* ha ido imponiéndose en gran parte de las traducciones modernas desde 1900. En cambio, como alternativa a este título de *Autobiografía* encontramos el también aceptado de *Relato del peregrino*. La palabra «relato» tiene la ventaja de poner de manifiesto con mayor claridad el tipo de escrito que constituye este libro. La palabra «peregrino» nos da el tema sustancial de la obra con la fuerza que le viene de la autodesignación de Ignacio con esta palabra. En la presente edición, hemos reducido el título a la palabra simple, sustancial y de paternidad ignaciana de *El Peregrino*. Creemos que así aparece con destacado relieve toda la viveza y el mensaje de su contenido.

El lector moderno se encuentra desconcertado ante la narración de *algunos hechos extraordinarios* que aparecen en el relato ignaciano. Cabe señalar que también los psicólogos se han interesado por la figura de Ignacio de Loyola (29). Interés que no se ha ceñido a iluminar su rica personalidad sino que también se ha lanzado a averiguar la naturaleza y significación de algunos fenómenos sorprendentes, incluso patológicos. Aquella visión de una cosa con forma de serpiente y una especie de ojos (nn. 19,30), ¿no será una reacción compensadora de un hombre caído en extrema debilidad provocada por las excesivas penitencias? ¿No debe tener conexión con aquel deseo anterior a la conversión de brillar

(27) Sobre la significación de *El Peregrino* en el género autobiográfico cristiano, véase lo que dice Victoriano Larrañaga en *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, t. 1, pp. 11-17 (V. *Nota Bibliográfica*). Acerca del género autobiográfico a través de la historia del Cristianismo puede consultarse el artículo *Autobiographies spirituelles* en el *Dictionnaire de Spiritualité*, I, columnas 1141-1159.

(28) Esta es la argumentación de Burkhart Schneider en la obra citada en la nota 26 (pp. 14-15). Además, rechaza el título de *Confesiones y Memorias*, que también se ha dado a esta narración ignaciana, y opta por: *El relato del peregrino*. Recientemente, la nueva edición francesa ha despojado el título hasta reducirlo a *Relato (Récit)*, complementándolo con un largo subtítulo (v. *Nota bibliográfica* al final de la presente obra).

(29) L. Beirnaert, *L'expérience fondamentale d'Ignace de Loyola et l'expérience psychanalytique*, en: *Expérience chrétienne et psychologie*, París 1964 (traducción castellana: Estela, Barcelona 1966). F. Jiménez H. Pinzón, *El proceso psicológico de la conversión de San Ignacio*, Manresa 45 (1972) 145-170. A. Ravier, *Profils psychologiques d'Ignace de Loyola, de ses premiers compagnons de Paris-Venice et de ses principaux «hommes de confiance»*, en: *Les Chroniques Saint Ignace de Loyola*, Nouvelle Librairie de France, 1973. Alejandro Roldán, *San Ignacio de Loyola a la luz de la tipología* (C.I.S., Roma 1980).

a los ojos de los demás? (30). Es más, ¿no deben buscarse las raíces de esta compensación en la pérdida prematura de la madre? (31). Aquella profunda crisis de escrúpulos que padeció en Manresa (nn. 22-25) tiene las características de una depresión endógena (32). La representación de carne que se le ofreció después de un ayuno demasiado largo tiene un gran parecido con imaginaciones que han tenido muchos de los que pudieron escaparse de los campos de concentración nazis (33). Y si miramos toda la evolución de Ignacio, podemos observar un proceso imaginativo de espiritualización cada vez más alta: en la conversión, las imágenes de Iñigo corresponden a la vida real; en Manresa, durante el tiempo de crisis, las imágenes son simbólicas, pero figurativas; en cambio, en el momento más alto de la iluminación de Cardoner han perdido ya su carácter figurativo. “Y no que viese alguna visión” nos dice él mismo (n. 30). Se trata de un “estado creativo superior...” (34).

No es este el lugar de discutir el fundamento y acierto de estas y otras interpretaciones. Con todo, es totalmente evidente que las fuertes vivencias íntimas de Ignacio se enraizaban en su psiquismo y, por lo tanto, también pueden ser objeto de un análisis psicológico. Más aún, bien pudo ocurrir que el mismo Ignacio no fuera consciente del origen psicológico de algunos de los hechos que le acaecían y que, por lo tanto, no pudiera emitir un juicio sobre su naturaleza. Con todo, lo que ciertamente captó Ignacio fue la *orientación* o *sentido* de estos fenómenos interiores. Entonces “una manifestación cuyo origen psicológico no es consciente recibe valor de signo” (35), porque Ignacio percibe si aquellos movimientos internos van en la dirección de la acción de Dios o, al contrario, la obstaculizan. Y, a partir de esta constatación, con una fina sabiduría cristiana, se inclina a seguir o a resistir estas inclinaciones interiores.

EL MARCO HISTORICO (36)

Iñigo López de Loyola nació en la casa de este nombre, entre Azcoitia y Azpeitia, en un valle exhuberante y encantador, regado por el Urola y dominado

(30) Esta es la posición de L. Beirnaert, *Discernement et psychisme*, Christus, n. 4 (1954) 50-61. Jung, en un curso inédito, manifiesta haber descubierto una imaginación parecida en muchos de sus pacientes.

(31) L. Beirnaert, *L'expérience...*, p. 298-299.

(32) Carl Lofy, *The Action of the Holy Spirit in the Autobiography of Loyola*, Dissertatio ad Lauream, Pontificia Universitas Gregoriana 1963. (Obra todavía inédita). Trata el punto de la depresión de Ignacio en el apéndice III: *The Depression of St. Ignatius in Manresa*, pp. 33-74, con la colaboración de Frank J. Ayd, Jr., M.D.

(33) L. Beirnaert, *Discernement...*, p. 57.

(34) Expresión de Robert Desoille citada por F. Jiménez H. Pinzón, *op. cit.* en la nota 28, p. 149.

(35) L. Beirnaert, *Discernement...*, p. 59.

(36) Para una información más amplia es preciso consultar alguna buena biografía. Disponemos de dos recientes, excelentes y relativamente breves: Cándido Dalmases, *El Padre Maestro Ignacio*, Madrid 1979 y José Ignacio Tellechea, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Madrid 1986. Para mayor documentación: Ricardo García Villoslada, *San Ignacio de Loyola*. Nueva biografía, Madrid 1986.

por la cumbre del Izarraitz. Fue el más joven de trece hermanos. Sobre la fecha de su nacimiento se han hecho todo tipo de indagaciones sin resultados plenamente satisfactorios. Probablemente nació en 1491. El mismo Ignacio —lo veremos al principio de *El Peregrino*— ofrece información incoherente en este punto. Sobre el motivo del cambio de nombre, del prerrománico Iñigo al de Ignacio, tampoco sabemos nada cierto. Se ha dicho que el cambio fue debido a la devoción que Iñigo tenía a San Ignacio de Antioquía. Es posible, pero no absolutamente cierto. Parece, sin embargo, que por el tiempo de sus estudios en París el cambio ya se había producido.

Aunque el valle de Loyola se encuentra hundido entre montañas, el mundo en el cual se cría Iñigo no es cerrado ni pequeño. La familia es numerosa y, además, vive sumergida en la vida pública del país: dos hermanos lucharon en Nápoles, otro en Flandes, otro en Navarra y Fuenterrabía, otro se embarcó a América, otro, sacerdote, viajó dos veces a Roma para defender intereses familiares... Durante la infancia de Iñigo tienen amplia y duradera resonancia hechos que crean un nuevo clima en la península: la rendición de Granada, el descubrimiento de América, la apertura del paso marítimo a las Indias... En conjunto, un buen alimento para un espíritu soñador.

En lo referente a la vida de la Iglesia, Iñigo se mueve en un ambiente en el que una fe sincera se casa fácilmente con toda suerte de conductas. Todos los testamentos familiares empiezan pidiendo perdón por los pecados. No falta, sin embargo, el buen ejemplo de cristianos sinceros, como el de la cuñada Magdalena de Araoz. La familia, además, tenía el patronato de la parroquia de Azpeitia. Este patronato comportaba el derecho de presentación del párroco con una gran participación en los beneficios económicos y, naturalmente, también conflictos de intereses y competencias. Por otra parte, el panorama cristiano del valle debía ser un vivo reflejo de todas estas realidades. El mismo Ignacio, de vuelta de París, transcurridos ya muchos años de su conversión, se pondrá a enderezar algunos de los abusos de su pueblo. En este ambiente de vida eclesial, debían sorprender menos de lo que hoy podríamos creer las noticias que sin duda llegaban a los Loyola sobre la vida y los excesos del Papa Borja y su curia, y sobre el estado de la Iglesia.

En el mundo de la política, las relaciones de la familia volaban muy alto. El mismo Contador Mayor de Castilla pedirá al señor de los Loyola que le envíe uno de sus hijos para tenerlo en casa como suyo. Iñigo, que tuvo el privilegio de ser el elegido, fue a Arévalo en 1505 o 1506. Permanecerá allí, con salidas frecuentes acompañando al Contador Mayor que también pertenecía al Consejo real, hasta el año 1517. Once años, como mínimo. Toda la juventud de Iñigo. Allí fue puliendo su buena letra, se aficionó a la lectura —la biblioteca de Arévalo era rica— debió escribir el poema en honor de San Pedro, actualmente perdido, mantuvo también algunas prácticas religiosas y una cierta piedad compatible con una conducta indulgente. Pero lo que más caracteriza estos años es lo que él mismo nos confesará: «vanidades del mundo... ejercicios de armas... grande y vano deseo de ganar honra» (n. 1).

Después de estos tiempos de Arévalo, Iñigo —contra una opinión muy extendida, pero sin fundamento, que nos lo presenta como soldado— es ya

hombre de corte y de palacio. Como todo gentilhomme, tenía que sobresalir en el ejercicio de las armas si quería ganar honra y también tenía que estar preparado para tomar las armas cuando alguna situación eventual le reclamara. Pero, ¿qué se esconde tras aquella simple expresión «vanidades del mundo»? La sobriedad con la que el confidente de Ignacio, Gonçalves da Câmara nos transmite la confesión del *peregrino* puede completarse con buenas informaciones de otras fuentes. Cuando tenía veinticuatro años, durante una estancia en Azpeitia, parece que cometió unos excesos no aclarados del todo: ¿violación? ¿secuestro con agresión de un adversario de los Loyola? Lo cierto es que quieren encarcelarlo y que se escapa de la jurisdicción de Azpeitia huyendo hacia Pamplona. Más tarde, el año 1519, se le concede el derecho de armas y un guardia personal, porque está amenazado de muerte y le siguen la pista. Es más, esta concesión se le renueva al año siguiente. Tampoco se sabe a qué responden estas amenazas, pero en los documentos referentes a este episodio aparecen armas, heridas y una mujer por medio (37). Todo ello no hace más que confirmar lo que dijo Polanco, hombre de la más alta confianza de Ignacio: «aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas» (38).

De Arévalo había salido el año 1517, después de la muerte de Juan Velázquez de Cuéllar, caído en desgracia un año antes, al morir Fernando el Católico. De este modo, después de haber recibido la primera gran lección sobre la vanidad del honor mundano (39), Iñigo pasó a servir al virrey de Navarra, Antonio Manrique de Lara. En este tiempo participa en la toma de Nájera y se le encomienda una misión de paz en Guipúzcoa. Unos años que completan su carrera. Pero ¿qué carrera? Porque el mes de mayo de 1521 se dirige a Pamplona con tropas guipuzcoanas para reforzar la ciudadela. Y aquí —seguramente el 20 de mayo— le vemos en un heroico y quizás utópico combate, desplomado y herido en una pierna. Es el punto en el que empieza el relato ignaciano de la manera “como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión” (40).

(37) FD, 229-248; 258-261.

(38) FN, I, 154. Es muy significativa la precisión del P. Nadal relativa a la vida de Iñigo antes de la conversión: «Con todo nunca mató a nadie» (FN, II, 5). V. también lo que dice Laínez (FN, I, 71-72, 76) y Ribadeneira (FN, IV, 315). Sobre el carácter incompleto del relato en su comienzo, v. la nota 18 de esta *Introducción*.

(39) Sin duda la caída de Velázquez de Cuéllar abriría los ojos de Iñigo, hombre tan inclinado a la reflexión. Este impacto profundo en Arévalo hace pensar a algunos historiadores que se daría en Iñigo una doble conversión (v. *Obras Completas*, pp. 75-76): una «de vida mundana a vida seria» (Arévalo, 1517) y otra a vida profundamente cristiana (Pamplona, 1521). Esta interpretación de la gradual conversión de Iñigo parece sólidamente probable. No tiene la misma consistencia la opinión de que en las primeras líneas de la autobiografía, al hablar de su edad de veintiséis años, el santo se refiere a este primer cambio de Arévalo. Al unir la referencia cronológica mediante un «y así» con la herida de Pamplona, no da pie a pensar que hablaba del probable cambio interior de Arévalo. Es más seguro considerar la referencia cronológica como uno de los fallos de la memoria que se dan en el relato (v. *Autobiografía: El Peregrino*, n. 1, nota 2).

(40) *Prólogo del Padre Nadal*, n. 2.

Desde esta óptica de fe, y no de cronista, Ignacio en su narración nos proporciona datos históricos cuando sirven a su propósito de relator de una experiencia espiritual. Y esta experiencia se desarrolla a lo largo de unos años —1521 a 1538— muy agitados. En Europa, guerras (franceses y españoles, Venecia y los turcos...). A escala mundial, descubrimientos, conquistas y aventuras... también evangelización. La Iglesia se debilita por dentro y se escinde por fuera (Lutero, Enrique VIII, Calvino...). No faltan, sin embargo, signos de una vida nunca del todo sofocada (Fisher, Tomás Moro...).

La vida del *peregrino* se extiende todavía diecisiete años y medio después de esta fecha de 1538. De este tiempo el relato sólo nos ofrece unas confidencias finales que permiten adivinar la pletórica riqueza del interior de Ignacio y la gran trascendencia de su vida y acción durante aquel tiempo. Años de quietud exterior, Ignacio clavado casi siempre en Roma. Es el eje en torno al cual se mueve la naciente Compañía. Porque... ¡ésta se encuentra en perpetuo movimiento! Había sido confirmada por Paulo III (27 de setiembre de 1540) después de unas largas deliberaciones del primer grupo de “compañeros” —entre los cuales hay nombres tan conocidos como Francisco Javier, Diego Laínez, Pedro Fabro, Alfonso Salmerón—. Los Ejercicios Espirituales fueron aprobados ocho años más tarde, el 31 de julio de 1548; contra lo acostumbrado, con un breve del Papa. Ya había empezado la dispersión: India, Europa, Brasil, Japón. Van llegando los que también quieren unirse a la Compañía. Al morir Ignacio ya son unos mil. Mientras, el santo, en sus “camarete” de Roma, orienta a los jesuitas, redacta las *Constituciones*, escribe cartas y más cartas —se conservan doce volúmenes con unas siete mil y muchas se han perdido—...

Durante los años de *quietud* romana de Ignacio y de rápido aumento de la Compañía, la sociedad va afirmándose en su autonomía —en 1543 aparece el *De revolutionibus* de Copérnico— y la Iglesia busca su profunda renovación: el Concilio de Trento se inicia en 1545. Comienzan a verse los frutos de una vida cristiana más pletórica: Teresa de Jesús, en España, y Felipe Neri, en Italia, son nombres destacados entre otros muchos que, con su vida y acción, aceleran el ritmo de reacción de una Iglesia —demasiado desfigurada por “manchas y arrugas”. Ignacio y Felipe Neri se relacionan y dan comienzo a una íntima amistad, reforzada por la común preocupación de renovación eclesial. Los últimos años de Ignacio son testigos de una Iglesia que despierta a los estímulos que le vienen de dentro, a las lacras que la denuncian desde fuera y al clamor que le llega de un mundo que abre nuevas dimensiones geográficas y culturales. La inmensa magnitud del epistolario ignaciano transparenta el extenso horizonte y la profunda vida de aquel hombre que, desde Roma, abarcará toda la extensión del mundo y la profundidad de los problemas de los hombres. No es de extrañar en un hombre acostumbrado ya a las dimensiones infinitas de Dios: “siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios; y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios lo hallaba” (n. 99). Encontrando a Dios, con su mirada y corazón centrados en este mundo —¡al que Dios tanto ama!— le llega la muerte el 31 de julio de 1556. Polanco pondera “la humildad deste santo viejo” que “pasó al modo común deste

mundo” (41). Una última y muy significativa lección de un hombre que enseñó a encontrar y amar a Dios no sólo en situaciones extraordinarias sino “en todo”.

Autobiografía: EL PEREGRINO

(41) FN, I, 767-768.

LOYOLA: UN NUEVO NACIMIENTO (1)

[1]¹ Hasta los 26 años de su edad (2) fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra (3).² Y así, estando en una fortaleza

(1) La numeración seguida que aparece en el texto es la aceptada universalmente a partir de la edición de *Monumenta Historica*. La subdivisión de cada número se utiliza por primera vez en la presente edición. En el mismo texto introduzco entre corchetes las pocas notas que el Padre Gonçalves da Câmara añadió a la copia original, excepto la nota al n. 59, que transcribo a pie de página. En cambio, como han hecho muchos editores y traductores, mantengo cierta libertad respecto de la división de capítulos adoptada por *Monumenta*. Los títulos pertenecen también a la presente edición, ya que el original no tiene títulos y la edición de *Monumenta*, en cambio, inicia los capítulos con un sumario de materias.

(2) El combate al que se refiere a continuación tuvo lugar en la fortaleza de Pamplona en el año 1521. Si entonces Íñigo tenía veintiséis años, deberíamos concluir que nació en 1495. Así lo interpretaron entre otros, Polanco y Ribadeneira; aunque estos dos con muchas vacilaciones... Sin embargo, es opinión suficientemente avalada por los documentos y comúnmente aceptada que el nacimiento de Íñigo tuvo lugar en 1491. Tenemos, pues, en la primera línea del relato ignaciano, uno de aquellos fallos de memoria, ciertamente el mayor, que Ribadeneira presentaba así: Ignacio, «aunque en la substancia fue fidelísimo, en los particulares de algunas cosas es corto, y en la relación de los tiempos ya a la postre de su vejez le faltaba memoria» (MN, III, 540. V. también el n. 30 con la nota 22). La hipótesis de que la edad de veintiséis años se refiere a una primera conversión (hecho, por otro lado, probable) y no a la defensa de la fortaleza, no tiene apoyo ni en el contexto, ni en las fuentes narrativas de la época (v. *Introducción: El Libro*, nota 39).

(3) «Vanidades», «mundo», «vano», «honra»: cuatro palabras que resumen la oscura experiencia de buena parte de la vida de Íñigo. El «mundo» o, con más precisión, las «vanidades del mundo», designa todo un conjunto de hechos, maneras de pensar y actitudes que constituyen la realidad más contraria al evangelio. El «mundo» por el que no ora Cristo, porque es la misma negación de El y de su Espíritu. La «honra» una fuerza seductora que puede esclavizar e incluso corromper la misma condición humana cuando el hombre se deja arrastrar por el «vano deseo» de conseguirla. Todo ello sintetiza la vida de Íñigo antes de la conversión, pero señala también la lucha que ha de emprenderse para vivir la plenitud cristiana. Es el camino que va trazando Ignacio a lo largo de los *Ejercicios Espirituales*: no hacer de la *honra* un absoluto (EE 23), rechazar el *mundo* y lo que es *vano* (EE 63), mantener una disponibilidad generosa para sufrir las injurias que implica el seguimiento de Cristo (EE 98), familiarizarse con el estilo de Cristo y hacerlo propio con la ayuda de Dios (EE 136-147), conseguir una plena identificación amorosa con Cristo, hasta alegrarse incluso de los «oprobios con Christo» (EE 167). Por lo tanto, los que «siguen de veras a Cristo nuestro Señor», ha de considerar seriamente cómo el mismo Cristo, «que es la vía que lleva los hombres a la vida», sufrió

que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender,³ él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo.⁴ Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas (4);⁵ y después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal herida.

[2] ¹ Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de se haber apoderado della, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente.² Y después de haber estado doce o quince días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra;³ en la cual hallándose muy mal, y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez desconcertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares,⁴ diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar.⁵ Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños.

[3] ¹ Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte.² Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fué aconsejado que se confesase;³ y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto.⁴ Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor;⁵ y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

[4] ¹ Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea;² lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, (5) y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se

injurias, falsos testimonios, y fue tenido por loco «no dando ocasión alguna dello». Esta meditación llena de «amor y reverencia», conducirá a un deseo de «semejanza» con el Señor Jesucristo (Const. n. 101).

(4) La confesión de los pecados a un laico, cuando no había posibilidad de recurrir a un sacerdote, era una costumbre recomendada incluso por Santo Tomás de Aquino. En los manuales para la confesión aparecía también el consejo de hacer esta acusación a un laico. Esta práctica, a pesar de que no pueda equipararse al sacramento de la penitencia, era un reconocimiento significativo y eficaz de la dimensión eclesial del pecado y de la reconciliación y el arrepentimiento de los pecados.

(5) Expresión de gran fuerza en el lenguaje ignaciano. «Seguir», y concretamente «seguir a

podía aquello cortar;³ y ellos dijeron que bien se podía cortar, mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo.⁴ Y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia.

[5] ¹ Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban.² Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho.³ Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo;⁴ mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance (6).

[6] ¹ Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito.² Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar.³ Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo,⁴ imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los mores (7), las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio.⁵ Y estaba con esto tan

Cristo», son formulaciones evangélicas que ponen de manifiesto de la forma más clara la espiritualidad cristocéntrica de Ignacio y, en consecuencia, de los *Ejercicios*. El ejercitante pasa buena parte de los ejercicios espirituales pidiendo que el conocimiento íntimo y amoroso del Señor le lleve a «seguirle» (EE 104. V. n. 95, 109, 130, 175, 179). Es, pues, muy significativa la afirmación de que Iñigo «determinaba seguir el mundo». Aparece también en este episodio la gran capacidad de Iñigo de soportar el sufrimiento por causa de un ideal: «se determinó martirizarse». El Ignacio que no retrocederá ante ninguna amenaza ni peligro por amor de Cristo es este mismo enfermo de Loyola que ahora sufrirá «por su propio gusto».

(6) Se trataba de la *Vida de Cristo*, de Ludolfo de Sajonia («el cartujano») y de la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine en sendas traducciones castellanas,

(7) El sentido de este término es el de «sentencia dicha con gracia y pocas palabras». Tenemos, pues, aquí uno de tantos signos que deshacen el tópico de un Iñigo carente de todo tipo de sensibilidad artística. Más bien hace pensar en el Iñigo que, gentilhomme en Arévalo, compuso un poema en honor de San Pedro (FN, II, 517); o que «cuando se desafiaba, componía oración ante nuestra Señora» (FN, IV, 937). Además era bien conocido su gusto por la música; el canto litúrgico le hacía bien a su espíritu, e incluso a su cuerpo. A veces, durante alguna enfermedad, le habían reanimado tocando junto a él el clavicordio o cantando canciones devotas, «porque ninguna cosa le gustaba más que oír cantar alguna cosa devota» (FN, I, 636). Su dureza y austeridad se debían más a la renuncia que a la sequedad natural. Esta sensibilidad muy presente, pero contenida, es la que hace de los *Ejercicios Espirituales* una pedagogía del «sentir y gustar» (EE 2).

envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas (8).

[7] Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. ² Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo:

—¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?

³ Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. ⁴ Mas todo su discurso era decir consigo:

—Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer.

⁵ Duraban también estos pensamientos buen vado, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; ⁶ y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; ⁷ o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

[8] Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; ² y cuando en ir a Jerusalem descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; ³ no solamente se consolaba (9) cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado, quedaba contento y

(8) ¿De quién se trataba? Las suposiciones que se han hecho hasta ahora son: Germana de Foix (segunda mujer de Fernando el Católico), Catalina (hermana de Carlos V), Leonor (hermana mayor del emperador)... Simples suposiciones que iluminan ciertamente las alturas por las que volaba el sentimiento y la imaginación de Iñigo, pero que nos dejan en la ignorancia de quién era verdaderamente la dama de sus pensamientos.

(9) Este sentimiento no es sólo el descanso después de una profunda tristeza. Se trata de lo que los *Ejercicios Espirituales* llaman «consolación espiritual»: un impulso interior que enciende el corazón del hombre en el amor de Dios. O también, aquella situación en la que el hombre «lanza lágrimas motivas a amor»; o bien experimenta «un aumento de esperanza, fe y caridad» o una «leticia (alegría) interna» que la impulsa hacia Dios y hacia el bien espiritual personal, con gran paz (EE 136). La *Autobiografía* nos presenta muy a menudo esta vivencia de consolación (nn. 10, 11, 18, 19, 20, 21, 26, 29, 33, 41, 44, 47, 48, 75, 79, 83, 95, 98), una de las claras manifestaciones con las que el Espíritu guió a Iñigo, manifestándole la voluntad de Dios, porque El es quien «guía y aconseja» mediante la consolación (EE 318), el Dios de «toda consolación» (v. 2 Co 1,3). Cuando se experimenta este influjo vigoroso de Dios, no es extraño que uno sienta que «todos trabajos son placer, y todas fatigas descanso» y que «no hay tan grande carga que no le parezca ligera...» Instruido por la experiencia, Ignacio escribía esto a la religiosa barcelonesa Teresa Rajadell (Epp, I, 104).

alegre. ⁴ Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, ⁵ cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus (10) que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. [Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus].

[9] ¹ Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. ² Y aquí se le ofrecían los deseos (11) de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. ³ Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.

(10) En el siglo XVI la palabra *espíritu* abarcaba un amplio abanico de significaciones. Dionisio el cartujano, autor de la segunda mitad del s. XV, en su tratado *Sobre la discreción de espíritus*, que posiblemente Iñigo conoció y estudió en París, distingue diez acepciones diferentes de *espíritu*. En un sentido muy general acepta esta definición: «Aquí podemos considerar espíritu, en sentido amplio, todo aquello que mueve de manera repentina y oculta o bien sacude de forma vehemente». Ignacio, por su parte, en las reglas de los *Ejercicios Espirituales* que tienen la señal inconfundible de Loyola, habla de «sentir y cognoscer las varias *mociones* que en la ánima se causan» (EE 313). Pero lo que realmente interesa es que a Iñigo «se le abrieron los ojos» y descubrió la diversa e incluso opuesta dirección de los sentimientos e impulsos interiores que experimentaba. De aquí obtuvo luces fundamentales para el discernimiento cristiano que pasarán a los *Ejercicios Espirituales*, como él mismo nos dice al final de este relato (n. 99). Concretamente se dio cuenta de que «en las personas que van intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo (...) propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos para que en el bien obrar proceda adelante» (EE 315). Véanse también las dos series de *Reglas* de discernimiento y las instrucciones sobre la elección: EE 314-336; 169-189). Por lo que a la Autobiografía se refiere nos encontramos sólo al principio de un largo camino en el que el peregrino deberá discernir y decidir ininterrumpidamente (v. *Comentario. La peregrinación*, pp. 117-123). Incluso este relato autobiográfico es el fruto de un auténtico discernimiento de Ignacio sobre el conjunto de su propia vida (v. *ibid.*, pp. 131-133; v. también *Introducción. El libro*, pp. 16-19).

(11) Estos *deseos* son todavía muy tiernos, pero Iñigo los valora insistentemente —«deseos» (nn. 9, 10, 14...), «desear» (nn. 9, 11...)—, pues ya los ve como signos de un corazón generoso. Son como una manifestación de la acción de Dios en el corazón del hombre (Epp, I, 102 y 161) y, por lo tanto, también son una auténtica oración —«la oración asidua y generosa» (Const, n. 790)—. Sin embargo, a pesar de ser estos santos deseos un verdadero don de Dios, exigen el compromiso de la voluntad libre del hombre; por esto la vida cristiana comporta también el *esfuerzo de desear*: «quiero y deseo» (EE 98). Y cuando los imperativos evangélicos se nos presentan llenos de dificultad y repugnantes a la sensibilidad, uno habrá de ponerse por lo menos en la humilde actitud de *desear* tener estos anhelos de vida evangélica (Const, n. 102).

[10] ¹ Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron (12) con una visitación, desta manera. ² Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, ³ y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. ⁴ Así desde aquella hora hasta el agosto de 53 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. ⁵ Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

[11] ¹ El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. ² Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; ³ y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia [el cual tuvo cuasi 300 hojas todas escritas de cuarto] —porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa— las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; ⁴ y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. ⁵ Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. ⁶ Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para

(12) Llega aquí a su final una primera etapa del camino. «Confirmación» y «confirmar» también forman parte del vocabulario ignaciano propio del discernimiento: el *reconocimiento* de la orientación que el Espíritu Santo marca en nosotros. Esta tarea de clarificación espiritual tiene un ritmo ternario: *sentir, discernir, confirmar*. Vemos cómo Ignacio ha sentido en primer lugar una gran variedad de pensamientos y sentimientos, completamente agitado y confuso (nn. 6-7). Después ha comenzado a discernir qué «espíritus» le movían y, cuando ha reconocido la acción de Dios, decide imitar a los santos: peregrinar a Jerusalén (nn. 8-9). Finalmente, los santos, pero todavía frágiles, deseos son *confirmados* (n. 10). El peregrino vivirá a menudo esta experiencia de confirmación (nn. 29, 41, 42, 99, 100) y la plasmará en sus *Ejercicios Espirituales* como condición de una buena elección: «offrescerle (a Dios) la tal elección para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar» (EE 183). Se trata de un don con el que Dios garantiza nuestra elección y nos da luz y fuerza para ponerla en práctica. Las formas de la confirmación son muy variadas: sentimientos personales (una gran convicción, una fuerza interior particular, una certeza nunca experimentada antes, etc.), intermediarios humanos (una persona de notable experiencia cristiana, la autoridad de la Iglesia, una reacción positiva de los que son signo especial de Cristo —los pobres, los oprimidos, los enfermos, etc.—), acontecimientos (una situación dolorosa o gozosa, un obstáculo insuperable en nuestro camino, un hecho inesperado que viene a consolidar las posibilidades de los planes personales, etc.). Se dan en nuestras rutas humanas momentos que, entre vacilaciones y búsquedas, hacen cristalizar consistentemente visiones y proyectos que hasta entonces sólo habían ido centelleando con tenues claridades o luces intermitentes... Es el tiempo de la confirmación.

servir a nuestro Señor (13). ⁷ Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino.

[12] ¹ Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalem para que siempre viviese en penitencia, ofreciéndosele meterse en la Cartuja de Sevilla (14), sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino hierbas. ² Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. ³ Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja (15), y la información que della tuvo le pareció bien. ⁴ Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; ⁵ antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano:

⁶ —Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el duque).

[Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación]. ⁷ El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. ⁸ Mas la respuesta fué de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano (16).

(13) «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmo 19). La *consolación* que experimenta aquí, a pesar de manifestar una fina sensibilidad, no es solamente un sentimiento estético, sino un «muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor». Aunque de manera incipiente y poco refleja, Íñigo capta el amor de Dios que se revela a través de la creación: un amor que crea, un amor redentor que sigue vivo y actuante en el mundo y, por lo tanto, invita al «servicio». Esta palabra «servir» —y también «servicio»— es de las que expresará más adelante uno de los rasgos más característicos de la espiritualidad ignaciana: un amor que se manifiesta en el *servicio*. El servicio es uno de los aspectos fundamentales de la existencia creyente: «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» (EE 23). El *servicio* define la finalidad de la Compañía de Jesús «ordenada a mayor servicio divino» (Const, n. 259), que consiste en el servicio al prójimo. La vitalidad de la fe, que va germinando en esta sencilla y emotiva contemplación de Loyola, es grande. El mismo Ignacio, ya en la plenitud de su vida, salía a menudo al balcón de su habitación de Roma, para contemplar el cielo, lo cual le llenaba de consolación (FN, IV, 94 y 746).

(14) La cartuja de Santa María de las Cuevas, en las afueras de Sevilla. Ya no existe.

(15) Se trata de la de Miraflores.

(16) Esto ocurría probablemente hacia fines de febrero de 1522.

MONSERRAT: SE VISTE DEL HOMBRE NUEVO

[13] ¹ Y así, cabalgando en una mula, otro hermano suyo quiso ir con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en nuestra Señora de Aránzazu (1); ² en la cual haciendo oración aquella noche para cobrar nuevas fuerzas para su camino, dejó el hermano en Oñate en casa de una hermana que iba a visitar, y él se fué a Navarrete. [Desde el día que se partió de su tierra siempre se disciplinaba cada noche]. ³ Y viniéndole a la memoria de unos pocos de ducados que le debían en casa del duque, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero; ⁴ y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndolo el duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltase, al cual deseaba dar una buena tenencia, si la quisiese acetar, por el crédito que había ganado en lo pasado. ⁵ Y cobró los dineros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de nuestra Señora que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. ⁶ Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió solo en su mula de Navarrete para Monserrate.

[14] ¹ Y en este camino le acaeció una cosa, que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima, que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese, ² y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. [Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicios que sus

(1) Del fruto espiritual de esta vigilia conservamos el testimonio del mismo Ignacio en carta a San Francisco de Borja (1554): «Cuando Dios N. S. me hizo merced para que yo hiciese alguna mutación de mi vida, me acuerdo haber recibido algún provecho en mi ánima velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche» (Epp, VII, 422). Algunos piensan que aquí, camino de Montserrat, Iñigo hizo el voto de castidad de que habla Laínez: «Y porque tenía más miedo de ser vencido en lo que toca a la castidad que en otras cosas, hizo en el camino voto de castidad, y esto a nuestra Señora, a la cual tenía especial devoción» (FN, I, 74 y 76).

pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho dellos].³ Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aún más (2).⁴ Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción (3) para reglar ni medir estas virtudes,⁵ sino toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los Santos para gloria de Dios (4), sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

[15]¹ Pues yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre;² mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían.³ La cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer.⁴ Y así el moro se adelantó con tanta priesa, que le perdió de vista, quedando pensando en lo que había pasado con el moro.⁵ Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber,⁶ y también le causan indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra.⁷ Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que

(2) Otro motivo de la sinfonía ignaciana: el «más». El amor implica siempre un dinamismo de desmedida, de exceso. No se satisface nunca con el frío equilibrio de lo *justo*. Busca siempre hacer *más*, darse *más*. He aquí el fondo de la continua voluntad de progreso y de superación que manifiesta Ignacio (v. también nn. 36 y 69). Además, esta discreta formulación del amor *cristiano* —porque Dios es *siempre mayor*— aparecerá continuamente en los *Ejercicios Espirituales* (v. EE 23, 97, 104, 167, etc.) y en las *Constituciones* y epistolario. El lema «ad maiorem Dei gloriam» expresa también —con el peligro suficientemente demostrado de desgaste o de vaciamiento que sufre toda fórmula— este dinamismo siempre creciente y tendente al exceso que implica el amor, y concretamente el amor cristiano a Dios y a los hombres. «Habiendo amado... amó hasta el extremo», nos dirá de Jesús el evangelio de Juan. Ya desde el principio, el peregrino quería siempre «lo que más fuere gloria de Dios» (n. 36).

(3) Ahora Ignacio, con la perspectiva de los muchos años que han transcurrido, nos habla de los primeros tiempos posteriores a su conversión y se da cuenta de que entonces le faltaba *discreción* que es como el aire que respira en su madurez. La *discreción* es mucho más que la sabiduría humana o el sentido común. Es una virtud que, en cualquier ocasión, permite «distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom 12, 1). Abarca, pues, desde el discernimiento de las *mociones* interiores hasta el de las realidades exteriores y aparentemente insignificantes de la vida. La palabra *discreción*, que aparece ya en los *Ejercicios*, se convierte en las *Constituciones* en el instrumento imprescindible del jesuita formado. Se la cita más de cuarenta veces, sin contar los sinónimos, que también son abundantes (v. nn. 8 y 10 del capítulo *Loyola: un nuevo nacimiento*).

(4) Esta «gloria de Dios» ocupa toda la vida de Ignacio y se encuentra unida a un sentimiento de respeto y dócil aceptación de la voluntad de Dios. El «servicio de Dios» (nn. 21, 27, 60, 79, 82) y el «amor de Dios» (nn. 14, 36, 57, 85). Esta gloria de Dios, que se revela en su amor a los hombres (v. Tito 2, 11) coincide en la realidad con el servicio —«ayuda»— a los hombres. «La gloria de Dios es que el hombre viva» (San Ireneo).

había dicho; y perseverando mucho en el combate destes deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado hacer.⁸ El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

[16]¹ Y así, después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos;² y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar.³ Y haciéndolo así como pensó, quiso nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa (5).⁴ Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén;⁵ y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula. [Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada : este pie le pareció era necesario llevar calzado].

[17]¹ Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios.² Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, *Amadís de Gaula* y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas;³ y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo.⁴ Pues partido deste lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a

(5) Todo este episodio, un tanto extravagante para quien no tenga la fantasía poblada por las hazañas de los libros de caballerías, se comprende porque Iñigo «tenía el entendimiento lleno de aquellas cosas» (n. 17). Unos ochenta años más tarde, Cervantes nos presenta a *Don Quijote* en situación semejante: «llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquellos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya...». Sin embargo, a pesar de que Iñigo juzga que «esta ánima... aún estaba ciega», se advierte ya en él una finura interior que trasciende en mucho las hazañas fantásticas de los libros de caballerías. *Mociones*, *descontentamiento*, *indignación*, *deseos*, *combate de estos deseos*, *dubio* son términos que delatan a un hombre que hace ya tiempo presta atención a sus movimientos interiores. Calderón de la Barca creó, a partir de este relato ignaciano, un drama religioso, *El gran príncipe de Fez*.

Montserrat (6), después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; ⁵ y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora. ⁶ Y este fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto.

[18] ¹ La víspera de nuestra Señora de Marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora; ² y unas veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche (7).

(6) Cuando Iñigo llegó a Montserrat no existía la actual iglesia, sino un templo románico. Cirios monumentales ofrecidos por los pueblos de Cataluña, lámparas de plata y oro regaladas por Papas y Príncipes, la comunidad de monjes (unos noventa), la escolanía (que existía desde el s. XIII), la multitud de peregrinos (que alcanzaba los cinco mil en días de fiesta) formarían aquel conjunto, que según el cronista Sandoval, impactaba particularmente a Carlos V: «una cierta Deidad que no lo sé significar». La vida monástica se hallaba en época floreciente, gracias en gran parte al impulso *reformador* del abad García de Cisneros, fallecido en 1510. Montserrat era, además, el único centro notable en España donde se cultivaba la *devotio moderna*, corriente de espiritualidad venida de los Países Bajos. Esta se caracterizaba por una particular insistencia en la vida interior y el recurso a métodos prácticos para la oración, examen de conciencia, ascesis, etc. En 1500 se publica en la imprenta del monasterio la doble edición, castellana y latina, del *Ejercitatorio de la vida espiritual*, obra del abad Cisneros, que sin duda ayudó a Iñigo a iniciarse en la práctica metódica de la oración.

(7) El gentilhomme saca del mundo en que había vivido hasta hace poco y de las lecturas que le habían nutrido la inspiración del rito con el cual *sacramentaliza* el cambio de rumbo que ya se había operado en él. El acto de armar caballero a Esplandián, heredero de Amadís y de Oriana, no está exento de cierta piedad. En efecto, la vela nocturna está descrita con rasgos de verdadera devoción: *delante del altar de la Virgen María, fincado de hinojos con mucha devoción e grande humildad, rogándola que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, así estuvo toda la noche*. Ateniéndonos a la confesión del mismo Ignacio sobre el influjo de «Amadís de Gaula y de semejantes libros», podemos pensar que este pasaje inspiraría al peregrino su vela de armas ante nuestra Señora de Montserrat. Esto no excluye el posible influjo remoto de las velas nocturnas que aparecen en la tradición caballeresca, tan bien descritas en obras como *Las Siete Partidas* de Alfonso el Sabio o el *Libre qui és de Cavalleria* de Ramon Llull. Así parecen indicarlo Laínez y Nadal (FN, I, 76; MN, V, 609). Todavía más, también circulaban, en la época a que se refiere el relato ignaciano, los «libros de caballería a lo divino», uno de los cuales, *Del peregrino de la vida humana*, consta hoy con certeza que se hallaba en la biblioteca de Velázquez de Cuéllar, donde el gentilhomme Iñigo pasó más de diez años. Sin embargo, en Montserrat encontrará el ambiente apropiado para profundizar todavía más en la inspiración espiritual del acto y captar su sentido eclesial. Porque, ante la *Moreneta*, las vigiliass nocturnas eran frecuentes y antiguas. Gran número de peregrinos pasaba la noche velando en el canto y en la oración antes de los acontecimientos importantes de la vida o para obtener alguna gracia espiritual. El cronista Bernat Desclot nos presenta a Pedro II de Aragón velando una noche entera ante la imagen de María y, a primeras horas de la mañana, después de oír misa y depositar las ofrendas, salir para el campo de batalla. Iñigo, por su parte, en una densa atmósfera de oración y cantos, con un rito profundamente simbólico y de ricas raíces bíblicas, «se viste las armas de Cristo» (v. Ef 6, 11). Todo esto tiene lugar en la fiesta de la Anunciación, cuando la Iglesia celebra con María la entrada de Dios en nuestra condición e historia humanas. Un nuevo inicio. Años más tarde, Ignacio propondrá a los nuevos miembros de la Compañía, como comienzo del nuevo camino, desear «vestirse de la vestidura y librea» de Cristo (Const, n. 101).

MANRESA: EN LA ESCUELA DE DIOS

... ³ Y en amaneciendo (1) se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, ⁴ mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa (2), donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas

(1) Las traducción latina contiene esta aclaración del P. Nadal: «Sumpta sacra Eucharistia» (FN, I, 389). Efectivamente, Iñigo terminaría su vigilia participando en la «misa del alba». Quizá también tomaría parte en la «misa de peregrinos» que solía celebrarse en las grandes solemnidades a las dos de la madrugada. La vigilia de Montserrat fue el *sacramento*; ahora es preciso realizarlo *existencialmente*. La peregrinación a Jerusalén sufrirá un obligado retraso. La estancia en Manresa, prevista para «unos días», se prolongará hasta casi un año. Durante este tiempo manresano, Iñigo vuelve sin duda hacia Montserrat, para vivir aquella soledad tan ansiada por él, al estilo de los doce ermitaños diseminados por la montaña. Además, la rica, variada y durante un tiempo atormentada experiencia interior de los meses de Manresa sugerirá a Iñigo visitar de nuevo a Juan Chanones, el confesor de Montserrat, aquel santo varón, el primero «a quien descubrió su determinación» (n. 17). Así lo sostienen historiadores como Leturia y Dalmases.

(2) Manresa era entonces una villa de unos 2.000 habitantes, rodeada por una muralla con ocho puertas y dominada por la imponente iglesia de *La Seu*, testigo todavía superviviente de los días manresanos de Iñigo. Junto al río Cardener se extendían prados y huertos que daban cierto encanto al entorno de la población («vall del paradís»). Allí había grutas de poca profundidad, en una de las cuales Iñigo pudo entregarse a sus práctica de oración y penitencia. De los tres hospitales de la ciudad, el de Santa Lucía fue el que acogió al peregrino. La permanencia de Iñigo en Manresa duró de hecho desde el 25 de marzo de 1522 hasta el febrero de 1523. Más de diez meses. ¿Qué fue lo que modificó los planes iniciales de una estancia breve? Podían influir en ello diferentes circunstancias exteriores: la prohibición de entrar en Barcelona a causa de la peste de aquellos meses, las enfermedades que padeció en Manresa, el retraso del nuevo papa Adriano VI, que debía embarcarse en Barcelona hacia Roma, en cuyo séquito alguien podría reconocer a Iñigo... Tal vez fueron más definitivas las causas interiores. Las extraordinarias realidades que Iñigo vivirá en Manresa —de las cuales, a excepción de la tradición del «rpto» de ocho días, él mismo nos habla— van más allá de lo que podía pensar o prever. El Espíritu «sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3, 8). En cualquier caso, a través de las realidades interiores o exteriores, Iñigo hubo de reconocer que la acción de Dios siempre es sorprendente y que el hombre no puede *programar* los caminos de un Dios que siempre tiene la iniciativa amorosa. Las fuentes ignacianas dividen la estancia del *peregrino* en Manresa en tres periodos: el primero, de paz y alegría; el segundo, de escrúpulos y luchas interiores; el tercero, de elevadísimas ilustraciones.

cosas en su libro (3), que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado.⁵ Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha priesa en pos dél, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre, como el pobre decía;⁶ y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas (4) de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos;⁷ de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado.⁸ Mas por mucho que él huía la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijese grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate; y luego creció la fama a decir más de lo que era: que había dejado tanta renta, etc.

[19]¹ Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno,² se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día.³ Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso (5).⁴ Estando en este hospital le acaeció

Parece que el primero duró unos cuatro meses; la extensión de los otros dos es más difícil de precisar, a falta de información suficientemente clara.

(3) En Loyola ya pudo verse su afición a tomar notas (n. 11). Este gusto y facilidad para escribir, junto con su gran capacidad de observación interior, constituyen los dos pilares sobre los que se edifica la elaboración del libro de los *Ejercicios Espirituales* (v. nn. 8 y 99). Esta obra, concebida substancialmente en Manresa, se enriquece progresivamente. Aparece, sin duda aumentada, en Salamanca (n. 67) y prácticamente terminada en París (n. 86). Ahora, en Manresa, al principio del itinerario ignaciano, tenemos una preciosa información sobre la naturaleza del libro: no se trata de una obra nacida de la erudición o del estudio, sino fundamentalmente de la inspiración de Dios y de la experiencia personal. La letra, densa y austera, de los *Ejercicios* es el vehículo de una sabia y sobria pedagogía que se encuentra enraizada en una historia personal de fe y no en una doctrina o teología abstracta. Naturalmente, antes de llegar al punto final del libro que hoy conocemos con el título de *Ejercicios Espirituales*, transcurrirán unos veinticinco años. Nueva manifestación de la densidad vital que se concentra en la sorprendente brevedad del libro (v. *Comentario: La peregrinación* pp. 129-133).

(4) Estas lágrimas «de compasión del pobre» —«las primeras lágrimas que lloró, después que partió de su tierra», según Lafnéz (FN, I, 76)— son una de las formas de *consolación espiritual* que el mismo Ignacio describirá en los *Ejercicios*: «lágrimas... de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza» (EE 316). Es muy significativo que la primera manifestación de las «lágrimas», en este relato, don tan relevante en la vida de Ignacio, se dé al contacto con un pobre que es vejado. En esta vivencia de «compasión» hasta las «lágrimas» por un «pobre» se hallan unidas dos facetas fundamentales de la espiritualidad y pedagogía ignacianas: valoración de la afectividad «sentir», «afección», «amor», «compasión» (EE 2, 15, 63, 104, 167, 203, etc.) e inclinación a la pobreza (v. EE 23, 116, 136-147, 167, etc.). Además, aun sin lágrimas, la «compasión de las miserias del prójimo» ya es de por sí un alto grado de experiencia espiritual (v. nota 17 de este capítulo).

(5) Expresiones ingenuas y elementales —pero totalmente humanas— del amor y la generosidad. «Locuras santas» escribirá siendo ya general de la nueva orden a los jóvenes de Coimbra a propósito de sus exageradas y extravagantes penitencias. El comportamiento de Iñigo en los

muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera.⁵ No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran.⁶ El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplazaba dello (6).

[20]¹ Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales.² Aquestos días que duraba aquella visión, o algún poco antes que comenzase (porque ella

primeros meses de Manresa no puede comprenderse si no es desde la perspectiva de la «necedad de Dios» que «es más sabia que la sabiduría de los hombres» (1 Cor 1, 25). Desde que Dios manifestó su sabiduría en la locura del Crucificado, *los locos de la cruz o locos por Cristo* no han dejado nunca de estar presentes en nuestro mundo: Pablo, Francisco de Asís, Ramon Llull, Juan de Dios, Felipe Neri, Teresa de Lisieux... Esta *locura*, sin embargo, no es una disposición enfermiza, sino la fuerza del *amor* que con la *libertad* de los hijos de Dios y con una gran *simplicidad* de espíritu desafía la sabiduría ilusoria y orgullosa que tan a menudo domina a los hombres. Más adelante, el mismo Iñigo será tomado por loco (nn. 52-53). Es más, tendrá en gran estima el deseo de «ser tenidos y estimados por locos» por amor y reverencia a Cristo y por deseo de imitarle (Const, n. 101). Pero las exigencias de moderación exterior que comporta el ideal apostólico introducen considerables matices en esta *espiritualidad*. Por una parte, Ignacio, instruido por su experiencia personal, admite que antes de llegar a un estado de vida cristiana madura y razonable, se pasará provechosamente por estos intentos primerizos de amor y donación que son las «locuras santas»: «Estas y otras locuras santas sé que las usaron los santos a su provecho, y son útiles para vencerse y haber más gracia, mayormente en los principios» (Epp, I, 507). Por otra parte deja bien claro que el deseo de ser tenido por loco ha de ser «no dando ocasión alguna dello» (Const, n. 101). El mismo santo confesará más tarde, según Lafnéz, que este deseo «lo mostraría no curando de ser tenido por loco, y andando, como decía, descalzo y con su pierna mala de fuera, y con cuernos al cuello; pero por ganar las almas, no muestra nada desto» (FN, I, 140). Se ha escrito de este Iñigo, *l'home del sac* para los muchachos de Manresa, que era una especie de *hippy*. No sé si los *hippies* se sentirían muy identificados con este retrato y menos aún si el peregrino se consideraba un *hippy avant la lettre*... Sin embargo, es cierto que Iñigo es un itinerante, rompe los moldes con los que hasta entonces había configurado su vida, es un cristiano de protesta. De protesta sobre todo contra los excesos de su vida anterior. Pero, por encima de todo, es un enamorado de Cristo y de su servicio, y eso sí que le vuelve loco: «loco por nuestro Señor Jesucristo» según un monje de Montserrat (FN, III, 205).

(6) Esta misma visión es la que reaparece en el n. 31. Posiblemente, la intensidad de las penitencias ha debilitado tanto la salud del peregrino que le hace víctima de perturbaciones psicológicas. Esta visión y la que nos presenta el n. 27 pueden constituir verdaderas compensaciones del psiquismo del peregrino. Si se trata de hechos puramente psicológicos, tenemos una clara muestra de cómo la acción de Dios no suele ser una adición o una interferencia en el proceso de la libertad humana y de las causas naturales. En cambio, vemos también aquí cómo la mirada de fe sabe distinguir un sentido determinado en los hechos que tienen lugar. Más adelante, *el peregrino* se dará cuenta de que esta visión le mueve en dirección contraria a la acción de Dios —«era el demonio», nos dice él— y que, por lo tanto, ha de rechazarla. Los hechos que experimenta pueden tener determinadas causas, incluso psicológicamente ambiguas; sin embargo, su orientación puede descubrirla un espíritu lleno de sabiduría evangélica. En este caso, «una manifestación, cuyo origen no es consciente, adquiere el valor de un signo» (L. Beirmaert).

duró muchos días), le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como que si le dijeran dentro del ánima:

—¿Y cómo podrás tu sufrir esta vida 70 años que has de vivir?

³ Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo):

—¡Oh miserable! ¿puedesme tú prometer una hora de vida?

Y así venció la tentación y quedó quieto. ⁴ Y esta fue la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho. ⁵ Y fue esto entrando en una iglesia (7), en la cual oía cada día la misa mayor (8) y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación; y ordinariamente leía a la misa la Pasión, procediendo siempre en su igualdad.

[21] ¹ Mas luego después de la susodicha tentación empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; ² y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan súbitamente, que parecía habérsele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno (9). ³ Y aquí se empezó a espantar destas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo:

—¿Qué nueva vida es esta, que agora comenzamos?

⁴ En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; ⁵ porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios. ⁶ Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey católico la había llamado una vez para comunicalle algunas cosas. ⁷ Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo:

—¡Oh! Plega a mi Señor Jesu Cristo que os quiera aparecer un día.

⁸ Mas él espantóse desto, tomando la cosa así a la grossa.

—¿Cómo me ha a mí de aparecer Jesucristo?

(7) Seguramente se trata de la iglesia de los dominicos —que hoy ya no existe— o la de *La Seu*. En Manresa abundaban los templos (*La Seu, Sant Bartomeu, El Carme, Santa Caterina*), ermitas dedicadas a la Virgen (*Claustre, Valldaura, Guà, Viladordis...*), además de los conventos (carmelitas, dominicos, cistercienses, clarisas).

(8) Iñigo se serviría, según la costumbre de la época, de algún *Libro de Horas*. Estos libros solían contener el relato de la Pasión según San Juan (a veces también según los cuatro evangelistas) para ayudar a seguir la misa como actualización de la Pasión del Señor.

(9) En los *Ejercicios* Iñigo escribirá que «sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad» (EE 330). Circunstancias como esta súbita desaparición de la tristeza y de la desolación llevarán al peregrino hacia el conocimiento práctico de que Dios es, de la forma más absoluta, «el Señor de la paz» (1 Ts 5, 23).

⁹ Perseveraba siempre en sus solitas confesiones y comuniones cada domingo (10).

[22] ¹ Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos.

² Porque, aunque la confesión general, que había hecho en Monserrate, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho,

³ todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. ⁴ Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales, que le remediasen destos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba.

⁵ Y, en fin, un doctor de la Seo, hombre muy espiritual que allí predicaba, le dijo un día en la confesión, que escribiese todo lo que se podía acordar.

⁶ Hizolo así; y después de confesado, todavía le tornaban los escrúpulos, adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; ⁷ y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse dellos, mas no lo podía acabar consigo. ⁸ Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decirselo al confesor.

[23] ¹ Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara.

² Mas, como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. ³ A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; ⁴ mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; ⁵ y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo:

⁶ —Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. ⁷ Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.

[24] ¹ Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía, y estaba junto del lugar donde hacía oración.

² Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar:

—Señor, no haré cosa que te ofenda.

(10) La práctica de la confesión y la comunión frecuente no era corriente en aquel tiempo. Iñigo se introduce en este camino de una espiritualidad sacramental y se convierte en un promotor de ella. Y, naturalmente, como signo de que él ha tomado el camino de Cristo, choca con dificultades e incomprensiones (v. n. 59).

Replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces.³ Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó (11).⁴ Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte;⁵ porque si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer (como si en verdad lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).

[25] ¹ Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, aun de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc.² Mas venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo en aquella semana no había comido nada.³ El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos;⁴ mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados;⁵ y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos.⁶ Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño.⁷ Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas;⁸ y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia (12).

(11) Quizá se refiere al caso que debió leer en Loyola en las vida de los santos: San Andrés apóstol ayunó durante cinco días para conseguir de Dios el perdón de un anciano que había vivido sesenta años en pecado.

(12) Esta fuerte crisis de escrúpulos se convirtió en una provechosa lección para el adiestramiento cristiano de Iñigo, porque nos explica en los *Ejercicios* que este escrúpulo «por algún espacio de tiempo no poco aprovecha al ánima que se da a espirituales ejercicios; antes en gran manera purga y alimpiar a la tal ánima» (EE 348). A causa de ello dejó seis notas «para sentir y entender escrúpulos» como ayuda para quienes practican los ejercicios espirituales y pueden encontrarse con crisis parecidas a las que el mismo Iñigo pasó (EE 345-351). Sin embargo, la lección que aprende el peregrino tiene un alcance mucho más amplio que el de los escrúpulos. Pues «en la fin destos pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño...». El peregrino obtiene una nueva luz sobre el discernimiento de las mociones interiores a partir de la dolorosa experiencia de los escrúpulos: «Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos, y si el principio, medio y fin es todo

[26] ¹ Ultra de sus siete horas de oración (13), se ocupaba en ayudar algunas almas (14), que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído (15).² Mas cuando se iba acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho;³ y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día;⁴ y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejallas, y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así.

[27] ¹ Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della;² y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne.³ Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar dello (16).

bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer o la enflaquece o inquieta o conturba la ánima, quitándole su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna» (EE 333). El proceso de los pensamientos tiene una importancia tan grande que no sólo hay que tenerlo presente mientras duran, sino que es muy conveniente reflexionar sobre los pasados engaños y sacar la experiencia provechosa de ellos para el futuro (v. EE 334).

(13) Para sus largas horas de oración (v. también n. 23), Iñigo recurría a la austera soledad de aquellas grutas que bordeaban el Cardoner (v. la nota 2 de este capítulo). La tradición de la «Santa Cueva» —«cova de Sant Ignasi»— tiene el apoyo sólido de una documentación abundante y autorizada.

(14) «Ayudar a las almas»: primera aparición de esta locución (v. nn. 45, 50, 70, 98) que viene a ser la obturación de una sinfonía que abarcará toda la vida de Ignacio. Su peregrinación por tierras del mundo y su peregrinación espiritual serán la búsqueda de formas y medios para conseguir más plenamente este ideal de *ayudar a las almas*. Ideal expresado de una forma tan indefinida como amplia y, sobre todo, discreta y amable. Cristo nuestro Señor «a todos sus siervos y amigos» encomienda esta tarea: «que todos quieran *ayudar*» (EE 146). V. *Comentario: La Peregrinación*, pp. 125-126).

(15) Según el P. Gonçalves da Câmara: «En Manresa había visto primero el *Gersoncito* y nunca más había querido leer otro libro de devoción» (FN, I, 584). El *Gersoncito* es la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, atribuida en las primeras ediciones españolas a Juan Gersón. En los *Ejercicios*, Ignacio aconsejará la lectura de este libro, junto con la de los Evangelios y vidas de santos (v. EE 100).

(16) Aquí se produjo probablemente la primera interrupción de este relato hecho al P. Gonçalves da Câmara (V. *Introducción: El libro*, p. 15). La decisión que ahora toma Iñigo, apoyada

⁴ En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, ⁵ claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad; y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

[28] ¹ Primero. tenía mucha devoción a la santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. ² Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad. Mas este pensamiento le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. ³ Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas (17) y tantos sollozos, que no se podía valer. ⁴ Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; ⁵ y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad (18).

en el «no podía dudar» y «nunca pudo dudar» parece corresponder al primer tiempo de elección que en los *Ejercicios* se presenta así: «Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado» (EE 175).

(17) El P. Laínez decía de Ignacio: «Es tan tierno en lágrimas de cosas eternas y abstractas, que me decía que comúnmente seis o siete veces al día lloraba» (FN, I, 140). En este relato aparecerán nuevamente las lágrimas (nn. 33, 98, 100, 101). En su *Diario íntimo* anota la efusión de lágrimas hasta unas 175 veces en los primeros cuarenta días. Estas lágrimas a veces van acompañadas de «sollozos». No se da «ejemplo equivalente en la literatura espiritual católica» (J. de Guibert). Las lágrimas del peregrino nos presentan un hecho que sobrepasa todos los análisis que no cuenten con la luz de la fe. Sin embargo, con la ayuda de esta luz, podemos percibir «una vivencia sabrosamente sentida de la última comunicación de Dios a su alma... el eco de la voz de Dios... el reborar del desbordamiento producido por la catarata de dones particulares» (I. Iparraguirre). No pueden, con todo, considerarse estas lágrimas independientemente de aquello que es más importante: «Quién tiene en la voluntad y parte superior del alma compasión de las miserias del prójimo, con deseo de ayudarle de su parte... no tiene necesidad de otras lágrimas, ni otra ternura de corazón» escribe Juan de Polanco, por encargo de Ignacio, a un jesuita deseoso del don de lágrimas. Todavía añade que quienes gozan de este don «no tienen a causa de ello mayor caridad, ni son más eficaces que los demás» (Epp, V, 714). Por esto, el mismo Iñigo, recibiendo agradecidamente este signo de la comunicación de Dios, lo considera como algo que no puede absolutizarse. Gonçalves da Câmara nos ha conservado esta nota íntima: «Solía tener el Padre tantas lágrimas continuamente, que, cuando en la misa no lloraba tres veces, tenía por desconsolado. El médico le mandó que no llorase, y así lo tomó por obediencia. Y así tomándolo por obediencia, como suele estas cosas, tiene agora mucha más consolación sin llorar, de lo que antes tenía» (FN, I, 638-639). V. nota 4 de este capítulo.

(18) Según Diego Laínez empezó a escribir un libro sobre la Santísima Trinidad «con ser hombre simple y no saber sino leer y escribir en romance» (FN, I, 82). Este libro no se conserva,

[29] ¹ Segundo. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. ² Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma.

³ Tercero. En la misma Manresa, a donde estuvo cuasi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vio el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. ⁴ Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el corpus Domini, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; ⁵ y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo nuestro Señor.

⁶ Cuarto. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. ⁷ Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua (19). ⁸ A nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. ⁹ Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto (20).

[30] ¹ Quinto. Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo

pero esta gran devoción a la Santísima Trinidad se transparenta de modo luminoso y extraordinario en las páginas del *Diario Espiritual* (v. n. 100 y nota 6 del capítulo *El término: siempre en búsqueda*). En él no hay una página donde de una manera u otra no se hable de la Santísima Trinidad. Se ha afirmado repetidamente que la mística de San Ignacio es una mística preferentemente trinitaria.

(19) V. nn. 41, 44, 48, 96, 99.

(20) Situación muy parecida a la de los samaritanos después de tener una experiencia directa de la relación con Jesús: «Y decían a la mujer: Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el salvador del mundo» (Jn 4, 42). Momento adulto de la vida de fe, cuando el creyente vive la relación con Cristo de una forma totalmente personal como si él mismo hubiera oído, visto con sus ojos y palpado con sus manos la Palabra de la Vida (v. 1 Jn 1, 1). La pedagogía espiritual de los *Ejercicios* orienta hacia esta madurez tan personal de la experiencia de fe: el ejercitante ha de «sentir y gustar internamente» las realidades de la fe en lugar de recibir unas amplias exposiciones del que le da los ejercicios: ha de ir avanzando también en un conocimiento personal y vivo —«conocimiento interno»— del Señor; el que da los ejercicios a otro ha de procurar no interferir en la acción directa de Dios con el ejercitante, pues esta acción de Dios en lo único importante (v. EE 2, 104, 15). La vivencia de Iñigo es uno don extraordinario, pero ilumina las grandes virtualidades de la vida de fe de todo cristiano.

(21), y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo.² Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.³ Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento;⁴ de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años (22), coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. [Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes] (23).

(21) Se trata de la iglesia del monasterio de San Pablo a medio kilómetro del «pont vell», que desde 1472 dependía del abad de Poblet.

(22) He aquí una nueva muestra de la memoria vacilante de Ignacio en este momento de su vida. Si cuando narra esto, en 1555, tenía sesenta y dos años, debió nacer en 1493. Pero antes (n. 1) nos ha dicho que tenía veintiséis años cuando fue herido en Pamplona en 1521 y, según esta indicación, el año del nacimiento sería el 1495. En uno de los dos lugares ha de haber error. O quizá en los dos... (v. *Introducción: el libro*, p. 17).

(23) Tocamos una de las cumbres más altas de la acción de Dios en la vida de un hombre. Las palabras de Ignacio revelan claramente la importancia de esta gracia. También se deduce del provecho que el santo obtuvo de ella a lo largo de su vida. Gonçalves da Câmara nos narra que Ignacio, al responderle a preguntas que le había planteado sobre unos puntos de las Constituciones de la Compañía de Jesús, le dijo: «A estas cosas todas se responderá con un negocio que pasó por mí en Manresa» (FN, I, 610). Y el P. Câmara nos aclara: «Este negocio era una gran ilustración del entendimiento, en la cual nuestro Señor en Manresa manifestó a nuestro Padre éstas y otras muchas cosas de las que determinó en la Compañía» (ibid.). Todos los compañeros más íntimos de Ignacio (Laínez, Nadal, Câmara, Polanco) captaron la trascendencia de este momento privilegiado y nos guardaron de él su recuerdo inmediato y cálido. Recuerdo que, a través de los siglos, ha sido custodiado con particular veneración, como uno de los dones más preciados otorgados por Dios a Iñigo. Finalmente la expresión *eximia ilustración del Cardoner* se ha convertido en patrimonio universal. Sin embargo, no es nada fácil determinar en qué consistió esta ilustración tan extraordinaria. Más bien, la abundante literatura ha creado una aureola que destaca esta gracia, oscureciendo al mismo tiempo su núcleo. Pero podemos afirmar que tanto el proceso de la narración ignaciana, que muestra un progresivo aumento de luz interior desde Loyola, como la continua e iluminada búsqueda de Iñigo durante los años posteriores hasta llegar a la fundación de la Compañía, como también los puntos de coincidencia de diferentes intérpretes del santo, hacen pensar que el don de esta experiencia culminante fue la «plena capacidad de discernimiento». Polanco nos dice que «esta misma luz [la recibida junto al Cardoner] se extendía en particular también a la discreción de los espíritus buenos y malos, de modo que le parecía penetrar con unos nuevos ojos del espíritu todas las cosas divinas y humanas» (FN, II, 256). Esta fue la más alta *lección* que le impartió el «maestro de escuela» (v. nn. 9, 25); ésta es la ayuda que superó en mucho todas las otras que había de recibir en su vida, incluso juntándolas todas. Porque si la vida mística de los últimos años en Roma será más madura y más elevada, la enseñanza del Cardoner no será igualada. Esta enseñanza abarca toda la amplitud de la realidad: «Las cosas de la vida espiritual», es decir, los movimientos del Espíritu en nuestra vida; «las cosas de la fe», o sea, las verdades reveladas en su armónica relación; «las cosas de las letras», todo lo que constituye el objeto del conocimiento natural, tanto los objetos particulares

[31]¹ Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz (24), que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios,² y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos (25).³ Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquél era el demonio;⁴ y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano.

[32]¹ Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego.² Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante;³ y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma febre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle.⁴ Mas aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que eran allí venidas por visitalle,⁵ que por amor de Dios, cuando otra vez le vieses en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

como su conjunto. Una visión sintética y orgánica. Es como una recreación de la mirada, de aquella mirada que compromete todo el ser: «como si fuese otro hombre». Parece, pues, que Iñigo recibe una iluminación sobre la totalidad, la globalidad del mundo. Esta mirada nueva y totalizante constituye uno de los rasgos distintivos de la espiritualidad ignaciana. Debemos hacer las cosas *abrazando la totalidad* —«ex integro»—, dice Jerónimo Nadal, uno de los más fieles intérpretes del maestro. Es la mirada del Padre que contempla el mundo y lo ama, le envía a su Hijo para salvarlo y después llama a los hombres a colaborar en esta obra en la Iglesia. Desde este momento la vocación apostólica marcará sus pasos.

Al llegar a este punto de nuestra exposición, podemos comprender cuál es el fundamento de la tradición que sitúa el origen de los *Ejercicios* y de la *Compañía de Jesús* en la ilustración del Cardoner. Con un don tan precioso de discernimiento, dispone Iñigo de un instrumento para interpretar la rica experiencia propia e irla convirtiendo en el método de búsqueda evangélica que son los *Ejercicios*. Así puede afirmarse que los *Ejercicios* proceden *substancialmente* de la experiencia del Cardoner. Por lo que se refiere a la Compañía, transcurrirán muchos años e Iñigo no sabrá del todo adonde quiere conducirle Dios con aquella nueva visión del mundo y aquel deseo de *ayudar a las almas* que le había grabado en su corazón, porque «seguía al Espíritu que le guiaba; no le precedía», nos dice lapidariamente Jerónimo Nadal (FN, II, 252). Tanto que, durante el tiempo de París «era conducido con suavidad adonde no sabía porque entonces no pensaba en la fundación de una orden religiosa» (ibid.). Pero la luz del Cardoner fue el foco con el que se desvanecieron tantas oscuridades hasta el momento de ver con claridad la fundación de la *Compañía de Jesús*. Después de todo lo dicho, no hemos traspasado todavía el umbral de un acontecimiento tan superior, que el peregrino custodió toda su vida con excepcional estima (v. *Comentario: la Pregerinación*, p. 120).

(24) Se trata de la cruz de Tort, si, como parece más probable, se dirigía a San Pablo por el camino de arriba y no por el que corría junto al río.

(25) V. el n. 19.

[33] ¹ Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte (26). ² En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; ³ mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios, N. S. le había comunicado.

⁴ Otra vez, el año de 50, estuvo muy malo de una muy recia enfermedad que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. ⁵ En este tiempo pensando en la muerte tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; ⁶ y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación.

[34] ¹ Veniendo el invierno, se enfermó de una enfermedad muy recia, y para curarle le ha puesto la cibdad en una casa del padre de un Ferrera (27), que después ha sido criado de Baltasar de Faria (28); ² y allí era curado con mucha diligencia; y por la devoción que ya tenían con él muchas señoras principales, le venían a velar de noche. ³ Y rehaciéndose desta enfermedad, quedó todavía muy debilitado y con frecuente dolor de estómago. ⁴ Y así por estas causas, como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo, como media gorra. ⁵ Y a este tiempo había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas. ⁶ Ibase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén.

(26) Era el año 1535. V. el n. 91.

(27) Hijo, probablemente, de Antonio Benito Ferrer y de Juana Ferrer o Ferrera, como se llamaba entonces. Esta era una de las bienhechoras de Iñigo.

(28) Las mujeres que más ayudaron a Iñigo en Manresa fueron Inés Pascual, Angela Amigant, Miquela Canyellas, Inés Clavera, Brianda Paguera.

JERUSALEN: QUE ALEGRIA, VAMOS A LA CASA DEL SEÑOR

[35] ¹ Y así al principio del año de 23 se partió para Barcelona (1) para embarcarse. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. ² Y así un día a unos que le mucho instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loándosela mucho, ³ él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona (2), no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza (3); ⁴ y llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaba ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le tenía afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. ⁵ Y esto, que decía desta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos

(1) Alrededor del 17 o 18 de febrero. Barcelona era entonces una ciudad de 30.000 habitantes que desbordaba ya la muralla de 5 kilómetros que la rodeaba. Por el *Portal Nou* (una de las siete puertas, situada de donde actualmente se halla el arco de triunfo) entró Iñigo en la ciudad condal al llegar de Manresa. Barcelona había ido perdiendo ya su condición de corte y el esplendor pasado, aunque a fines del siglo XV inició una expansión económica y una notable actividad constructora. Abundaban en la ciudad los templos de gran belleza (Santa María del Mar, Santa María del Pi, Sant Just i Pastor...). Iñigo nos hablará de Santa María del Mar (n. 55). Además eran también muchos los conventos y ermitas esparcidos por la ciudad y alrededores (Vall d'Hebró, St. Genís dels Agudells...) que ofrecieron a Iñigo ocasión para sus expansiones espirituales (n. 37) y también para sus actividades apostólicas. La vida eclesial no era floreciente, aunque había algunos círculos espirituales selectos influidos por la *devotio moderna* o el *lulismo*. Precisamente, después de haberse iniciado en Montserrat en la *devotio moderna*, Iñigo, durante su segunda estancia en Barcelona (v. capítulo siguiente), tendrá el primer contacto con la espiritualidad de Ramón Llull, que quizá dejó alguna huella en la redacción de los *Ejercicios*: meditación de las tres potencias, contemplación para alcanzar amor (De Guibert, Batllori).

(2) La familia Cardona era de la más alta nobleza de Cataluña y una hermana del duque se había casado con Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, a cuyo servicio había estado Iñigo.

(3) De golpe nos adentra en la hondura teológica del camino que va recorriendo. Bajo la apariencia de una devoción sentimental y rudimentaria nos encontramos con toda la fuerza de una vida de fe que intenta tomar cuerpo. En estas palabras tenemos el fondo más genuino de la peregrinación de Iñigo: fe, esperanza y amor...

él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión.⁶ Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de valde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún biscocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían.

[36]¹ El cual biscocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos:

—¿Esta es la esperanza y la fe que tu tenías en Dios, que no te faltaría? etc.

² Y esto con tanta eficacia, que le daba gran trabajo.³ Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque dentrambas partes veía razones probables, se determinó de ponerse en manos de su confesor;⁴ y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección, y lo que más fuese gloria de Dios, y las causas que le hacían dubdar si debía llevar mantenimiento.⁵ El confesor se resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo; y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar.⁶ El estuvo dudando un poco si se lo diría; y a la fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma.⁷ Y ella, como espantada, dijo:

—¿A Roma queréis ir? Pues los que van allá, no sé cómo vienen (queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu).

⁸ Y la causa por que él no osó decir que iba a Jerusalén fue por temor de la vanagloria (4); el cual temor tanto le afligía, que nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era.⁹ Al fin, habido el biscocho, se embarcó; mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque desta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa.

[37]¹ Y se embarcó, habiendo estado en Barcelona poco más de veinte días.² Estando todavía aún en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la cibdad, para tratar con ellas.³ Mas ni en Barcelona ni en Manresa, por todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas, que tanto le ayudasen como él deseaba;⁴ solamente en Manresa aquella mujer, de que arriba está dicho (5), que le dijera que rogaba a Dios le apareciese Jesu Cristo: esta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales.⁵ Y así, después de partido de Barcelona, perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales (6).

(4) El P. Cámara nos dice: «Y así me contó el Padre cómo dos años había sido trabajado deste vicio» (*Prólogo del P. Cámara*, n. 1).

(5) V. el n. 21.

(6) El deseo de encontrarse con personas espirituales es típico de todos los que quieren profundizar en la vida cristiana. Desde aquellos cristianos que iban, en la antigüedad, al desierto a buscar *padres espirituales*, hasta el atractivo actual de determinadas personas singulares, cristianos o no, o de algunas comunidades que sobresalen por su estilo de vida o por la oración, nos

[38]¹ Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad.² Y por toda aquella tierra se temían de pestilencia; mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma.³ De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, porque también mendicaban.⁴ Llegados a una casería, hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escallentalles.⁵ Después los apartaron; poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el pelegrino con el mozo en un establo.⁶ Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y, levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar.⁷ A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: ¿Esto se ha de sufrir?

Y semejantes quejas;⁸ las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno.⁹ El mozo había ya huído, y todos tres empezaron a caminar así de noche.

[39]¹ Y llegados a una cibdad que estaba cerca, la hallaron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida.² A la mañana no les quisieron abrir la cibdad; y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí, en el cual el pelegrino se halló flaco, así del trabajo de la mar, como de lo demás etc.³ Y no pudiendo más caminar, se quedó allí; y la madre y la hija se fueron hacia Roma.⁴ Aquel día salieron de la cibdad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra (7), se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo;⁵ que le pedía le dejase entrar en la cibdad para buscar algún remedio. Ella lo concedió

encontramos siempre con el mismo fenómeno de búsqueda de «personas espirituales». Sin embargo, el curso que este afán siguió en el *peregrino*, hasta el punto de abandonarlo, es también clarificador de las ambigüedades que encubren a menudo estas búsquedas de hombres espirituales: dependencias excesivas, absolutizaciones de determinadas personas, ingenuidades pueriles, espejismos producidos por determinadas personalidades... Parece que el *peregrino*, por lo que sabemos de Ribadeneira, quería ver si estas personas *espirituales* tenían un espíritu parecido al suyo. ¡Sólo encontró una o dos! (v. FN, II, 327-328). Ya se ve que el *peregrino* esperaba demasiado de ellas... Al final, comprobó que también en las cosas del espíritu debía «tener a solo Dios por refugio» (n. 35). Sin embargo, Iñigo también irá descubriendo los beneficios del recurso a personas espirituales, cuando uno no está dominado por el «ansia» u otro impulso viciado. Los mismos ejercicios espirituales son una experiencia de fe orientada por el diálogo con otra persona —«el que da los ejercicios»— y, en el libro de los *Ejercicios*, el propio Ignacio destaca la utilidad de la comunicación con alguna «persona espiritual» (v. EE 326).

(7) Seguramente se trata de la condesa Beatriz Appiana, mujer de Vespasiano Colonna, señora de Fondi.

fácilmente. ⁶ Y empezando a mendicar por la cibdad, halló muchos cuatrines (8), y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino, y llegó a Roma el domingo de ramos (9).

[40] ¹ Donde todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, le empezaron a disuadir la ida, afirmándole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; ² mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dubdar, sino que había de hallar modo para ir a Jerusalén. ³ Habiendo tomado la bendición del papa Adriano sexto, después se partió para Venecia, ocho días o nueve después de pascua de resurrección (10). ⁴ Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. ⁵ Mas dos días después de ser salido de Roma empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. ⁶ Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrescían, que ordinariamente eran pobres. ⁷ Y hízolo de manera, que, cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios.

[41] ¹ Todavía por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos; y alguna vez le acaeció, en levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual, en viendo que le vio, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debía de ver muy descolorido. ² Caminando así llegó a Choza, y con algunos compañeros que se le habían ajuntado supo que no les dejarían entrar en Venecia; ³ y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dejándole, cuasi noche, en un grande campo; ⁴ en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho (11), y lo confortó mucho. ⁵ Y con esta consolación, el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como (creo) habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua y entra, sin que las guardas le demanden nada; ⁶ y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros, que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó.

(8) Moneda de poco valor.

(9) En 1523 se celebró el 29 de marzo.

(10) Debía ser, pues, hacia el 13 o 14 de abril (v. la nota precedente). En el archivo Vaticano se conserva el permiso para ir a Jerusalén concedido a «Enecus de Loyola, clericus pampilonensis». Estas palabras constituyen el único argumento sólido a favor de la opinión según la cual Iñigo había sido tonsurado y, por lo tanto, era clérigo. En el proceso que se incoó en 1515 en Azpeitia, a pesar de que Iñigo alegó la condición de clérigo, seguramente como pretexto para librarse de la justicia, se le consideró laico. En el registro de la universidad de París tampoco figura como clérigo (v. FD, 229-246; 395-396).

(11) V. el n. 29, cuarto.

[42] ¹ Y llegados a Venecia venieron las guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, cuantos había en ella; y a él solo dejaron. ² Manteníase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de S. Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador, ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar; ³ y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dubdar. ⁴ Y un día le topó un hombre rico español y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. ⁵ Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía.

[43] ¹ Y ésta fue la causa porque el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al Duque de Venecia para que le hablase, esto es, le hizo dar entrada y audiencia. ² El Duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro. ³ Aunque aquel año eran venidos muchos peregrinos a Jerusalén, los más dellos eran vueltos a sus tierras por el nuevo caso que había acaescido de la tomada de Rodas (12). ⁴ Todavía había trece en la nave pelegrina, que partió primero, y ocho o nueve quedaban para la de los gobernadores; la cual estando para partirse, le viene al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; ⁵ y después de haberle tratado mal algunos días, le dejaron, y la nave se partía el día que él había tomado una purga. ⁶ Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; ⁷ mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar. ⁸ En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprehendía con severidad.

[44] ¹ Los españoles que allí iban le avisaban no lo hiciese, porque trataban los de la nave de dejarlo en alguna ínsula. ² Mas quiso nuestro Señor que llegaron presto a Cipro, a donde, dejada aquella nave, se fueron por tierra a otro puerto que se dice Las Salinas, que estaba diez leguas de allí, y entraron en la nave pelegrina, en la cual tampoco no metió más para su mantenimiento, que la esperanza que llevaba en Dios, como había hecho en la otra. ³ En todo este tiempo le aparecía muchas veces nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas

(12) La toma de Rodas había tenido lugar el 12 de diciembre del año anterior, 1522.

parecía que vía una cosa redonda y grande, como si fuese de oro, y esto se le representaba después de partidos de Cipro llegaron a Jafa (13);⁴ y caminando para Jerusalén en sus asnillos, como se acostumbra, antes de llegar a Jerusalén dos millas, dijo un español, noble, según parecía, llamado por nombre Diego Manes, con mucha devoción a todos los pelegrinos,⁵ que, pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa cibdad, que sería bueno todos se aparejasen en sus consciencias, y que fuesen en silencio.

[45]¹ Y pareciendo bien a todos, se empezó cada uno a recoger; y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz, que los estaban esperando.² Y viendo la cibdad tuvo el pelegrino grande consolación; y según los otros decían, fue universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos.³ Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián, las cuales le dio y le dijo su intención de quedar allí por su devoción;⁴ mas no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado.⁵ El guardián le respondió que no veía cómo su quedada pudiese ser, porque la casa estaba en tanta necesidad, que no podía mantener los frailes, y por esa causa estaba determinado de mandar con los pelegrinos algunos a estas partes.⁶ Y el peregrino respondió que no quería ninguna cosa de la casa, sino solamente que, cuando algunas veces él viniese a confesarse, le oyesen de confesión.⁷ Y con esto el guardián le dijo, que de aquella manera se podría hacer; mas que esperase hasta que viniese el provincial (creo que era el supremo de la orden en aquella tierra), el cual estaba en Belén.

[46]¹ Con esta promesa se aseguró el pelegrino, y empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales.² Teniendo ya escrita una (14) y estando escribiendo la otra, víspera de la partida de los pelegrinos, le vienen a llamar de parte del provincial y del guardián

(13) Llegaron hacia el 24 o 25 de agosto y entraron en Jerusalén el 4 de setiembre. En los códices no hay uniformidad en presentar el pasaje precedente. Con todo, no cambia el sentido de la narración que en este punto queda oscura.

(14) Esta carta no se conserva, pero hay varias referencias de contemporáneos del santo a un escrito de su misma mano sobre la peregrinación a Jerusalén, conservado por el hijo de Inés Pascual y cedido luego a los jesuitas. Ribadeneira utiliza para su biografía de San Ignacio «un papel escrito de mano de san Ignacio» sobre dicha peregrinación (v. FN, I, 1-4). Este deseo de escribir cartas a personas de Barcelona, después de haber pasado allí sólo unos veinte días, preanuncia la extensión y profundidad de una relaciones que alcanzarán a gente sencilla, acomodada y noble, a religiosas y a sacerdotes... Algunas de las cartas ignacianas más ricas en enseñanzas y de más calida amistad tienen destinatarios barceloneses: Isabel Roser, Jaime Cassador, Teresa Rejadell, Juan Verdolay... No es necesario ponderar la gran significación que, en pluma de Iñigo, tiene expresiones como

porque había llegado;³ y el provincial le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en la cosa; y que, por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía.⁴ Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se aparejase de ir el otro día con los pelegrinos.⁵ El respondió a esto: que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor.⁶ A esto dijo el provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar etc.

[47]¹ Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dijo que no era menester verlas; que él creía a sus Reverencias; y pues que así juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería.² Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de nuestro Señor que él se quedase en aquellos santos lugares.³ En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas; y esto era lo que él quería tornar a ver.⁴ Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin Turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete.⁵ Y no lo querían dejar entrar las guardas. Les dio un cuchillo de las escrivanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage;⁶ y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá creo que dio las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar.

[48]¹ Cuando en el monasterio se supo que él era partido así sin guía, los frailes hicieron diligencias para buscarle; y así, descendiendo él del monte Olivete, topó con un cristiano de la cintura (15), que servía en el monasterio, el cual con un grande bastón y con muestra de grande enojo hacía señas de darle.² Y llegando a él trabóle reciamente del brazo, y él se dejó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasíó.³ Yendo

éstas: «Os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco» (Epp, I, 85), dirigiéndose a Isabel Roser; o, cuando dirigiéndose a la ciudad que tan cordialmente veneró y acogió al *peregrino*, dice: «Me parece, y no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo en esta vida» (Epp, I, 96).

(15) Nombre con que eran conocidos los cristianos sirios que estaban al servicio del convento de Montesión. Seguramente este nombre les venía del ceñidor que llevaban en la cintura.

por este camino así asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que vía Cristo sobre él siempre.⁴ Y esto, hasta que allegó al monasterio, duró siempre en grande abundancia.

[49]¹ Partieron el otro día (16) y, llegados a Cipro, los pelegrinos se apartaron en diversas naves. Había en el puerto tres o cuatro naves para Venecia.² Una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la tercera era una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano.³ Al patrón desta pidieron algunos pelegrinos quisiese llevar el pelegrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron, alabándole etc.⁴ Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa símile.⁵ Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío.⁶ Partieron un día con próspero viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fue a perder junto a las mismas islas de Cipro, y sólo la gente salvó; y la nave de los turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta.⁷ El navío pequeño pasó mucho trabajo, y al fin vinieron a tomar una tierra de la Pulla.⁸ Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el peregrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo.

[50]¹ Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Cipro todo el mes de noviembre y diciembre, y lo que era pasado de enero.² En Venecia le halló uno de aquellos dos, que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén (17), y le dio de limosna 15 ó 16 julios (18) y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía.³ Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría (19), y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona (20); y así se partió de Venecia para Génova.⁴ Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal,

(16) 23 de setiembre de 1523.

(17) V. en el n. 42. Aunque en el relato sólo aparece uno que de hecho acogiera a Iñigo, una tradición muy antigua refiere que también le hospedó en su casa el senador Marco Antonio Trevisán (v. FN, II, 433 y 536; III, 374).

(18) Moneda equivalente a un décimo de ducado. Su nombre le venía del papa Julio II.

(19) En latín en el original: «quid agendum».

(20) Todavía no piensa en el sacerdocio. Menos aún en la fundación de una orden religiosa. El ideal es «ayudar a las almas», el apostolado. Pero, notémoslo bien, aparece aquí un nuevo elemento: el estudio. «Ayudar a las almas» no es una tarea *espiritualista* para la cual baste la sola buena fe. La obra de Dios se lleva a cabo poniendo en juego todos los elementos humanos. La visión totalizadora del Cardoner va produciendo sus frutos. Sin embargo, todavía son muy tiernos, porque

cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete (21), que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquel vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor.⁵ Y al 3º, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía.⁶ Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía más nada.

[51]¹ Y así se partió de Ferrara para Génova. Halló en el camino unos soldados españoles, que aquella noche le hicieron buen tratamiento;² y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar cuasi por medio de entrambos los ejércitos, franceses y imperiales (22), y le rogaban que dejase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban.³ Mas él no tomó su consejo; sino caminando su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruido, y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer.⁴ Mas cuando fue a puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía;⁵ y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada.⁶ Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra.⁷ Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán; que él le haría decir.⁸ Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y lleváronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos.

[52]¹ En esta ida tuvo el pelegrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras.² Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento.³ El tenía por costumbre de hablar, a cualquiera persona que fuese, por vos, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los apóstoles etc.⁴ Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre en aquel trance y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar etc.⁵ Mas como conoció que era tentación:

Pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza (23).

el inicio de los estudios es una pequeña semilla o, mejor dicho, el principio de una largo *viacruis* de unos cuatroce años.

(21) Pequeña moneda veneciana. En italiano «marchetto».

(22) Febrero de 1524. Estaban en guerra Carlos I y Francisco I por causa del ducado de Milán.

(23) Esta actitud de superar algún miedo o alguna otra dificultad yendo más allá de lo estrictamente necesario comprobó el *peregrino* que era de validez más general y la pasó a los *Ejercicios*. Se trata de una de las recomendaciones para superar las resistencias de nuestra sensibilidad al camino de la vida cristiana: «haciendo el opposito per diametrum» (EE 325; también, n. 97). Para todo este episodio (nn. 52-53) v. la nota 5 del capítulo *Manresa: en la escuela de Dios*.

[53] ¹ Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. ² Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. ³ Y el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron:

—Este hombre no tiene seso; dalde lo suyo y echaldo fuera.

⁴ Salido de palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual lo llevó así a su casa, y le dio con qué se desayunase y todo lo necesario para aquella noche. ⁵ Y partido a la mañana, caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre, y bajaron a prendelle. ⁶ Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó entre las otras cosas, de qué tierra era: y entendiendo que era de Guipusca, le dijo:

—Yo soy de allí de cerca.

Parece ser junto a Bayona; y luego dijo:

—Llevalde, y dalde de cenar, y hacelde buen tratamiento.

⁷ En este camino de Ferrara para Génova, pasó otras cosas muchas menudas, y a la fin llegó a Génova, adonde le conoció un viscaíno que se llamaba Portundo (24), que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del rey católico. ⁸ Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona (25), en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés.

BARCELONA: ESTUDIAR PARA AYUDAR A LAS ALMAS

[54] ¹ Llegado a Barcelona (1) comunicó su inclinación de estudiar con Guisabel Roscer (2), y con un Maestro Ardévól (3) que enseñaba gramática. ² A entrambos pareció muy bien, y él se ofresció enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse. ³ Tenía el pelegrino en Manresa un fraile, creo que de sant Bernardo, hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. ⁴ Y así respondió

(1) Probablemente a fines de febrero o comienzos de marzo de 1524. Ver la nota 2 del capítulo: *Alcalá y Salamanca: peligros y cárceles*.

(2) El peregrino conoció a Isabel Roser durante su primera estancia en Barcelona, en 1523. Esta le ayudó muy generosamente mientras estudiaba en Barcelona y, más tarde, en París. Su devoción y confianza hacia el peregrino la impulsaron a que solicitara pronunciar los votos religiosos bajo la obediencia de la Compañía de Jesús. Con dos compañeras más consiguió su propósito en 1545. Fue un mal paso. Desde entonces surgieron tensiones y dificultades entre Isabel —con dineros y parientes por medio— y la Compañía. Finalmente, Ignacio obtiene del Papa que Isabel sea dispensada de los votos y que la Compañía quede libre para siempre del cargo de mujeres sujetas a su obediencia. Isabel Roser, por su parte, volvió a Barcelona en 1547 e hizo la profesión en el convento de Santa María de Jerusalén, donde vivió hasta su muerte. Los últimos acontecimientos no parece que anularan la profundidad de unos sentimientos que Ignacio había expresado repetidas veces. En la carta en la que Ignacio dispensaba a Isabel de la obligación de los votos le dice: «Me ha parecido, a mayor gloria divina, retirarme y apartarme de este cuidado de teneros por hija espiritual en obediencia, mas no por buena y piadosa madre, como en muchos tiempos me habéis sido a mayor gloria de Dios nuestro señor» (Epp, I, 424). Esta relación, tan llena de sensibilidad y afecto, ilumina un aspecto importante y poco conocido de la fina espiritualidad de Ignacio. *Ignacio de Loyola: correspondencia con mujeres* es el título de una obra de Hugo Rahner. Una extensa gama de mujeres configura el riquísimo panorama de las 88 cartas ignacianas compiladas en este libro: princesas, hijas espirituales, madres de jesuitas, damas de la nobleza, bienhechoras, amigas. Como dice Hugo Rahner, Ignacio ha llegado a una madurez humana «que irradia amistad, aunque no hable mucho de ella». Un testimonio de candente actualidad.

(3) Jerónimo Ardévól, natural de la Fatarella (Terra Alta, Cataluña), era uno de los bachilleres que enseñaban gramática en el Estudio General de Barcelona cuando llegó allí el peregrino.

(24) Iñigo se había relacionado con Portuondo —éste es su nombre verdadero— durante el tiempo de servicio en casa del Contador Mayor del Rey Católico, Juan Velázquez de Cuéllar. Puede decirse, pues, en cierto sentido, que Iñigo «servía en la corte del Rey Católico».

(25) En la segunda quincena de febrero o principios de marzo de 1524.

que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas ido allá halló que el fraile era muerto; y así, vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia.⁵ Mas empedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos;⁶ y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar.

[55] ¹ Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo:

—Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan vivas;

y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación.² Y después de hecha oración se fue a santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco.³ Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo:

⁴ —Yo os prometo de nunca faltar de oíros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener.

⁵ Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones.⁶ El dolor de estómago, que le tomó en Manresa, por causa del cual tomó zapatos, le dejó, y se halló bien del estómago desde que partió para Jerusalén.⁷ Y por esta causa, estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Ibalos ensanchando poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío del invierno, ya no traía sino la pieza de arriba.

[56] ¹ Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había hartó aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes, y que se fuese a Alcalá.² Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo: y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo (4).

(4) Efectivamente, desde Barcelona ya contaba con tres compañeros: Calixto de Sa, Lope de Cáceres y Juan Artega. Sobre su evolución posterior, v. lo que nos dirá más adelante el mismo peregrino (n. 80).

ALCALÁ Y SALAMANCA: PELIGROS Y CARCELES

...³ Llegado a Alcalá (1) empezó a mendigar y vivir de limosnas.⁴ Y después, de allí a 10 ó 12 días que vivía desta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír dél, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican.⁵ Y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de Antezana (2), mostrando pesar de aquello, le llamó, y le llevó para el hospital, en el cual le dio una cámara y todo el necesario.

[57] ¹ Estudió en Alcalá cuasi año y medio; y porque el año del 24 en la cuaresma (3) llegó en Barcelona en la cual estudió dos años, el año de 26 llegó Alcalá (4), y estudió términos de Soto, y Física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias (5).² Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana (6); y con

(1) Alcalá era entonces un centro de gran ebullición intelectual y religiosa. La edición políglota *complutense* se había terminado ya en 1517; en la universidad el estudio de las Escrituras, de los Padres de la Iglesia y de las lenguas antiguas alcanzaban un alto nivel que atraía muchos estudiantes; las obras de Erasmo se difundían con gran aceptación (prueba de ello es la traducción castellana del *Enchiridion militis christiani* publicado el 1526); la efervescencia religiosa era notable (alumbrados, recogimiento...). Ver la nota 9 de este capítulo.

(2) Era el hospital de *Nuestra Señora de la Misericordia*, que también se llamaba de *Antezana*, debido al nombre del fundador.

(3) La Cuaresma de aquel año 1524 fue del 9 de febrero al 27 de marzo.

(4) Quizá el mes de julio, una vez acabado el curso de Barcelona.

(5) Los estudios debieron centrarse en las *Summulas* o *Lógica* —«términos»— de Domingo Soto, la *Física* de san Alberto Magno, y la teología sistemática estudiada en las *Sententiarum libri quattuor* de Pedro Lombardo, el Maestro de las Sentencias.

(6) Por primera vez aparece Iñigo dando ejercicios espirituales. No se trata todavía de unos ejercicios plenamente elaborados como aparecen en el libro ignaciano. Más bien son unas prácticas espirituales sencillas (métodos fáciles de oración, examen de conciencia, un inicio de discernimiento...) junto con una instrucción catequética (FD, 319-349). Más adelante, Ignacio, además del plan completo y exigente de treinta días de ejercicios, seguirá ofreciendo la posibilidad de estas prácticas que vemos ya en Alcalá. Ejercicios acomodados a personas con poca preparación para la larga experiencia de los ejercicios enteros (V. EE 18. V. también: *Comentario: La peregrinación*, 5. *Guiar a los demás*).

esto se hacía fruto a gloria de Dios.³ Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones:⁴ como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles, que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina. [Acordarme he del temor que el mismo pasó una noche] (7).⁵ Luego como allegó a Alcalá, tomó conocimiento con D. Diego de Guía, el cual estaba en casa de su hermano (8) que hacía empremta en Alcalá, y tenía bien el necesario;⁶ y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del pelegrino en su casa.⁷ Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo D. Diego que no tenía dineros;⁸ mas abrióle una arca, en que tenía diversas cosas, y así le dio paramentos de lechos de diversas colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el pelegrino se puso sobre las espaldas, y fue a remediar los pobres.

[58]¹ Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera, y quién de otra.² Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos Alcalá, fué avisado el pelegrino por el huésped dellos, diciéndole que les llamaban los ensayalados, y creo que alumbrados; y que habían de hacer carnicería en ellos (9).³ Y así empezaron luego

7) Una noche que estaba estremecido de temor plantó cara a los demonios desafiándolos a que le hiciesen todo lo que quisiesen, que «no podrían hacer más que lo que Dios les concediese». Esta actitud de gran coraje y confianza en Dios «no sólo le libró entonces de todo temor del demonio, sino que, con la ayuda de Dios, le inmunizó para siempre de estos terrores nocturnos», cuenta Polanco (FN, II, 545). Sea lo que fuere de este hecho, la relación de Polanco expresa muy bien la actitud de Iñigo ante el miedo y lo que en consecuencia aconseja en los *Ejercicios*. En los momentos en los que nos amenaza el miedo y cuando tenemos peligro de ceder acobardados: «el enemigo se hace flaco por fuerza y fuerte de grado (...). Es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huida sus tentaciones, cuando la persona (...) pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el opposito per diametrum» (EE 325).

(8) Diego de Eguía era un sacerdote de Estella (Navarra) que más tarde, en 1540, entró en la Compañía de Jesús y fue durante un tiempo confesor de san Ignacio. Su hermano Miguel era un notable impresor.

(9) Unos meses antes de la llegada de Iñigo a Alcalá, la Inquisición de Toledo había promulgado un edicto condenatorio de 48 proposiciones de los alumbrados. Estos constituían un movimiento espiritual marcado por un intimismo subjetivista, expuesto en consecuencia, a desviaciones doctrinales y a la relajación moral. Dadas estas características y lo indefinido de sus contornos, no es raro que este movimiento fuese objeto de continuas sospechas, lo mismo que las personas que tenían relación con él o presentaban ciertas afinidades, aunque fuesen superficiales, con la forma de comportarse de los *alumbrados*. Por lo que se refiere a éstos, Ignacio escribiría al rey de Portugal, Juan III, que «nunca los conversé ni los conocí» (FN, I, 53). Sin embargo es probable que Iñigo tuviera contacto con la mística ortodoxa de *recogimiento*, muy floreciente en Alcalá. Se trataba de un movimiento que buscaba en la experiencia espiritual, despojada de todo lo material, la plena unidad de todo el ser y la apertura a Dios. Pero, además, el *peregrino*, con su predicación y comportamiento (formas de vestir, conversaciones espirituales, reuniones piadosas, etc.) presentaba ciertas semejanzas con algunas manifestaciones de los alumbrados.

hacer pesquisa y proceso de su vida, y al fin se volvieron a Toledo sin llamarles, habiendo venido por aquel solo efecto; y dejaron el proceso al vicario Figueroa, que agora está con el emperador.⁴ El cual de ahí algunos días les llamó y les dijo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento.⁵ Mas no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro; y los otros dos, Calisto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico (10), que era mancebo francés, podría quedar así.

[59]¹ El pelegrino dice que harán lo que les es mandado.

—Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones: que a uno tal no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad.² Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna heresía.

—No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemaran.

—También os quemaran a vos, dice el pelegrino, si os hallaran heresía (11).

³ Tiñen sus vestes, como les es mandado, y de ahí a 15 ó 20 días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él lo hace así quietamente, como en todas las cosas de esa cualidad que le mandaban (12).

⁴ De ahí a 4 meses el mismo Figueroa tornó a hacer pesquisa sobre ellos; y, ultra de las sólitas causas, creo que fuese también alguna ocasión, que una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al peregrino; y, por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces, a la mañana, al hospital; y entrando se descubriría, y iba a la cámara del peregrino.⁵ Mas ni desta vez les hicieron nada; ni aun después de hecho el proceso les llamaron, ni dijeron cosa alguna.

[60]¹ De ahí a otros 4 meses que él estaba ya en una casilla, fuera del hospital, viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice:

—Veníis un poco conmigo.

² Y dejándole en la cárcel, le dice:

—No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa.

(10) Juan de Reynalde, un muchacho francés.

(11) Sobre este episodio observa con acierto Polanco: «Es de notar la libertad que Dios daba entonces a Iñigo, y el poco respeto que tenía a persona ninguna, sino en cuanto según Dios les era obligado» (FN, I, 173).

(12) Una nota del P. Gonçalves da Câmara al margen de este párrafo dice: «[A.] de lo que me contó Bustamante». Aunque [A.] significa probablemente «Acordarme he», la nota no se sabe a qué puede referirse.

³ Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitalle; [m^a uno, y era confessor] (13). Y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios (14). ⁴ No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrescían. ⁵ Acuérdate especialmente de D^a Teresa de Cárdenas, la cual le envió a visitar, y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí; ⁶ mas no aceptó nada, diciendo siempre:

—Aquel, por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido dello.

[61] ¹ Diecisiete días estuvo en la prisión, sin que le examinasen ni él supiese la causa dello; al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. ² Y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre y hija; y desto dijo que sí. ³ Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido. ⁴ Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo:

—Esta era la causa porque sois aquí venido.

⁵ Entre las muchas personas que seguían al peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza, y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, máxime la hija; ⁶ y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendicando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá. ⁷ Y el doctor Ciruelo, que tenía alguna protección dellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender. ⁸ Pues como el preso vio lo que había dicho el vicario, le dijo:

—¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia?

Dice:

—Sí.

⁹ —Pues habéis de saber, dice el preso, que estas dos mujeres muchas veces me han instado para que querían ir por todo el mundo servir a los pobres por unos hospitales y por otros; ¹⁰ y yo las he siempre desviado deste propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa, etc.; y les he dicho

(13) El portugués Manuel Miona, sacerdote y profesor de Alcalá, fue confesor de Iñigo en esta ciudad y también en París. Entró en la Compañía en 1545. Iñigo correspondió a la ayuda espiritual que había recibido de Miona ofreciéndole lo mejor que tenía, los *Ejercicios*. Desde Venecia, le escribía el 16 de noviembre de 1536: «Y porque es razón responder a tanto amor y voluntad como siempre me habéis tenido y en obras mostrado, y como yo hoy en esta vida no sepa en qué alguna centella os pueda satisfacer, que ponerlos por un mes en ejercicios espirituales... Porque [estos ejercicios espirituales] son todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos» (Epp, I, 112-113). No puede pedirse una más alta recomendación de los *Ejercicios*.

(14) Laínez, al hablar de esta estancia en la cárcel, aunque con poca precisión cronológica, hace este breve y expresivo retrato de la vida edificante de Iñigo: «razonando las cosas de Dios, y edificando con el ejemplo y ejercicio en barrer la cárcel y otras cosas semejantes...» (FN, I, 94). Y la traducción latina de la relación de Laínez todavía añade que «a menudo practicaba también otros oficios humildes» (FN, I, 95).

que, cuando quisiesen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir acompañar el Santísimo Sacramento.

¹¹ Y acabadas estas pláticas, el Figueroa se fue con su notario, llevando escrito todo.

[62] ¹ En aquel tiempo estaba Calixto en Segovia, y sabiendo de su prisión, se vino luego, aunque recién convalescido de una grande enfermedad, y se metió con él en la cárcel. ² Mas él le dijo que sería mejor irse presentar al vicario; el cual le hizo buen tratamiento, y le dijo que le mandaría ir a la cárcel, porque era menester que estuviese en ella hasta que viniesen aquellas mujeres, para ver si confirmaban con su dicho. ³ Estuvo Calixto en la cárcel algunos días; mas viendo el peregrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aún no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo mucho suyo.

⁴ Desde el día que entró en la cárcel el peregrino, hasta que le sacaron, se pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las dos devotas, fue el notario a la cárcel a leerle la sentencia, ⁵ que fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fee dentro de 4 años que hoviesen más estudiado, pues que no sabían letras. ⁶ Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más, y ellas eran con poco fundamento: y esta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban.

[63] ¹ Con esta sentencia estuvo un poco dubdoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas, no le dando causa ninguna, sino porque no había estudiado. ² Y en fin él se determinó de ir al arzobispo de Toledo, Fonseca, y poner la cosa en sus manos. ³ Partiósse de Alcalá (15), y halló el arzobispo en Valladolid; y contándole la cosa que pasaba fielmente, le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción, ni era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase (hablándole de vos, como solía a todos). ⁴ El arzobispo le recibió muy bien, y entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo que también en Salamanca tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo; y le mandó luego, en se saliendo cuatro escudos.

[64] ¹ Llegado a Salamanca, estando haciendo oración en una iglesia, le conoció una devota que era de la compañía, porque los 4 compañeros ya había días que allí estaban, y le preguntó por su nombre, y así lo llevó a la posada de los compañeros. ² Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino:

—Cuando nos mandastes teñir las vestes lo habemos hecho; mas agora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas.

³ Y así el mismo vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y desta manera vestidos habían partido de Alcalá. ⁴ Confesábase en Salamanca con un fraile de santo Domingo en

(15) El 20 o 21 de junio de 1527.

sant Esteban; y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor:

—Los Padres de la casa os querían hablar

Y él dijo:

—En nombre de Dios.

⁵ —Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas.

⁶ Y así el domingo vino con Calixto; y después de comer, el soprior, en ausencia del prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, ⁷ y el soprior con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica (16); y que holgarían de saber destas cosas más particularmente. ⁸ Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió:

—Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo.

Y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.

[65] ¹ Pues luego ¿qué es lo que predicáis?

—Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman.

² Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis? que eso es lo que queremos saber.

³ —Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo.

⁴ —Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu Santo. No por letras; luego por Espíritu Santo. [Y esto que es del Espíritu Santo, es lo que queríamos saber].

⁵ Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias. ⁶ Instando el fraile:

(16) El término *vita apostólica* significó, ya en los primeros siglos del cristianismo, la pobreza comunitaria de los monjes. Esta expresión hace referencia a la comunicación de bienes de la primera comunidad de Jerusalén que surgió en torno a los apóstoles. Con la evolución de la vida religiosa y al integrarse en ella el ministerio de la palabra (canónigos regulares, medicantes), la *vita apostólica* se enriquece con la connotación de *predicación evangélica*. Sin embargo, siempre queda en primer plano de la *vita apostólica* la condición de vida de pobreza y comunicación de bienes característica de los inicios. Aquí se trata, pues, de una indicación del *estilo de vida* de Iñigo y de sus compañeros, más que del trabajo apostólico o de evangelización.

—Pues ahora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros, que han engañado al mundo ¿no queréis declarar lo que decís? (17).

[66] ¹ El peregrino dijo:

—Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello.

² Antes desto había demandado por qué venía Calisto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines cuasi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme. ³ El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por las grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo. ⁴ Aquí dijo el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía:

—La caridad empieza por sí mismo (18).

⁵ Pues tornando a la historia, no pudiendo el soprior sacar otra palabra del peregrino sino aquella, dice:

—Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo.

⁶ Y así se van todos los frailes con alguna priesa. ⁷ Preguntando primero el peregrino si querrían que quedasen en aquella capilla, o adónde querrían que quedase, respondió el soprior, que quedasen en la capilla. ⁸ Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según parece, con los jueces. ⁹ Todavía los dos estuvieron en el monasterio 3 días sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refitorio con los frailes. ¹⁰ Y cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a velles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como division, habiendo muchos que se mostraban afectados.

[67] ¹ Al cabo de los 3 días vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. ² Y pusieronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; ³ y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de 10 ó 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase. ⁴ Y toda aquella noche estu-

(17) Este interrogatorio tenía lugar mientras, en Valladolid, se celebraba la conferencia teológica, convocada por el Inquisidor general, para discutir veintiuna proposiciones de las obras de Erasmo, el cual, sin embargo, no fue condenado. En cuanto a la actitud de Iñigo en relación a Erasmo, según Gonçalves da Câmara y Ribadeneira, una cosa parece evidente: la gran aversión que conservó toda su vida a sus escritos (v. FN, I, 585, 669; FN, IV, 172-175). Sin embargo, no está del todo claro si este rechazo era debido a un primer contacto con los escritos del humanista que le enfió el espíritu (Ribadeneira), o bien a la opinión desfavorable respecto de Erasmo que tenían algunos predicadores y personas de autoridad (Gonçalves da Câmara). Todavía más oscura es la cuestión de si un hipotético primer contacto tuvo lugar en Barcelona (Ribadeneira) o en Alcalá (Gonçalves da Câmara).

(18) En el original en latín: «Charitas incipit a se ipsa» [sic].

vieron en vigilia.⁵ Al otro día, como se supo en la cibdad de su prisión, les mandaron a la cárcel en qué durmiesen, y todo el necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios etc.

⁶ El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dio todos sus papeles, que eran los Ejercicios, para que los examinasen.⁷ Y preguntándolos si tenían compañeros, dijeron que sí y adonde estaban, y luego fueron allí por mandado del bachiller, y trajeron a la cárcel Cáceres y Artiaga, y dejaron a Juanico, el cual después se hizo fraile.⁸ Mas no los pusieron arriba con los dos, sino abajo, adonde estaban los presos comunes. Aquí también menos quiso tomar abogado ni procurador.

[68]¹ Y algunos días después fué llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhas y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los Ejercicios.² Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, mas de teología, verbi gratia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos. Y él hizo su prefación primero.³ Y todavía, mandado por los jueces, dijo de tal manera, que no tuvieron qué reprehendelle.⁴ Y el bachiller Frías, que en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros, le preguntó también un caso de cánones;⁵ y a todo fue obligado a responder, diciendo siempre primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas.⁶ Después le mandaron que declarase el primero mandamiento de la manera que solía declarar. El se puso a hacello, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primero mandamiento, que no tuvieron gana de demandalle más.⁷ Antes desto, cuando hablaban de los Ejercicios, insistieron mucho en un solo punto, que estaba en ellos al principio; de cuándo un pensamiento es pecado venial, y de cuándo es mortal (19).⁸ Y la cosa era, porque, sin [ser] él letrado, determinaba aquello.⁹ El respondía:

—Si esto es verdad o no, allá lo determinad; y si no es verdad, condenadlo.

Y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron.

[69]¹ Entre muchos que venían hablalle a la cárcel vino una vez D. Francisco de Mendoza, que agora se dice cardenal de Burgos, y vino con el bachiller Frías.² Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió:

—Y yo responderé lo que respondí hoy a una señora, que decía palabras de compasión por verme preso.

³ Y yo le dije:

(19) En el texto definitivo de los *Ejercicios* se encuentra en la primera semana (v. EE 32-42).

—En esto mostráis que no deseáis de estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios.

⁴ Acaesció en este tiempo que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron.⁵ Y cuando en la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguno, dio esto mucha edificación a todos, y hizo mucho rumor por la cibdad; y así luego les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, por prisión.

[70]¹ Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina;² y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados 4 años, que hubiesen más estudiado.³ Leída esta sententia, los jueces mostraron mucho amor, como que querían que fuese aceptada.⁴ El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenalle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase los prójimos en lo que pudiese.⁵ Y por mucho que instó el doctor Frías, que se demostraba muy afectado, el peregrino no dijo más, sino que, en cuanto estuviere en la jurisdicción de Salamanca haría lo que se le mandaba.⁶ Luego fueron sacados de la cárcel, y él empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer.⁷ Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial.

[71]¹ Y así se determinó de ir a París a estudiar.

² Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría y cuánto, toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión, o si andaría así por el mundo.³ Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión, para poder más padecer en ella;⁴ y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen.

⁵ Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y juntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía;⁶ determinado de ir para París, concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.

[72] ¹ Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes 15 ó 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo (20), llevando algunos libros en un asnillo; ² y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le desuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor.

PARIS: LOS COMPAÑEROS

[73] ¹ Y así se partió para París (1) solo y a pie, y llegó a París por el mes de hebrero, poco más o menos; y según me cuenta, esto fue el año de 1528 ó de 27. [Cuando estaba preso en Alcalá, nació el príncipe de España; y por aquí se puede hacer la cuenta de todo, aun de lo pasado] (2). ² Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad a Monteagudo (3). ³ Y la causa fue, porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos (4); y estudiaba con los niños, pasando por la orden y

(1) Ciudad, entonces, de unos 300.000 habitantes —una de las mayores de Europa—, que atraía en gran parte por su Universidad. Los estudiantes pasaban de 4.000.

(2) Felipe II nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. Según escribe Iñigo a Isabel Pascual, llegó a París el 2 de febrero de 1528 (Epp, I, 74).

(3) El colegio de *Monteagudo* (*Montaigu*), fundado el siglo XIV, recibió el impulso renovador a finales del siglo XV y se distinguía por su disciplina rigurosa. Por él pasaron Erasmo y Calvino.

(4) El peregrino, después de cuatro años de estudios y cuando ya contaba 36, se da cuenta de que ha progresado poco y sobre todo con poco fundamento. ¿Por qué? Aquí nos dice que «le había hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa». En otros lugares nos habla además de las dificultades que le creaban las luces y los gustos espirituales, que le sobrevenían mientras estudiaba (nn. 54, 82). Hemos visto también cómo, durante los estudios de Alcalá, se dedicaba al apostolado, con las consecuencias que desde entonces le acompañaban a menudo: acusaciones, persecuciones, cárceles, procesos... Entre prisas y obstáculos, los estudios no podían satisfacer a una persona exigente. Porque los estudios —a pesar de ser sólo «medios naturales», como recuerda el mismo Ignacio— forman parte de la *totalidad* de la obra de Dios y, por lo tanto, «deben procurarse con diligencia» (Const, n. 814). En París, pues, los estudios adquieren un lugar más importante en la vida de Iñigo. Por una parte, el método adaptado a los distintos niveles de los alumnos y una pedagogía muy activa —«la orden y manera de París»— le ayudará a él y le inspirará más tarde, a la hora de organizar los estudios de los colegios de la Compañía. Por otra, esta historia personal enriquecerá su magisterio espiritual. Quienes se dedican a los estudios, como preparación para el apostolado, deben situarlos en la perspectiva de *totalidad* que les da un valor trascendente: su fin es «ayudar a los próximos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas» (Const, n. 446). Nace de aquí una exigencia de dedicación seria: «tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes» (Const, n. 340). En este caso será preciso suavizar el ritmo de las prácticas de devoción: mortificaciones, oración, meditación, etc. Incluso, desde aquella orientación total de la vida, el estudio se convierte en verdadera experiencia espiritual: hay que *encontrar a Dios* ¡también en los estudios!

manera de París.⁴ Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinte y cinco escudos (5), y éstos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagalle.⁵ Así que, pasada la cuaresma (6), ya el peregrino no tenía nada dellos, así por haber él gastado, como por la causa arriba dicha; y fue costreñido a mendicar, y aun a dejar la casa en que estaba.

[74]¹ Y fue recogido en el hospital de sant Jaques, ultra los Innocentes (7).² Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el hospital estaba del colesio de Monteagudo un buen trecho, y era menester, para hallar la puerta abierta, venir al toque del Avemaría, y salir de día; y así no podía tan bien atender a sus lecciones.³ Era también otro impedimento el pedir limosna para se mantener. Ya había cuasi 5 años que no le tomaba dolor de estómago, y así él empezó a darse a mayores penitencias y abstinencias.⁴ Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendicar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos, que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo.

[75]¹ Y hacía esta consideración consigo y propósito, en el cual hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo, y a uno de los escolares ponía nombre S. Pedro, y a otro S. Juan, y así a cada uno de los apóstoles;² y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda San Pedro.³ Puso hartas diligencias por hallar amo: habló por una parte al bachiller Castro (8), y a un fraile de los Cartujos, que conocía muchos maestros, y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo.

[76]¹ Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno.² Y usando deste consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trujo más limosna de la que solía los otros años (9).

(5) Un escudo bastaba para cubrir la pensión mensual de un estudiante.

(6) Pascua se celebró el 12 de abril.

(7) El hospital de *Saint Jacques*, más allá de la iglesia y cementerio de los *Innocentes*, había sido fundado en el siglo XIV para los peregrinos de Santiago de Compostela. Para ir desde el hospital al colegio de *Montaigu*, Iñigo tenía que atravesar el Sena y hacer un largo camino.

(8) El bachiller Juan Castro, natural de Burgos, cambió de vida movido por Iñigo, y, más tarde, entró en la Cartuja de *Valdecristo* (cerca de Segorbe). El peregrino le visitó al volver a España en 1535 (v. nn. 77-78, 90).

(9) Fue a Flandes los años 1529, 1530, 1531. En el primer año se encontró en Brujas con el valenciano Juan Luis Vives. La conversación del peregrino con el humanista derivó hacia el tema de la ley eclesiástica de la abstinencia. La ironía de Vives, según narra Polanco, provocó una situación tensa (FN, II, 557-558). En el tercer año llegó a Londres. Esta forma de subvenir a los

[77]¹ Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un viscaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador.² Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas.³ Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas.⁴ Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas razones y persuaciones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital.

[78]¹ Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos.² El bachiller Castro después vino a España, y predicó en Burgos algún tiempo, y se puso fraile cartujo en Valencia.³ Peralta se partió para Jerusalén a pie y peregrinando. Desta manera fue tomado en Italia por un capitán, su pariente, el cual tuvo medios con que le llevó al papa, y hizo que le mandase que se tornase para España.⁴ Estas cosas no pasaron luego, sino algunos años después.⁵ Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colesio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar un sala (10) por seductor de los escolares.

[79]¹ El español, en cuya compañía había estado al principio, y le había gastado los dineros (19), sin se los pagar se partió para España por vía de Ruán; y estando esperando pasaje en Ruán, cayó malo.² Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya; y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dexado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios (12).

estudios mediante la recaudación de ayudas económicas en el verano o en tiempos no lectivos es una forma de pobreza que puede hermanarse muy bien con la seria dedicación al estudio. También constituye una cierta anticipación de formas de autofinanciamiento que más tarde serán comunes en el mundo universitario.

(10) Este castigo consistía en azotar, en una sala en presencia de profesores y estudiantes, a los alumnos que habían faltado gravemente contra los estatutos del colegio. Iñigo nos dice más adelante (n. 84) que era en el colegio de Santa Bárbara «donde entonces vivía y seguía el curso». Este colegio destacaba por la línea renovadora en filosofía.

(11) V. n. 73.

(12) Acaba aquí el texto castellano. La falta de un amanuense castellano obligó a Gonçalves da Câmara a seguir dictando en italiano. V. *Prólogo del P. Câmara*, n. 5.

...[79]³ Et per poter conseguir questo, gli veniva desiderio di andare quelle 28 legue, che sono da Parigi a Ruano, a piedi, scalzo, senza mangiare nè bere; et facendo sopra di questo oratione, si trovava molto pauroso.⁴ Alla fine andò a santo Domenico, et là si risolse di andare al modo predetto, et havendo già passata quella paura grande che havea di tentar Dio.

⁵ L'altro giorno, la matina che si dovea partire, si levò di buon' hora; et cominciandosi a vestire, gli venne un tanto timore, che quasi gli pareva non poter vestirsi.⁶ Pur con quella repugnantia uscì di casa et anche della città prima che fosse ben giorno.⁷ Pure la paura gli durava sempre, et perseverò seco insino ad Argenteuil, che è un castello tre legue lontano da Parigi verso Ruano, dove si dice essere la veste di nostro Signore.⁸ Passando quel castello con quel travaglio spirituale, montando in un alto, gli incominciò a passare quella cosa, et gli venne una grande consolatione et sforzo spirituale con tanta allegrezza, che cominciò a gridare per quei campi et parlare con Dio, etc.⁹ Et albergò quella sera con un povero mendico a un hospitale, havendo caminato quel giorno 14 legue; l'altro giorno andò ad albergare ad un pagliaro; il terzo di andò a Ruano: tutto questo tempo senza mangiar nè bere, et scalzo, come haveva ordinato.¹⁰ In Ruano consolò lo infermo et lo aiutò a metterlo in nave per andare in Spagna; et gli dette lettere, indirizzandolo alli compagni che erano in Salamanca, cioè Calisto et Cáceres et Artiaga.

[80]¹ Et per non parlar' più di questi compagni, il loro successo fu questo.

² Stando il pelegrino in Parigi, li scriveva spesso, secondo havevano fatto accordo, della poca commodità che haveva di farlo venire a studiare in Parigi.³ Pure s'è ingegnato di scrivere a donna Leonor de Mazcharegnas (13), che agiutasse Calisto con lettere per la corte del re di Portugallo, acciò potesse havere una bursa di quelle che il re di Portugallo dava in Parigi.⁴ Donna Leonor dette le lettere a Calisto, et una mulla su la quale andasse, et quatrini per le spese.⁵ Calisto se n'andò in la corte del re di Portugallo; ma alla fine non venne a Parigi; anzi, tornando in Spagna, se n'andò all'India dello imperatore con una certa donna spirituale.⁶ Et dipoi, tornato in Spagna, andò un'altra volta alla medesima India, et all' hora tornò in Spagna ricco, et fece in Salamanca maravigliar tutti quelli che lo conoscevano prima.

⁷ Cáceres ritornò in Segovia, che era sua patria, et là incominciò a vivere di tal modo, che pareva haver smenticato del primo proposito.

⁸ Artiaga fu fatto commendatore. Dipoi, essendo già la Compagnia in Roma, gli hanno dato un vescovado dell'India.⁹ Egli scrisse al pelegrino

(13) Leonor de Mascarenhas era una portuguesa noble que vino a España a la corte del emperador Carlos V. A ella, que fue una gran bienechora, dirigió Ignacio algunas cartas.

...[79]³ Y para conseguir esto, le venía el deseo de andar a pie, descalzo, sin comer ni beber, las 28 leguas que hay de París a Ruán. Y haciendo oración sobre ésto, sentía mucho miedo.⁴ Al final fue a Santo Domingo y allí se decidió a ir del modo dicho, habiéndole pasado el gran miedo que tenía de tantar a Dios.

⁵ Al día siguiente, la mañana que debía partir, se levantó de madrugada; y cuando se empezaba a vestir le vino tanto temor que casi le parecía que no se podía vestir.⁶ A pesar de todo, con aquella repugnancia, salió de casa y dejó la ciudad antes de que aclarara el día.⁷ Siguió teniendo el mismo temor hasta que llegó a Argenteuil, que es un castillo que se encuentra a tres leguas de París camino de Ruán, donde se dice que se guarda la vestidura de nuestro Señor.⁸ Tras pasar aquel castillo con tal esfuerzo espiritual, subió a un montículo y comenzó a desaparecerle aquel sentimiento, y sintió entonces una gran consolación y fortaleza espiritual con una alegría tan grande, que empezó a gritar por aquellas campiñas y a hablar con Dios, etc.⁹ Por la noche se albergó con un pobre mendigo en un hospital, después de haber recorrido aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a albergarse en un pajar; al tercer día llegó a Ruán. Durante todo este tiempo no comió ni bebió y anduvo siempre descalzo, tal como lo había determinado.¹⁰ En Ruán consoló al enfermo y le ayudó a embarcarse para España, y le dio cartas y lo dirigió a los compañeros que estaban en Salamanca, que eran, Calixto, Cáceres y Arteaga.

[80]¹ Y para no hablar más de estos compañeros, diré lo que sucedió con ellos:

² El peregrino les escribía con frecuencia desde París, tal como habían acordado, hablándoles de las dificultades que había para que vinieran a estudiar a París.³ Sin embargo, se las arregló para escribir a Doña Leonor de Mascarenhas (13), a fin de que ayudase a Calixto mediante cartas de recomendación para la corte del rey de Portugal y así poder conseguir una de las becas que el rey de Portugal daba en París.⁴ Doña Leonor dio las cartas a Calixto, una mula para el camino y dinero para los gastos.⁵ Calixto llegó a la corte del rey de Portugal, pero después no fue a París, sino que, volviendo a España, se marchó a las Indias del emperador con una cierta mujer espiritual.⁶ Más tarde, vino de nuevo a España y se volvió a marchar a las mismas Indias, de donde regresó definitivamente a España, rico, sorprendiendo en Salamanca a todos aquellos que le habían conocido antes.

⁷ Cáceres, se volvió a Segovia, que era su patria, y allá comenzó a vivir de tal modo, que parecía que hubiese olvidado el primer propósito.

⁸ Arteaga fue nombrado Comendador. Después, cuando la Compañía ya estaba en Roma, le dieron un obispado en las Indias.⁹ El escribió al peregrino para que se lo diese a uno de la Compañía; al contestarle

che lo desse ad uno della Compagnia; et rispondendogli la negativa, se n' andò in India dello imperatore, fatto vescovo, et là morì per un caso stranno, cioè: ¹⁰ che stando ammalato, et essendo dui fiaschi d'acqua a rinfrescarsi, uno d'acqua, ch'el medico le ordinava, l'altro di acqua di solimano, venenosa, gli fu dato per error il secondo, che lo ammazzò.

[81] ¹ Il pelegrino si tornò di Ruano a Parigi, et trovò che per le cose passate di Castro et di Peralta si era fatto gran rumor sopra di lui; et che lo inquisitore lo haveva fatto domandar. ² Ma lui non volse aspettare più, et se n' andò all' inquisitore, dicendoli che haveva inteso che lo ricercava; che egli era apparecchiato per tutto quello che esso volesse (si chiamava questo inquisitore magister noster Ori, frate di Santo Domenico); ³ ma che lo pregava che lo spedisse presto, perchè haveva animo di entrar quel santo Remigio nel corso delle arti; che vorebbe che queste cose fossero prima passate, per poter meglio attendere alli suoi studii. ⁴ Ma lo inquisitore non lo chiamò più, senon che gli disse che era vero che gli haveano parlato de fatti suoi, etc.

[82] ¹ Di là a poco tempo venne Sto. Remigio (14), che è il principio di Ottobre, et entrò a sentir il corso delle arti sotto un maestro, chiamato Mro. Gioan Pegna, ² et entrò con proposito di conservar quelli, che havevano proposto di servire al Signore; ma non andare più inanzi a cercare altro, acciò potesse più commodamente studiare.

³ Cominciando a sentire le lettioni del corso, gli incominciorno a venir le medesime tentationi, che gli erano venute quando in Barcelona studiava grammatica (15); et ogni volta che sentiva la lettione non poteva stare attento con le molte cose spirituali che gli occorreano. ⁴ Et vedendo che in quel modo faceva poco profitto in le lettere, s' andò al suo maestro et gli fece promessa di non mancar mai di sentir tutto il corso, mentre che potesse trovare pane et acqua per poter sostentarsi. ⁵ Et fatta questa promessa, tutte quelle devotioni, che gli venivano fuor di tempo, lo lasciarono, et andò con li suoi studi avanti quietamente. ⁶ In questo tempo conversava con Mro. Pietro Fabro et con Mro. Francesco Xavier, li quali poi guadagnò a servitio di Dio per mezzo degli Exercitii (16).

(14) La fiesta de San Remigio se celebraba el primero de octubre y en este día empezaba el curso de artes o filosofía. Iñigo entrará así en la Facultad de más renombre de la Universidad de París. A los pocos años, el «modus parisiensis» será objeto de un encendido elogio de parte de Iñigo, en carta a su hermano Martín García de Oñaz (Epp. I, 78) y, más tarde, inspirará sus orientaciones para los estudios de los jesuitas: «Cómo se aprovecharán para bien aprender las dichas Facultades» (Const. n. 378-391).

(15) V. nn. 54-55.

(16) Iñigo comparte la habitación del colegio de Santa Bárbara con Fabro y Javier, dos nombres que marcan un hito definitivo en la larga historia de la búsqueda de compañeros. Poco después de la conversión, Iñigo experimenta una apertura a la comunicación. Esto le lleva a estar siempre con cristianos que comparten los mismos sentimientos. Así le vemos camino de Tierra Santa «con algunos compañeros que se le habían ajuntado» (n. 41. V. también n. 38). Más adelante, los compañeros van uniéndose a Iñigo de acuerdo con un plan mucho más intencionado: formar un

negativamente, marchó a la India del emperador, ya obispo, y allí murió de forma extraña: ¹⁰ estaba enfermo, y habiendo dos frascos de agua para refrescarse, uno con agua prescrito por el médico, y otro con agua de solimán, venenosa, le dieron el segundo que lo mató.

[81] ¹ Al volver de Ruán a París, el peregrino se encontró con que los acontecimientos de Castro y de Peralta habían levantado muchos rumores contra él, y que el inquisidor lo había hecho llamar. ² Sin demora se presentó ante el inquisidor, diciéndole que sabía que lo buscaba y que estaba dispuesto a todo lo que se le ofreciera. (Este inquisidor se llamaba Maestro Ori, fraile dominico), ³ pero le pedía que lo solucionara pronto, pues tenía la intención de empezar el curso de Artes el día de San Remigio. Quería que todos estos asuntos se arreglaran para poder concentrarse mejor en los estudios. ⁴ El inquisidor no le volvió a molestar más; sólo le dijo que era verdad que le habían comentado algunas cosas sobre él, etc.

[82] ¹ Al cabo de poco tiempo llegó el día de San Remigio (14), que cae a comienzos de octubre, y asistió al curso de Artes dado por un maestro llamado Juan Peña. ² Tenía el propósito de conservar aquellos que se había determinado servir al Señor, pero sin seguir buscando más, a fin de poder dedicarse a los estudios con más concentración.

³ Empezando a asistir a las lecciones del curso, le comenzaron a venir las mismas tentaciones que tuvo en Barcelona cuando estudiaba gramática (15): cada vez que escuchaba las lecciones no podía estar atento por las muchas cosas espirituales que entonces sentía. ⁴ Y viendo que de este modo no rendía nada, fue a ver al maestro y le prometió no faltar ni a una sola lección en todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. ⁵ Después de hacer esta promesa, todas aquellas devociones que le venían a destiempo le desaparecieron, y fue progresando tranquilamente en sus estudios. ⁶ Por este tiempo conversaba con Maestro Pedro Fabro y con Maestro Francisco Javier, a los cuales ganó después para el servicio de Dios, gracias a los Ejercicios (16).

grupo apostólico. Por esto, nunca hablará de *sus* compañeros, pues solo son *los* compañeros en el trabajo del Reino, la obra de Jesús: «compañeros de Jesús», por tanto (v. nn. 41, 56, 64, 67, 69, 71, 79, 82, 84-87, 89-90, 93, 95-98). La tarea de formar *compañía* fue larga y laboriosa. De la segunda estancia en Barcelona, Iñigo se llevó a Alcalá tres compañeros. Nos encontramos en 1526. Años más tarde, mirando hacia atrás, Iñigo hace un balance más bien triste de su actividad inicial para atraer compañeros (v. n. 80). Con todo, ahora ha llegado el tiempo de la cosecha. Fabro y Javier son ya verdaderas primicias. Pedro Fabro había nacido en la Alta Saboya, en 1506, y era, por tanto, quince años más joven que Iñigo. Con una historia muy diferente: familia sencilla, juventud de gran pureza, temprana llamada al sacerdocio, dedicación a los estudios desde pequeño. Cuando Iñigo empieza a estudiar filosofía, Fabro ya está terminándola y le ofrece gustosamente la ayuda que Iñigo le había pedido, aconsejado por el maestro Peña. Iñigo, en cambio, ofrece su magisterio espiritual a Fabro, joven de carácter inestable y espíritu turbado. Poco a poco, va encontrando la paz y llega a ser el apóstol de gran humanidad y comprensión, «ministro de Cristo consolador». Uno de los discípulos de Ignacio que mejor asimiló su espíritu y el primero a quien confió la tarea de dar ejercicios. Su

⁷ *In quel tempo del corso non lo perseguitavano como prima.* ⁸ *Et a questo proposito una volta gli disse il Dottor Frago, che si maravigliava come andava quieto, senza nissuno gli desse fastidio; et lui rispose: —La causa è perchè io non parlo a nissuno delle cose di Dio; ma finito il corso tornaremo al solito.*

[83] ¹ *Et parlando insieme tutti doi, venne un frate a pregar al Dottor Frago, che gli volesse trovar una casa, perchè in quella, doue lui haveva la stanza, erano morti molti, quali pensava che di peste, perchè all' hora cominciava la peste in Parigi.* ² *Il Dottor Frago col peregrino volsero andare a vedere la casa, et menorno una donna, che se n' intendeva molto, la quale, entrata dentro, affermò esser peste.* ³ *Il pelegirino volse anche entrare; et trovando un ammalato, lo consolò, toccandogli con la mano la piaga; et poi che l' hebbe consolato et animato un poco, se n' andò solo;* ⁴ *et la mano gli incominciò a dolere, che gli pareva haver la peste; et questa imaginatione era tanto vehemente, che non la poteva vincere, finchè con grande impeto si pose la mano in bocca, rivoltandovela molto dentro, et dicendo: —Se tu hai la peste alla mano, l' haverai anche alla bocca—.* ⁵ *Et quando hebbe fatto questo, se gli levò la imaginatione, et la doglia della mano.*

[84] ¹ *Ma quando tornò al collegio di Santa Barbara, dove all' hora haveva la stanza et sentiva il corso, quelli del collegio, che sapevano che egli era entrato nella casa della peste, fuggivano da lui, et non volsero lasciarlo entrare; et così fu costretto star alcuni giorni fuori.*

² *S' usa a Parigi, quelli che studian le arti, il terzo anno, per farsi baccalaureo, pigliano una pietra (17), che loro dicono; et perchè in quello si spende un scudo, alcuni molti poveri non lo possono fare.* ³ *Il pelegirino cominciò a dubitare seria buono che la pigliasse.* ⁴ *Et trovandosi molto dubbio et senza rissoluzione, si deliberò metter la cosa in mano del suo maestro, il quale consigliandoli che la pigliasse, la pigliò. Niente*

actividad apostólica fue de una intensidad tan grande que en seis años le llevó de Alemania a España, de España a Alemania y de allí a Portugal. Sin embargo, fue un hombre de extraordinaria oración apostólica, como nos lo demuestra su *Memorial*. Es el primer sacerdote del grupo y se convierte temporalmente en su centro espiritual, cuando Ignacio vuelve a España en 1535. Francisco, nacido en el castillo de Javier, también en 1506, llega a París y obtiene los grados académicos junto con Fabro. Pero todo son contrastes con el saboyano: familia noble, grandes ambiciones intelectuales (por ello Iñigo no tuvo al principio mucho crédito ante él), gran afectividad y también temperamento esencialmente activo e impetuoso. En 1530 ingresa en el cuerpo de docentes de la Sorbona e Iñigo le proporciona alumnos. Sin embargo costó un largo trabajo doblegar la ambición de Javier. Francisco amaba a Iñigo, pero como dice Polanco, «en las cosas espirituales no sintonizaba con él» (FN, II, 565). A fines de 1532, o principios de 1533, Francisco da el giro definitivo. Las ambiciones de prestigio intelectual y de bienestar material ceden el paso a otras ambiciones más elevadas: entregarse totalmente al bien del prójimo. Finalmente será «el tipo perfecto del misionero en la época del descubrimiento de nuevos mundos» (André Ravier).

(17) No se sabe con certeza qué sentido tiene esta expresión de «tomar una piedra». Probablemente se refiere al examen para la obtención del grado de bachiller, durante el cual el examinado se sentaba sobre una piedra al modo como se hacía en la Universidad de Coimbra. ¿Por

⁷ Durante este tiempo del curso no le perseguían como anteriormente, ⁸ y a propósito de este hecho el doctor Frago le dijo que se sorprendía de que estuviese tan tranquilo, sin ninguno que le molestara; a lo que él respondió:

—La causa es porque no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero en cuanto termine el curso, volveremos a lo de siempre.

[83] ¹ Y mientras los dos estaban hablando se acercó un fraile que pidió al doctor Frago que encontrara una casa para él, pues donde él se hospedaba habían muerto muchos, y temía que fuera de peste (porque entonces la peste empezaba a extenderse por París). ² El doctor Frago y el peregrino, quisieron ir a ver la casa y llevaron consigo a una mujer muy entendida en esto, la cual entrando en ella, confirmó que se trataba de la peste. ³ El peregrino también quiso entrar y encontrando a un enfermo, lo consoló y le tocó la llaga con su mano; y después de haberlo consolado y animado un poco, se marchó solo. ⁴ Entonces la mano le empezó a doler, de tal modo que le pareció que había contraído la peste; y era tan fuerte este temor que no lo podía vencer, hasta que con gran ímpetu se metió la mano en la boca, revolviéndola mucho dentro y diciendo:

—Si tienes la peste en la mano, ahora la tendrás también en la boca.

⁵ Y después de hacer esto, le desapareció la imaginación y el dolor de la mano.

[84] ¹ Pero cuando volvió al colegio de Santa Bárbara, donde estaba alojado, y en donde asistía a las clases, los del colegio, que sabían que había entrado en la casa de los apestados, huyeron de él y no le dejaron entrar, de tal modo que se vio obligado a vivir fuera algunos días.

² En París, es costumbre que aquellos que estudian Artes, el tercer año, para hacerse bachilleres, «tomen una piedra» (17), como se dice allí; pero como esto cuesta un escudo, los que son muy pobres no lo pueden hacer. ³ El peregrino empezó a dudar si sería conveniente que él la tomara. ⁴ Y como se encontraba con muchas dudas, y sin resolverse, determinó poner este asunto en manos de un maestro, el cual le aconsejó

qué dudaba Iñigo? Tal vez porque no veía si debía seguir los estudios con títulos académicos. Tal vez también porque, como refiere el mismo Ignacio, toda la ceremonia de colación de grados académicos comportaba un protocolo y celebraciones costosas. Así se comprenden mejor las críticas de los murmuradores. Conviene destacar cómo el santo, tan adelantado ya en el arte espiritual del discernimiento, sale de su perplejidad recurriendo al consejo de otra persona y cómo da muestras de una flexibilidad y adaptación a las circunstancias que revelan el aspecto moderador propio de la discreción. Más tarde, el 13 de junio de 1533, escribe a Inés Pascual: «Esta cuaresma me hice maestro, donde gasté en cosas inexcusables más de lo que pedía mi auctoridad y podía; así he quedado muy alcanzado. Será mucho menester que Dios N. S. nos ayude» (Epp. I, 90). La lección aprendida por Ignacio tendrá sus consecuencias prácticas. En las *Constituciones* determina: «de los grados del todo gratis la Compañía y se permita muy poco gasto, aun voluntario, a los de fuera, porque la costumbre no venga a tener fuerza de ley, y se haga en esta parte exceso con el tiempo... Y así no se hagan banquetes, ni otras fiestas costosas y inútiles para nuestro fin...» (Const. nn. 478, 480).

*dimeno non mancorno murmuratori; almeno un spagnuolo che lo notò.*⁵ *In Parigi si trovava già a questo tempo molto malo dello stomaco, di modo che ogni 15 giorni haveva una doglia di stomaco, che gli durava una hora grande et gli faceva venir la febre; et una volta gli durò la doglia del stomaco 16 o 17 hore.*⁶ *Et havendo già a questo tempo passato il corso delle arti et studiato alcuni anni in theologia et guadagnato li compagni (18), la malatia andava sempre molto inanzi, senza poter trovar alcun rimedio, quantunque se ne provassero molti.*

[85]¹ *Solamente li medici dicevano che non restava altro che l'aere nativo che gli potesse giovare. Li compagni anchora lo consigliavano il medesimo et gli fecero grande instantia.*² *Et già a questo tempo erano tutti deliberati (19) di quello che havevano da fare, cioè: di andare a Venetia et a Hierusalem et spender la vita sua in utile delle anime;*³ *et se non gli fosse data licentia di restare in Hierusalem, ritornarsene a Roma et presentarsi al vicario di Cristo, acciò gli adoperasse dove giudicasse esser più a gloria di Dio et utile delle anime.*⁴ *Havevano anchora proposto di aspettare un anno la imbarcatione in Venetia;*⁵ *et non essendo quell'anno imbarcatione per Levante, che fossero liberati dal voto di Hierusalem et andassero al papa, etc. (20).*

⁶ *Alla fine il pelegrino si lasciò persuadere dalli compagni, perchè anchora quelli che erano spagnuoli haueuano a far alcuni negotii, li*

(18) Además de Fabro y Javier, antes mencionados (n. 82) se le unieron otros compañeros. Diego Laínez (Almazán, 1512), sucesor de Ignacio en el generalato de la Compañía de Jesús y Alfonso Salmerón (Toledo, 1515), que habían estudiado en Alcalá y oído los rumores que circulaban en torno a Iñigo. Parece que el deseo de conocer a este hombre original —muy comprensible en jóvenes estudiantes inquietos— fue una de las causas que les llevó a París. El portugués Simón Rodrigues de Azevedo (Vouzela, 1510), que había ido a París becado por el rey de Portugal, Nicolás Alonso y Pérez (Bobadilla, 1508), conocido por el nombre de su pueblo natal, que fue a París para estudiar lenguas. Los lazos que les unen se hacen cada día más fuertes y profundos. A medida que el grupo progresa y aumenta, va formando una auténtica comunidad cristiana de estudiantes. Uno de ellos, Diego Laínez, nos narra así el estilo de sus relaciones: «De tantos a tantos días nos íbamos con nuestras porciones a comer a casa de uno, y después a casa de otro. Lo cual, junto con el visitarnos a menudo y escalentarnos, creo que ayudase mucho a mantenernos. En este medio tiempo el Señor especialmente nos ayudó así en las letras, en las cuales hicimos mediano provecho, enderezándolas siempre a gloria del Señor y a útil del próximo, como en tenernos especial amor los unos a los otros, y ayudarnos etiam temporalmente en lo que podemos» (FN, I, 102-104).

(19) La *deliberación en común* será un rasgo que definirá el estilo espiritual del grupo. Puesto que les une una amistad que llega hasta las profundidades de la fe, toman las decisiones con la luz que cada uno puede aportar desde su experiencia personal. En su vida comunitaria, las decisiones se convierten en un momento fuerte de la experiencia de la fe del grupo: *búsqueda en común de la voluntad de Dios*. Así lo hacen en París, en Venecia, en Vicenza, y, finalmente, en Roma, durante la cuaresma de 1539. Se conserva el acta detallada de esta deliberación realizada en Roma en la que se planteó definitivamente si debían fundar una orden religiosa (Const Praev, 1-7). Los problemas se proponen de manera clara y por partes. El método es el de los *Ejercicios Espirituales* practicados individualmente, pero adaptado a un grupo: firme decisión de conocer la voluntad de Dios, actitud de libertad interior, asimilación de los criterios y disposiciones evangélicas, análisis de la realidad,

que la tomase, y la tomó. Sin embargo, no faltaron murmuradores, por lo menos un español que lo notó maliciosamente.

⁵ Por entonces, en París, el pregrino ya se encontraba muy mal del estómago, de modo que cada quince días tenía fuertes dolores que le duraban más de una hora y le daban fiebre; en una ocasión el dolor de estómago le llegó a durar 16 o 17 horas.⁶ Había acabado por entonces el curso de Artes y estudiado algunos años de Teología, y había ganado ya a los compañeros (18), pero la enfermedad continuaba avanzando sin que se pudiera encontrar ningún remedio contra ella, aunque eran muchos los que se probaban.

[85]¹ Los médicos dijeron que no quedaba otro remedio que el de intentar curarse con los aires natales. Los compañeros le aconsejaron lo mismo y le insistieron a que fuera a su tierra.² Por este tiempo ya habían decidido (19) lo que iban a hacer: ir a Venecia y a Jerusalén y allí gastar su vida en provecho de las almas,³ y si no obtuvieran el permiso para permanecer en Jerusalén, volverían a Roma y se presentarían ante el Vicario de Cristo para que los emplease donde considerase que fuese mayor gloria de Dios y provecho de las almas.⁴ Habían determinado también, que esperarían un año la embarcación en Venecia,⁵ y que si aquel año no salían naves para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y se presentarían al Papa, etc. (20).

⁶ Al fin el peregrino se dejó convencer por sus compañeros, entre otras razones porque podría despachar algunos asuntos de los compañeros

oración, respeto de la búsqueda y la opinión de los otros miembros del grupo, disponibilidad... Los amigos, que han llegado a una decisión personal y sólida de seguimiento radical de Cristo a través de los ejercicios, se sirven de ellos para buscar *en común* respuesta evangélica a las cambiantes circunstancias con las que se enfrentan. Buen camino para el ejercicio de la corresponsabilidad en los grupos y las comunidades cristianas.

(20) He aquí la sustancia del voto que Iñigo y sus primeros compañeros hicieron en Montmatre el 15 de agosto de 1534. Por otras fuentes (v. FN, I, 36-37 y nota 37), sabemos que hicieron voto de castidad y de pobreza. La pobreza no debía obligarles, en tiempo de estudio, a renunciar a lo que tenían; pero, en cambio, después de recibir el presbiterado, deberían renunciar a estipendios de misas y de otras actividades apostólicas. Esto indica que el ideal de apostolado —«ayudar a las almas»— ya se concretaba a través de la vida sacerdotal. El proyecto de ir a Tierra Santa tiene todavía una gran fuerza, incluso, según Polanco, con el pensamiento de un posible martirio. Está claro que el deseo de ir a Jerusalén tenía un matiz cristológico —ir a la misma tierra de Cristo—, pero todavía estaba demasiado ligado a la materialidad del lugar geográfico. Aparece, sin embargo, la previsión del recurso al Papa por si no fuera posible embarcarse hacia Tierra Santa. Esta previsión marca una evolución en la forma de apostolado: el carácter más eclesial. Finalmente, este «presentarse al Vicario de Cristo» será lo que dará un estilo definitivo al grupo de compañeros. Es la persona del Papa, como «Vicario de Cristo» en la tierra, lo que mueve a Iñigo y a sus compañeros, y no la reacción contra el protestantismo entonces creciente. Como siempre también ahora es una mirada de fe lo que les dirige. Con el compromiso en la capilla de *Nuestra Señora de Montmatre*, Dios mismo haría crecer la semilla, después de los largos años que Iñigo había pasado plantando y regando... Al cabo de dos años, ya se habían unido al grupo tres compañeros más: Claudio Jayo (saboyano), Juan Coduri y Pascasio Broet (franceses).

quali lui poteva expedire.⁷ Et lo accordo fu che, dapoi che lui si trovasse bene, andasse a fare li negotii loro, et poi passasse a Vinetia, et là aspettasse li compagni.

[86] ¹ *Questo era l'anno del 35, et li compagni erano per partirsi, secondo il patto, l'anno del 37, il giorno della conversione di S. Paolo (21), benchè poi si partirono, per le guerre che vennero, l'anno del 36, il Novembre.² Et stando il pelegrino par partirse, intese che lo havevano accusato allo inquisitore, et fatto processo contro di lui.³ Intendendo questo et vedendo che non lo chiamavano, se n' andò all' inquisitore et gli disse quello che haveva inteso, et che lui era per partirsi in Spagna, et che aveva compagni; che lo pregava volesse dare la sentenza.⁴ L' inquisitore disse che era vero in quanto dell' accusatione; ma che non vedeva esservi cosa d' importanza.⁵ Solamente voleva veder li suoi scritti degli essercitii; et vedendogli, gli lodò molto, et pregò il pelegrino gliene lasciasse la copia; et così lo fece.⁶ Nientedimeno tornò ad instar volesse andare col processo inanci, sino alla sentenza. Et scusandosi lo inquisitore, lui venne con un notaro publico et con testimonii a casa sua, et pigliò di tutto questo la fede.*

(21) El 25 de enero.

que eran españoles.⁷ Y acordaron que después de recuperarse, fuese a despachar los asuntos de sus compañeros y que después se dirigiera a Venecia y allí esperase a los compañeros.

[86] ¹ Esto ocurría el año 35 y habían decidido que los compañeros partiesen el día de la conversión de San Pablo del año 37 (21). Pero, por causa de las guerras que surgieron, salieron de París en noviembre del año 36.² Cuando el peregrino estaba a punto de partir, se enteró de que le habían acusado ante el inquisidor y se había hecho proceso contra él.³ Oyendo esto y viendo que no le llamaban, se presentó ante él, le dijo lo que había oído y que estaba a punto de partir para España y que tenía compañeros. Que le pedía diera la sentencia.⁴ El inquisidor le dijo que era verdad lo de la acusación, pero que no veía que fuera cosa de importancia.⁵ Solamente quería ver sus escritos de los Ejercicios; y viéndolos, los alabó mucho, y le pidió al peregrino que le dejara una copia; y así lo hizo.⁶ Con todo, insistió en que el proceso siguiera adelante hasta dictar sentencia. Y como el inquisidor se excusara, se presentó en su casa con un notario público y con testigos, y tomó fe de todo ello.

AZPEITIA: PROFETA EN SU TIERRA

[87] ¹ *Et fatto questo, montò in un piccolo cavallo, che li compagni gli havevano comperato, et se n' andò solo verso il paese, trovandosi per la strada molto meglio.* ² *Et arrivando alla provincia (1) lasciò la strada commune et pigliò quella del monte, che era più solitaria, per la quale caminando un poco, truovò dui homini armati, che gli venivano incontro (et è quella strada alquanto infame d' assassini),* ³ *li quali, dipoi che l' ebbero passato un pezzo, tornorno indietro, seguitandolo con gran fretta, et hebbe un poco di paura.* ⁴ *Pure gli parlò, et intese che erano servitori del suo fratello, il quale lo mandava a ritruovare.* ⁵ *Perchè, secondo pare, di Baiona di Francia, dove il pelegirino fu conosciuto, haveva havuto nova della sua venuta, et così loro andorno inanti, et lui andò per la medesima.* ⁶ *Et un poco prima che arrivasse alla terra, truovò li predetti, che gli andavano incontro, li quali gli fecero grande instantia per menarlo a casa del fratello, ma non lo potero sforzare.* ⁷ *Così se n' andò all' hospitale, et poi a hora commoda andò a cercare elemosina per la terra.*

[88] ¹ *Et in questo hospitale cominciò a parlar con molti, che lo andorno a visitare, delle cose di Dio, per la cui gratia si fece assai frutto (2).* ² *Subito al principio che arrivò si deliberò di insegnar la dottrina cristiana ogni dì alli putti; ma suo fratello lo repugnò grandemente, afirmando che nessuno venirebbe.* ³ *Lui rispose che basteria uno. Ma dipoi che lo cominciò a fare venivano molti continuamente a sentirlo, et etiam suo fratello.*

(1) Es decir, Guipúzcoa.

(2) La actividad narrada en los nn. 88 y 89 es un pequeño retablo, síntesis del carisma apostólico que luego cristalizará en la Compañía de Jesús: conversaciones espirituales, enseñanza de la doctrina cristiana a los niños, predicación, conversión de las costumbres (sobre todo en aquellas personas cuya buena o mala conducta puede repercutir particularmente en los demás), preocupación social manifestada en la acción por los pobres, fomento de las prácticas de piedad... En esta síntesis, la formación doctrinal y la ayuda para la práctica cristiana, la atención a la vida personal y religiosa y a la pública y social se integran en una actividad conjunta de evangelización. Todo ello se halla reflejado en los primeros esbozos de la Compañía de Jesús y en su «regla» o *Fórmula y Constitu-*

AZPEITIA: PROFETA EN SU TIERRA

[87] ¹ Hecho todo esto, el peregrino montó en un caballo pequeño que los compañeros le habían comprado, y se dirigió solo hacia su país, encontrándose ya mucho mejor por el camino. ² Al llegar a su provincia (1), dejó el camino principal y tomó el del monte, que era más solitario; yendo por él se encontró con dos hombres armados que venían a su encuentro —aquel camino tiene cierta mala fama por los los asesinos—, ³ los cuales, tras adelantarle un poco, retrocedieron de nuevo y le seguían de prisa, de tal modo que sintió un poco de miedo. ⁴ A pesar de esto, habló con ellos y comprendió que se trataba de servidores de su hermano que los había enviado para buscarle. ⁵ Pues, según parece, había tenido noticias de su venida por Bayona de Francia, donde el peregrino había sido reconocido. Los servidores se adelantaron y él siguió por el mismo camino. ⁶ Y un poco antes de llegar a su tierra halló a aquellos que le salían al encuentro y le insistieron mucho a que fuera a casa de su hermano, pero no pudieron forzarlo. ⁷ Se fue, pues, al hospital, y más tarde, a la hora conveniente, fue a pedir limosna por los alrededores.

[88] ¹ En este hospital, empezó a hablar con muchos que lo iban a visitar de las cosas de Dios, y con su gracia se obtuvo mucho fruto (2). ² En cuanto llegó decidió enseñar cada día a los niños la doctrina cristiana; pero su hermano se opuso mucho a ello, diciéndole que no vendría ninguno. ³ El le respondió que bastaría con uno. Pero cuando empezó a hacerlo, iban muchos continuamente a escucharle, incluso su hermano.

ciones. En efecto, la Compañía se funda para la defensa y propagación de la fe y para ayudar a los fieles en su formación y vida cristianas «por medio de las públicas predicaciones, lecciones y cualquier otro ministerio de la palabra de Dios, de los ejercicios espirituales, la doctrina cristiana de los niños y gente ruda y el consuelo espiritual de los fieles, oyendo sus confesiones y administrándoles los otros sacramentos». Y, el jesuita se dedicará también a «la pacificación de los desavenidos, el socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales, y el ejercicio de las demás obras de misericordia, según pareciere para gloria de Dios y el bien común» (Const Praev, 376).

⁴ Oltre la dottrina cristiana, predicava anche le domeniche et feste, con utile et aiuto delle anime, che di molte milia lo venivano a sentire. ⁵ Ha fatto anche sforzo di scacciare alcuni abusi; et con l'aiuto di Dio si è posto ordine in alcuno; verbi gratia, nel giuoco fece che fosse vetato con executione, persuadendolo a quello che governava la giustitia. ⁶ Era anche là un altro abuso, in questo modo: le citelle in quel paese vanno sempre col capo scoperto, et non lo coprono se non quando si maritano. ⁷ Ma sono molte, che si fanno concubine de preti et d'altri huomini, et guardangli fede, come se fossero loro donne. ⁸ Et questo è tanto commune, che le concubine non hanno punto di vergogna di dire che si hanno coperto il capo per un tale; et per tali sono conosciute essere.

[89] ¹ Per la qual usanza nasce molto male. Il pelegirino persuase al governatore che facesse una legge, che tutte quelle, che si coprissero il capo per alcuno, non essendo loro donne, fussero gastigate con giustitia; et a questo modo s'incominciò a levar questo abuso. ² Alli poveri ha fatto dar ordine come se fosse proveduto publico et ordinariamente. ³ Et che si toccasse tre volte all'Avemaria, cioè: la matina, il mezzo giorno, et la sera, acciò il populo facesse oratione, come in Roma.

⁴ Ma quantunque si trovava bene al principio, venne poi ad infermarsi gravemente. ⁵ Et poi che fu sano deliberò di partirsi a far le facende, che gli erano state imposte dalli compagni, et partirsi senza quatrini; della qual cosa si scorrociò molto il suo fratello, vergognandosi che volesse andare a piedi et alla sera ⁶ il pelegirino ha voluto condescendere in questo, di andare insino alla fine della provincia a cavallo col suo fratello et con li suoi parenti.

[90] ¹ Ma quando fu uscito dalla provincia, scese a piede, senza pigliar niente, et se ne andò verso Pamplona; et ivi ad Almazano, paese del Padre Laynez; et dipoi a Sigüenza et Toletto; et di Toletto a Valenza. ² Et in tutti questi paesi delli compagni non volse pigliare niente, quantunque gli facessero grandi offerte con molta instantia.

³ In Valenza parlò con Castro (3) che era monacho certosino; et volendosi imbarcar per venire a Genoua, li devoti di Valenza lo han pregato non lo facesse, perchè dicevano che era Barba Rossa in mare con molte galere, etc. ⁴ Et quantunque molte cose gli dicessero, bastanti a fargli paura, nientedimeno nissuna cosa lo fece dubitare.

[91] ¹ Et imbarcato in una nave grande, passò la tempesta, della quale si è fatta mentione di sopra (4), quando si è detto che fu tre volte a punto di morte.

² Arrivato a Genova, pigliò la strada verso Bologna, nella quale ha patito molto, maxime una volta che smarì la via, et cominciò a camminare presso un fiume, il quale era basso, et la strada alta, la quale, quanto più camminava per essa, tanto più si faceva stretta; ³ et in tal modo si venne

⁴ Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y los días festivos, con provecho y ayuda de las almas, que venían de muchas millas a escucharla. ⁵ Se esforzó también por acabar con algunos abusos, y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno; por ejemplo, consiguió que se prohibiera eficazmente el juego, persuadiendo al que administraba la justicia. ⁶ Había allá otro abuso, que consistía en lo siguiente: en aquel país es costumbre que las muchachas vayan siempre con la cabeza descubierta y que no se la cubran hasta que se casen. ⁷ Pero hay muchas que se hacen concubinas de los sacerdotes y de otros hombres y les son fieles como si fuesen sus mujeres. ⁸ Y esto es tan frecuente, que las concubinas no tienen vergüenza en decir que se han cubierto la cabeza por alguno; y por tales son conocidas.

[89] ¹ Esta costumbre hace mucho daño. El peregrino persuadió al gobernador a que hiciera una ley, según la cual, todas aquellas que se cubrieran la cabeza por alguien que no fuese su marido, fueran castigadas por la justicia; y de este modo empezó a desaparecer el abuso. ² Consiguí también que los pobres fuesen socorridos pública y ordinariamente. ³ Y que se tocaran las campanas tres veces al día para el «Ave María» —por la mañana, al medio día y por la tarde— a fin de que el pueblo pudiera rezar como se hacía en Roma.

⁴ Y, aunque al principio se encontraba bien, después enfermó gravemente. ⁵ Una vez sano, decidió partir para encargarse de los asuntos que los compañeros le habían encomendado, y partió sin dinero, lo cual enojó mucho a su hermano, avergonzándose de que quisiera marchar a pie. Al fin, por la tarde, ⁶ el peregrino condescendió en ser acompañado por su hermano y por sus parientes hasta el límite de la provincia, montado a caballo.

[90] ¹ En cuanto abandonó la provincia, se apeó del caballo, y sin coger nada, se dirigió a Pamplona, y de allí a Almazán, tierra del P. Laínez; después de Sigüenza y Toledo; y de Toledo a Valencia. ² Y en todos estos pueblos de los compañeros, no quiso aceptar nada, a pesar de los grandes ofrecimientos que le hacían todos con mucha insistencia.

³ En Valencia habló con Castro (3), que era monje cartujo; y queriéndose embarcar para Génova, los devotos de Valencia le pidieron que no lo hiciese, porque le decían que Barba Roja estaba en el mar con muchas galeras, etc. ⁴ Y aunque le advirtieron de muchas cosas, suficientes para infundirle miedo, nada logró hacerle dudar.

[91] ¹ Y embarcando en una gran nave, pasó la tempestad de la que se ha hablado anteriormente (4), cuando se ha dicho que por tres veces estuvo en peligro de muerte,

² Al llegar a Génova tomó el camino que conducía a Bolonia, y en él padeció mucho, en especial, una vez que perdió el camino y comenzó a

*a far stretta, che non poteva più nè andare inanzi nè tornare indietro.*⁴ *Et così cominciò a camminare carpone; et così caminò un gran pezzo con gran paura; perchè, ogni volta che si moveva, credeva di cascare in fiume.*⁵ *Et questa fu la più gran fatica et travaglio corporale che mai avesse, ma alla fine campò.*⁶ *Et volendo entrare in Bologna, havendo a passar un ponticello di legno, cade giù del ponte; et così, levandosi carico di fango et di acqua, fece ridere molti, che si trovorno presenti.*

⁷ *Et entrando in Bologna, cominciò a domandar elemosina, en non trovò pure un solo quatrino, quantunque la cercasse tutta.*

⁸ *Stette alcun tempo in Bologna ammalato, dipoi se ne andò a Venetia, al medesimo modo sempre.*

andar junto a un río, el cual corría abajo y el camino iba por lo alto e iba estrechándose, a medida que avanzaba por él; ³ y de tal modo llegó a hacerse estrecho, que no podía seguir adelante ni volverse atrás. ⁴ Entonces comenzó a andar a gatas, y recorrió un gran trecho con mucho miedo, porque cada vez que se movía temía caerse al río. ⁵ Esta fue la fatiga y el trabajo corporal más grande que nunca haya padecido, mas al fin salió adelante. ⁶ Justo al entrar en Bolonia, al pasar por un puentecillo de madera, se cayó puente abajo. Y al levantarse cubierto de barro y agua, hizo reír a muchos que se hallaban presentes.

⁷ Entrando por fin en Bolonia, empezó a pedir limosna, mas no recogió ni un céntimo, aunque la recorrió toda entera. ⁸ Permaneció en Bolonia algún tiempo, y después partió para Venecia, siempre del mismo modo.

ITALIA: OTRA JERUSALEN

[92] ¹ *In Venetia in quello tempo s' esercitava in dare gli exercitii et in altre conversationi spirituali (1).* ² *Le persone più segnalate, a cui gli dette, sono Mro. Pietro Contareno, et Mro. Gasparro de Doctis, et un spagnolo, chiamato per nome Rozas.* ³ *Et era anchora là un altro spagnolo, che si diceva il bacigliere Hozes (2) il quale practicava molto col pelegrino, et anche col vescovo di Cette (3).* ⁴ *Et quantunque havesse un poco affetione di fare gli exercitii, nondimeno non gli meteva in executione.* ⁵ *Alla fine si rissolse di entrare a fargli; et dipoi che gli hebbe fatto, 3 o 4 giorni, disse l' animo suo al pelegrino, dicendogli che haveva paura non gli insegnasse negli exercitii qualche dottrina cativa, per le cose che gli haveva detto un tale.* ⁶ *Et per questa causa haveva portato seco certi libri, a ciò ricorresse a quelli, se per sorte lo volesse ingannare.* ⁷ *Questo si aiutò molto notabilmente negli exercitii, et alla fine si rissolse di seguitare la vita del pelegrino.* ⁸ *Questo fu anche il primo che morì.*

[93] ¹ *In Venetia hebbe anche il pelegrino altra persecutione, essendo molti che dicevano che gli era stata abbruciata la statua in Spagna et in Parigi.* ² *Et questa cosa andò tanto inanzi, che si è fatto processo, et fu data la sentenza in favore del pelegrino.*

³ *Li 9 compagni (4) vennero a Vinetia il principio del 37. Là si divisero a servire per diversi hospitali.* ⁴ *Dopo 2 o 3 mesi se n' andarono tutti a Roma a pigliar la benedictione per passare in Jerusalén.* ⁵ *Il pelegrino non andò per causa del Dottor Ortiz, et anche del nuovo cardinale theatino (5).* ⁶ *Li compagni vennero da Roma con police di 200*

(1) También, según consta por la correspondencia del mismo Iñigo, se dedicó a estudiar teología, aunque en particular ya que en Venecia no había Universidad (v. Epp, I, 94).

(2) Diego de Hoces, natural de Málaga, se unió al grupo de los compañeros y fue el primero de ellos en morir (Padua, 1538). V. n. 98).

(3) Probablemente se trata de Chieti, cuyo nombre adjetivo latino es *theatinus*. Era obispo de Chieti Juan Pedro Carafa, cardenal *teatino* (v. infra n. 93 y nota 5).

(4) V. *París: Los compañeros*, nn. 84 y 85, notas 18 y 20.

(5) Con el doctor Pedro Ortiz y el cardenal Juan Pedro Carafa mantenía Iñigo unas relaciones tensas. El primero fue de los que no vieron con buenos ojos el cambio que Iñigo había provocado

ITALIA: OTRA JERUSALEN

[92] ¹ En Venecia se ejercitaba por aquel tiempo en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales (1). ² Las personas más destacadas a quienes los dio fueron, Maestro Pedro Contarini, Maestro Gaspar de Doctis, y un español llamado Rozas. ³ Y se encontraba por allí también otro español llamado el bachiller Hoces (2), el cual trataba mucho con el peregrino y también con el obispo de Cette (3), ⁴ y aunque tenía ciertos deseos de hacer los ejercicios, no los ponía por obra. ⁵ Al fin se decidió a hacerlos, y al cabo de tres o cuatro días de haberlos empezado, abrió su espíritu al peregrino y le dijo que tenía miedo de que le enseñara alguna mala doctrina, pues alguien le había comentado ciertas cosas. ⁶ Por esta razón, había llevado consigo ciertos libros, para recurrir a ellos en el caso de que lo quisiera engañar. ⁷ Este se aprovechó mucho de los ejercicios y al final decidió seguir la vida del peregrino. ⁸ Y éste fue el primero en morir.

[93] ¹ En Venecia el peregrino tuvo otra persecución: muchos decían que su estatua había sido quemada en España y en París. ² Este asunto llegó tan adelante que se hizo proceso y se dio sentencia a favor del peregrino.

³ Los nueve compañeros (4) llegaron a Venecia a principios del año 37. Allí se dividieron para servir en diversos hospitales. ⁴ Dos o tres meses después fueron todos a Roma para recibir la bendición para pasar a Jerusalén. ⁵ El peregrino no fue con ellos por causa del Doctor Ortiz y también del nuevo cardenal teatino (5). ⁶ Los compañeros volvieron de

en los universitarios de París, Castro y Peralta. Con el segundo, nombrado cardenal hacía pocos meses, ocurrió un fuerte incidente, no del todo aclarado. Se conserva una carta de Iñigo, destinada ciertamente a Carafa, donde se ven las reservas del *peregrino* hacia algunas orientaciones del Cardenal relativas a la vida religiosa y también a su vida personal (Epp, I, 114-118). Un indicio patente de la evolución de Ortiz es el hecho de haberse puesto, unos meses más tarde, a hacer los ejercicios bajo la orientación de Iñigo (v. n. 98). Carafa, en cambio, elegido Papa muchos años después con el nombre de Paulo IV, siguió teniendo relaciones difíciles con Ignacio hasta el último instante de su vida. Este quizá experimentó con Paulo IV lo que un día escribía a Francisco de Borja: «pudiendo ser el mismo espíritu divino moverme a mí a esto por unas razones y a otros al contrario, por otras» (Epp, IV, 284).

o 300 scudi, li quali gli furono dati per elemosina per passare in Hierusalem;⁷ et loro non gli volsero pigliare senon in pollice; li quali dipoi, non potendo andare in Hierusalem, gli rendettero a quelli, che gli havevano dati.

⁸ Li compagni tornorno a Vinetia del modo che erano andati, cioè a piedi et mendicando, ma divisi in tre parti, et in tal modo, che sempre erano di diverse nationi.⁹ Là in Venetia si ordinarono da messa (6) quelli che non erano ordinati, et gli dette licentia il nuntio, che all' hora era in Venetia, che poi si chiamò il Cardinale Verallo.¹⁰ Si ordinorno ad titulum paupertatis, facendo tutti voti di castità et povertà.

[94] ¹ In quello anno non passavano navi in Levante, perchè li venetiani havevano rotto con Turchi.² Et così loro, vedendo che si allongava la speranza del passare, si compartirno per lo venetiano con intentione di aspettare l' anno che havevano deliberato; et poi che fosse fornito, et non fosse passaggio, se ne andariano a Roma.

³ Al pelegrino toccò andare con Fabro et Laynez a Vicenza.⁴ Là trovorno una certa casa fuori della terra (7), che non haveva nè porte, nè fenestre, nella quale stavano dormendo sopra un poco di paglia che avevano portata.⁵ Dui di loro andavano sempre a cercare elemosina alla terra due volte il dì, et portavano tanto poco, che quasi non si potevano sostentare.⁶ Ordinariamente mangiavano un poco di pan cotto, quando l' havevano, il quale attendeva a cuocere quello che restava in casa.⁷ In questo modo passorno 40 dì, non attendendo ad altro che ad orationi.

[95] ¹ Passati li 40 dì venne Mro. Gioanne Coduri, et tutti quatro si deliberorono di incominciare a predicare (9); et andando tutti 4 in diverse piazze, il medesimo dì et la medesima hora cominciorno la sua predica, gridando prima forte, et chiamando la gente con la berretta.² Con queste prediche si fece molto rumore nella città, et molte persone si mossero con devotione, et havevano le commodità corporali necessarie con più abundantia.

³ In quel tempo che fu a Vicenza hebbe molte visioni spirituali, et molte quasi ordinarie consolationi; et per il contrario quando fu in Parigi;⁴ massime quando si incominciò a preparare per esser sacerdote in Venetia, et quando si preparava per dire la messa, per tutti quelli

(6) Los no ordenados eran: Ignacio, Bobadilla, Coduri, Francisco Javier, Laínez, Rodríguez y Salmerón. Los días 15 y 17 de junio de 1537 fueron ordenados subdiáconos y diáconos. El 24 de junio del mismo año, presbíteros, excepto Salmerón, que, por no haber cumplido los 22 años, debió esperar hasta octubre. Se ordenaron a título de pobreza, es decir, sin derecho a ningún beneficio eclesiástico proveniente de la vinculación jurídica a una diócesis.

(7) Se trataba del monasterio abandonado de S. Pietro in Vivarolo.

(8) Este inicio de la predicación puede considerarse el nacimiento *real* de la Compañía de Jesús. Largas preparaciones de estudios, oraciones y penitencias, ordenación sacerdotal, distribución por diferentes ciudades, más oración y penitencia... Finalmente, la *compañía* empieza a predicar, a hacer

Roma con pólizas de 200 y 300 escudos, que recibieron como limosna para ir a Jerusalén;⁷ y ellos no los quisieron aceptar sino en pólizas; dinero que, al no poder ir a Jerusalén, devolvieron a aquellos que se lo habían dado.

⁸ Los compañeros volvieron a Venecia del mismo modo que se habían marchado, es decir, a pie y mendigando, y distribuidos en tres grupos de forma que siempre eran de diversas naciones.⁹ Allí en Venecia se ordenaron sacerdotes (6), los que no estaban ordenados, y les dio licencia el nuncio que entonces estaba en Venecia, que luego se llamó el Cardenal Verallo.¹⁰ Se ordenaron a título de pobreza, haciendo todos votos de castidad y pobreza.

[94] ¹ Aquel año no salían naves para Levante, porque los venecianos habían roto con los turcos.² Y de este modo, viendo que se alejaba la esperanza de pasar a Jerusalén, se dispersaron por el Véneto con intención de esperar a que se cumpliera el año que se habían propuesto como plazo; y si después de cumplido no hubiese pasaje, irían a Roma.

³ Al peregrino le tocó ir con Fabro y con Laínez a Vicenza.⁴ Allí encontraron una casa fuera de la ciudad (7) que no tenía ni puertas, ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían recogido.⁵ Dos de ellos iban siempre a buscar limosna a la ciudad dos veces al día, y traían tan poca cosa que casi no se podían sustentar.⁶ Normalmente comían algo de pan cocido, cuando lo tenían; lo cocía aquel que se quedaba en casa.⁷ Así pasaron 40 días, no atendiendo a otra cosa que a la oración.

[95] ¹ Transcurridos los 40 días, llegó el Maestro Juan Coduri, y los cuatro decidieron empezar a predicar (8). Fueron los cuatro a diversas plazas, y el mismo día y a la misma hora empezaron su predicación, gritando fuerte primero y llamando a la gente con el bonete.² Estas predicaciones levantaron mucho ruido en la ciudad y muchas personas se movieron a devoción; y a partir de entonces resolvían sus necesidades corporales con mayor holgura.

³ Durante aquel tiempo que estuvo en Vicenza, tuvo muchas visiones espirituales y muchas casi ordinarias consolaciones, lo contrario de cuando estuvo en París;⁴ sobre todo cuando empezó a prepararse para el sacerdocio en Venecia y para decir misa. Durante todos aquellos viajes

apostolado, lo cual constituye su finalidad. Es más, según testimonio de Polanco, durante la estancia en Vicenza, los compañeros decidieron tomar el nombre de *Compañía de Jesús*: «visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro preposición sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, pareciéndoles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús» (FN, I, 204). Pasarán tres años todavía —con mucha oración, deliberación, trabajo y, naturalmente, con muchas preocupaciones— antes de que esta compañía sea canónicamente la *Compañía de Jesús*, aprobada por Paulo III el 27 de setiembre de 1540.

(9) Simón Rodríguez.

viaggi hebbe grandi visitationi sopranaturali, di quelle che soleva havere stando in Manresa.⁵ Stando anche in Vicenza seppe che uno degli compagni (9), che stava a Bassano, stava ammalato a punto di morte, et lui si trovava etiam all' hora ammalato di febre.⁶ Nientedimeno si messe in viaggio; et caminava tanto forte, che Fabro, suo compagno, non lo poteva seguitare.⁷ Et in quello viaggio hebbe certitudine da Dio, et lo disse a Fabro, che il compagno non morirebbe di quella infirmità.⁸ Et arrivando a Bassano, lo ammalato si consolò molto, et sanò presto.

⁹ Poi tornorno tutti a Vicenza, et là sono stati alcuno tempo tutti dieci; e andavano alcuni a cercare elemosina per le ville intorno a Vicenza.

[96] ¹ Poi, finito l'anno (10), et non si trovando passaggio, si deliberorno di andare a Roma; et anche il pelegrino, perchè l'altra volta che li compagni erano andati, quelli dui, delli quali lui dubitava, si erano mostrati molto benevoli.² Andorono a Roma divisi in tre o quatro parti, et il pelegrino con Fabro et Laynez; et in questo viaggio fu molto specialmente visitato da Iddio.³ Haveva deliberato, dipoi che fosse sacerdote, di stare un anno senza dire messa (11), preparandosi et pregando la Madonna lo volesse mettere col suo figliuolo.⁴ Et essendo un giorno, alcune miglia prima che arrivasse a Roma, in una chiesa, et facendo oratione, ha sentita tal mutatione nell'anima sua, et ha visto tanto chiaramente che Iddio Padre lo metteva con Cristo, suo figliuolo, che non gli basterebbe l'animo di dubitare di questo, senonchè Iddio Padre lo metteva col suo figliuolo (12). [Et io, che scrivo queste cose, dissi al pelegrino, quando questo mi narrava, che Laynez raccontava questo con altre particolarità, secondo havevo inteso. Et lui mi disse, che tutto quello dicea Laynez stava il uero, perchè lui non si ricordava tanto particolarmente; ma che all' hora quando lo narrava sa certo che non ha detto senon la verità. Questo medesimo mi disse in altre cose] (13).

[97] ¹ Poi venendo a Roma, disse alli compagni che vedeva le

(10) Era el año que debían esperar para poder embarcarse hacia Jerusalén (v. n. 85). Seguramente, este año lo contarán desde la llegada de los compañeros de Iñigo a Venecia, el 8 de enero de 1537.

(11) De hecho esperó un año y medio, pues celebró la primera misa la noche de navidad de 1538.

(12) Todo esto tenía lugar en el cruce de la Storta, cerca de la vía Cassia, a unos 16 kilómetros de Roma. De este lugar procede la ya consagrada expresión de «visión de La Storta», con la que se conoce este momento culminante de la carrera de Iñigo. La sustancia de este hecho es el don extraordinario de la íntima unión con Cristo que el Padre otorga al peregrino. «En la vida de Ignacio esta visión parece que juega en cierto grado el mismo papel que la estigmatización en la del Poverello. Es la toma de posesión total, la conformación con Cristo clavado en cruz» (Donatien Mollat). La llamada de Jesús —«quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» (EE 95)— tiene aquí la resonancia y la confirmación más definitivas en la vida de Ignacio. La petición de que Cristo le reciba «debajo de su bandera» (EE 147) es escuchada. Y precisamente, en este momento tan trascendente, aparece María como intercesora. Los *Ejercicios* recogerán también esta importante lección mariana (v. EE 63, 147, 148, 156). Como uno de los hitos más altos en el itinerario espiritual ignaciano, la

tuvo grandes visitaciones espirituales, como aquellas que había tenido estando en Manresa.⁵ Encontrándose en Vicenza también supo que uno de los compañeros (9) que estaba en Bassano había enfermado y que estaba a punto de morir; él se encontraba entonces también enfermo y con fiebre.⁶ A pesar de esto, emprendió el viaje, y andaba tan rápido que Fabro, su compañero, no le podía seguir.⁷ Y durante el recorrido, Dios le comunicó la certeza de que el compañero no iba a morir de esa enfermedad y se lo dijo a Fabro.⁸ Al llegar a Basano el enfermo se consoló y en seguida se curó.

⁹ Después volvieron todos a Vicenza y allí estuvieron los diez juntos por algún tiempo. Algunos iban a buscar limosnas por los alrededores de Vicenza.

[96] ¹ Después, al acabar el año (10) y no encontrar pasaje para Jerusalén, decidieron ir a Roma; y esta vez también el peregrino, pues aquellos dos de los que dudaba, se habían mostrado muy benévolos.

² Fueron a Roma repartidos en tres o cuatro grupos; al peregrino le tocó con Fabro y Laínez, y durante este viaje fue muy especialmente visitado por Dios.³ Había decidido que después de ser ordenado sacerdote estaría un año sin decir misa (11), preparándose y pidiendo a la Virgen que lo quisiese poner con su hijo.⁴ Y estando un día en una iglesia haciendo oración algunas millas antes de llegar a Roma, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía con Cristo, su Hijo, que no se atrevería a dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo (12). [Yo, que escribo estas cosas, dije al peregrino cuando me narraba todo esto, que Laínez explicaba al respecto otros detalles, según había oído. Y él me contestó que todo cuanto contaba Laínez era cierto, porque él no recordaba con tanto detalle, pero que entonces, cuando lo narraba, tenía certeza de que no había dicho más que la verdad. Y lo mismo me dijo en otros puntos] (13).

visión de la Storta volverá en el futuro como fuente de luz y confirmación: «pareciendo una confirmación... viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo» (Diario Espiritual, n. 67). V. la nota siguiente.

(13) La explicación que Laínez dio unos años más tarde (1559), en una plática a los jesuitas de Roma, nos presenta con más detalles la *visión de la Storta* y también como una experiencia más prolongada (FN, II, 133). El mismo Ignacio había avalado el testimonio de Laínez. Primeramente, nos dice que Iñigo, según confesión del mismo santo, sintió cómo el Padre le imprimía en el corazón estas palabras: «Yo os seré propicio en Roma». Esto desconcertó al santo y pensó que, tal vez, serían crucificados en Roma. Después, también según información inmediata del santo, «le parecía ver a Cristo cargado con la cruz y junto a él al Padre Eterno que le decía: —Quiero que Tú tomes a éste por servidor tuyo. Y Jesús mismo lo tomaba y le decía: —Quiero que tu nos sirvas. Y por esto, tomó gran devoción a este santísimo nombre y quiso que la Congregación se llamase: la Compañía de Jesús». Esto no contradice el testimonio de Polanco aducido en la nota 8 de este capítulo, pues este mismo añade: «Y en esto del nombre tuvo tantas visitaciones el P. Maestro Ignacio de aquel cuyo nombre tomaron, y tantas señales de su aprobación y confirmación deste apellido, que le oí decir al mismo que pensaría ir contra Dios y ofenderle, si dudase que este nombre convenía» (FN, I, 204). Las informaciones complementarias de Laínez iluminan mejor el sentido

[97] ¹ Poi venendo a Roma, disse alli compagni che vedeva le fenestre serrate, volendo dire che li havevano di haver molte contradditioni. ² Et disse anche:

—Bisogna che stiamo molto sopra di noi, et non pigliamo conversatione con donne, se non fossero illustri.

³ Di poi in Roma, per parlare di questo proposito, M. Francesco (14) confessava una donna, et la visitava alcuna volta per praticare le cose spirituali, la quale dipoi fu trovata gravida; ma volse il Signore che si scoperse colui che haueua fatto il maleficio. ⁴ Il simile accade a Gioan Coduri con una sua figliuola spirituale, deprehensa con un homo.

[98] ¹ Di Roma andò il pelegrino a Monte Cassino a dar gli exercitii al Dottor Ortiz, et vi fu 40 giorni nelli quali vide una volta il bacigliier Hozes (15) che intrava nel cielo, et in questo hebbe grandi lagrime et gran consolatione spirituale; et questo vide tanto chiaramente, che se dicesse il contrario, gli pareria di dire la buggia. ² Et di Monte Cassino menò seco Francesco de Strada.

³ Tornando a Roma, si exercitava in aiutare le anime; et stavano anchora alla vigna (16), et dava exercitii spirituali a diversi in un medesimo tempo; delli quali uno stava a santa Maria Maggiore, il altro a Ponte Sixto.

⁴ Cominciorno poi le persecutioni, et cominciò Michele (17) a dar fastidio, et dir male del pelegrino, il quale lo fece chiamare davanti al governor, mostrando prima al governatore una lettera di Michele, nella quale lodava molto il pelegrino. ⁵ Il governatore examinò Michele, et la conclusione fu bandirlo di Roma.

⁶ Poi cominciorno a perseguire Mudarra et Barreda (18), dicendo che il pelegrino et li suoi compagni erano fuggitivi di Spagna, di Parigi et di Venetia. ⁷ Alla fine in presentia del governor et del legato che all' hora era di Roma, tutti doi hanno confessato che non avevano niente di dire male di loro, nè delli costumi, nè della dottrina. ⁸ Il legato commanda che si ponga silentio in tutta questa causa; ma il pelegrino non lo accetta, dicendo che volea sentenza finale. ⁹ Questo non piacque al legato, nè al governatore, nè anche a quelli che prima favorivano al pelegrino; ma alla fine, dipoi di alcuni mesi, venne il papa a Roma. ¹⁰ Il pelegrino gli

de la visión. Aquella unión íntima con Cristo es una especial protección de Dios y una llamada al servicio de Cristo. Además, la gracia de Iñigo se abre a dimensiones que desbordan la vida individual del mismo santo: el futuro y la Compañía de Jesús. La referencia a Roma indica ya un viraje del camino de Jerusalén hacia la ciudad del Papa, centro de expansión del cristianismo. El año siguiente, Paulo III, desconcertado y lúcido a la vez, exclamaría: «¿Por qué suspiráis tanto por ir a Jerusalén? Buena y verdadera Jerusalén es Italia, si deseáis hacer fruto en la Iglesia de Dios» (FN, III, 327).

(14) Francisco Javier.

(15) V. n. 92.

[97] ¹ Después, al llegar a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que iban a encontrar allí muchas contradicciones. ² Y dijo también:

—Debemos andar con mucha cautela y no tener conversaciones con mujeres, a no ser que sean ilustres.

³ Después en Roma, —a propósito de esto—, Maestro Francisco (14) confesaba a una mujer y la visitaba alguna vez para conversar de cosas espirituales, y después fue hallada embarazada. Con todo quiso el Señor que se descubriese el que había hecho el mal. ⁴ Algo parecido le ocurrió a Juan Coduri con una hija espiritual, que fue sorprendida con un hombre.

[98] ¹ El peregrino de Roma fue a Montecasino para dar los ejercicios al Doctor Ortiz, y permaneció allí durante cuarenta días. Estando allá vio un día cómo el bachiller Hoces (15) entraba en el cielo, y esta visión le produjo muchas lágrimas y gran consolación espiritual; y vio esto tan claramente que si dijera lo contrario le parece que mentiría. ² Y de Montecasino trajo a Francisco Estrada consigo.

³ Al regresar a Roma, se dedicó a ayudar a las almas —estaba todavía en la viña— (16), y daba ejercicios espirituales a diferentes personas al mismo tiempo; uno de ellos estaba en Santa María la Mayor y otro en Puente Sixto.

⁴ Después empezaron las persecuciones. Miguel (17) comenzó a molestar y a hablar mal del peregrino, el cual lo hizo llamar delante del gobernador después de haberle mostrado a éste una carta en la que Miguel alababa mucho al peregrino. ⁵ El gobernador examinó a Miguel y la conclusión fue expulsarlo de Roma.

⁶ A continuación Mudarra y Barreda empezaron a perseguir al peregrino y a sus compañeros (18), diciendo que eran fugitivos de España, de París, y de Venecia. ⁷ Al fin, en presencia del gobernador y del legado que entonces lo era de Roma, ambos confesaron que no tenían nada malo que decir de ellos, ni de sus costumbres, ni de su doctrina. ⁸ El legado mandó que se pusiera silencio en todo este asunto, pero el peregrino no lo aceptó, diciendo que quería que se diera sentencia final. ⁹ Esto no agradó ni al legado, ni al gobernador, ni tampoco a aquellos que le habían favorecido al comienzo. Al final, después de algunos meses, el

(16) Esta fue la primera residencia romana de Ignacio y sus compañeros. Era la casa de Quirino Garzoni y se contraba en una viña a la falda del monte Pincio, cerca de la iglesia de *Trinità dei Monti*.

(17) Seguramente Miguel Landívar, indignado por la conversión de Francisco Javier, quería matar a Iñigo. Más tarde, experimenta un cambio radical y quiere entrar en la Compañía de Jesús. No está claro si llegó a ingresar en ella.

(18) O bien *Barrera*. Esta persecución se originó a raíz de la predicación de Fray Agustín Mainardi, combatido por Ignacio y sus compañeros a causa de los errores que encontraron en él. Todo acabó con la absolución del pequeño grupo de apóstoles y la condena de los calumniadores.

va a parlare a Frascati, et gli rappresenta alcune ragioni, et il papa si fa capace, et commanda si dia sentenza, la quale si dà in favore, etc. (19).

¹¹ Si fecero in Roma con l'aiuto del pelegirino et delli compagni alcune opere pie, come sono li Catechumeni, santa Marta, gli Orfanelli, etc. (20)

Le altre cose potrà narrare Mro. Nadale (21).

(19) De todo ello informa Iñigo con detalle a Isabel Roser, en carta de 19 de diciembre de 1538: «Hablé a Su Santidad en su cámara a solas, bien al pie de una hora». En esta conversación le tiene al corriente no sólo «de nuestros propósitos e intenciones», sino de los procesos y encarcelamientos de que había sido objeto, «a fin de que ninguno le pudiese informar más de lo que yo le he informado, y para que fuese más movido a hacer inquisición sobre nosotros, para que en todas maneras se diese sentencia o declaración de nuestra doctrina». En efecto, para hacer bien a los demás, era necesario «tener buen odor, no solamente delante de Dios N. S., mas aun delante de las gentes, y no ser sospechosos de nuestra doctrina y costumbres» (FN, I, 10-12). El Papa apreció en seguida la calidad cristiana de Ignacio y compañeros y les mostró su confianza. Juntamente, hizo diligencias para que se dictase sentencia, lo cual sucedió el 18 de noviembre de 1538 (v. FD, 556-557).

(20) Ejerciendo el cargo de general de la Compañía y dedicado a la tarea de elaboración de las *Constituciones*, Ignacio encuentra tiempo para hacerse presente en todo tipo de iniciativas

Papa regresó a Roma. ¹⁰ El peregrino fue a Frascati a hablar con él, le expuso sus argumentos, y el Papa se hizo cargo y ordenó que se diera sentencia, la cual fue a su favor, etc. (19).

¹¹ Con ayuda del peregrino y de los compañeros, se fundaron en Roma algunas obras pías, como los Catecúmenos, Santa Marta, los Huérfanos, etc. (20).

Las demás cosas las podrá contar Maestro Nadal (21).



apostólicas en la vida intensa y complicada de Roma. Después de haberse movido para suprimir las injusticias de que eran objeto los judíos convertidos al cristianismo, creó los *Catecúmenos* para la acogida de judíos conversos. *Santa Marta* era un institución que atendía a las prostitutas, casadas o solteras que querían casarse. Hasta aquel momento sólo existía un monasterio para las que querían hacer votos religiosos. También colaboró Ignacio en la obra de asistencia a los huérfanos que, debido a las guerras, pestes y hambres, abundaban penosamente en Roma. En el «etc.» con que termina la enumeración podría añadirse la acogida y ayuda prestada en casa hasta a 400 pobres que, en época de gran carestía, se hallaban «muertos de hambre y frío y maltrato por las calles», según relación de Polanco (FN, I, 199).

(21) Nadal, gran confidente de Ignacio, debía hacer al poco tiempo un viaje a España con Gonçalves da Câmara (v. *Prólogo del P. Câmara*, n. 5).

EL TERMINO: SIEMPRE EN BUSQUEDA

[99] ¹ Io, dipoi queste cose narrate, alli 20 di Ottobre domandai al pelegrino degli exercitii et delle constitutioni, volendo itendere come l'havea fatte. ² Lui mi disse che gli essercitii non gli havea fatti tutti in una volta, senonchè alcune cose, che lui osservava nell'anima sua, et le trovava utili, gli pareva che potrebbero anche essere utili ad altri, et così le metteva in scritto, verbi gratia, dello examinar la conscientia con quel modo delle linee (1), etc. ³ Le electioni spetialmente mi disse che le haveva cavate da quella varietà di spirito et pensieri, che haveva quando era in Loyola, quando stava anchora malo della gamba (2). ⁴ Et mi disse che delle constitutioni mi parlerebbe la sera.

⁵ Il medesimo giorno, prima che cenasse, mi chiamò con un aspetto di persona che stava più raccolta dell'ordinario, et mi ha fatto un modo de protestatione, la somma della quale era in mostrare la intentione et simplicità con che havea narrate queste cose, dicendo che era ben certo che non narrava niente di più; ⁶ et che havea fatte molte offese a nostro Signore dipoi che lo havea cominciato a servire; ma che mai non haveva havuto consenso di peccato mortale; ⁷ anzi sempre crescendo in devotione, id est, in facilità di trovare Iddio; et adesso più che mai in tutta la vita sua. ⁸ Et ogni volta et hora che voleva trovare Dio, lo trovava (3). Et che anche adesso havea molte volte visioni, maxime quelle, delle quali di sopra si è detto, di veder Cristo come sole (4). ⁹ Et questo gli accadeva

(1) Se refiere a la manera práctica de anotar en unas líneas, día a día, los defectos o pecados cometidos y, de este modo, comparando las notas, ver si hay progreso o no (v. EE 24-31).

(2) V. nn. 7-9 y nota 10.

(3) Una experiencia de Dios que no sólo caracteriza la personalidad cristiana de Ignacio, sino también el estilo espiritual que él enseña. Ciertamente, en Ignacio nos encontramos ante un vivo sentido de Dios que excede lo que corrientemente se da en una vida cristiana, incluso en una vida cristiana generosa. Los estudiosos de los dones espirituales místicos observarán una percepción mística de la presencia de Dios y afirmarán que este «encontrar a Dios» tiene como fundamento la unión habitual con Dios en el fondo del alma, propia de la contemplación intelectual infusa; considerarán que nos encontramos ante la cumbre de la vida mística de san Ignacio... En la Autobiografía, el encontrar a Dios se manifiesta de dos maneras: por una parte en el gozo de la

EL TERMINO: SIEMPRE EN BUSQUEDA

[99] ¹ El 20 de octubre, una vez narradas estas cosas, yo le pregunté al peregrino sobre los Ejercicios y sobre las Constituciones, queriendo saber cómo los había compuesto. ² El me contestó que los Ejercicios no los había escrito todos de una vez, sino que, algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, la parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito; por ejemplo, aquello de examinar la conciencia con el sistema de las líneas, etc. (1) ³ En particular, las elecciones me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que había experimentado en Loyola, cuando todavía estaba mal de la pierna (2). ⁴ Y me dijo que sobre las Constituciones me hablaría por la tarde.

⁵ El mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida de lo ordinario, y me hizo una especie de confesión, que en resumen era manifestar la intención y sencillez con que había narrado estas cosas, asegurando que no había contado nada de más; ⁶ y que había hecho muchas ofensas a nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había consentido en pecado mortal; ⁷ es más, siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios, y ahora más que nunca en toda su vida, ⁸ y siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba (3). Me dijo también que aún ahora tenía muchas visiones, sobre todo aquellas de ver a Cristo como sol (4), ⁹ de las cuales se ha hablado más arriba. Y esto le sucedía con

consolación y de las ilustraciones interiores; por otra, en el cumplimiento de la voluntad divina. Ahora, al final del relato, uniendo estas dos formas de *encontrar a Dios* aparece una palabra clave: *devoción*. Es decir, la *facilidad* de encontrar a Dios. La sublime naturalidad con la que el peregrino se siente unido a Dios, en medio de la agitación cotidiana, es conmovedora. Pero quizá lo es más aún el hecho de que la experiencia de Ignacio es una proyección, ciertamente hasta los límites inescrutables del amor y de la libertad divinas, de aquella familiaridad íntima con Dios que se nos da en el bautismo. Por esto, Ignacio, que nunca peca de presuntuoso, recomienda y enseña en los *Ejercicios*, en las *Constituciones* y en su epistolario a encontrar a Dios en todas las cosas (v. Comentario: *La Peregrinación* pp. 128; 135-138).

(4) V. n. 29 (tercero y cuarto).

spesso andando parlando di cose di importanza, et quello gli faceva venire in confirmatione (5).

[100] ¹ Quando diceva messa, haveva anche molte visioni; et che quando faceva le constitutioni le haveva anche molto spesso; et che adesso lo pò questo affirmare più facilmente, perchè ogni dì scriveva quello che passava per l'anima sua, et lo trovava adesso scritto. ² Et così mi mostrò un fasce assai grande di scritture; delle quali me ne lesse buona parte. ³ Il più erano visioni, che lui vedeva in confirmatione di alcuna delle constitutioni, et vedendo alle volte Dio Padre, alle volte tutte le tre persone della Trinità, alle volte la Madonna che intercedeva, alle volte che confirmava.

⁴ In particular mi disse in le determinationi, delle quali stette 40 dì dicendo ogni dì messa, et ogni dì con molte lagrime, et la cosa era se la chiesa haverebbe alcuna entrata, et se la Compagnia si potrebbe aiutare di quella (6).

[101] ¹ Il modo che observava quando faceva le constitutioni era dire ogni dì messa et rappresentare il punto che trattava a Dio et far oratione sopra quello; et sempre faceva l'oratione et messa con lagrime (7).

² Io desiderava vedere quelle carte delle constitutioni tutte, et lo pregai me le lasciasse un poco : lui non volse.

(5) V.n. 10, nota 12.

(6) Precisamente se han conservado las notas íntimas del santo sobre esta deliberación. Constituyen la primera parte del *Diario Espiritual* que empieza el 2 de febrero de 1544 y acaba el 27 de febrero de 1545. Pero el resto de aquel «fajo muy grande» no ha llegado a nosotros. Sin embargo, el *Diario Espiritual*, con su seco y enigmático redactado, es uno de los documentos más admirables de la literatura cristiana. Sin concesiones pedagógicas —porque se trata de un documento íntimo que no pretende salir a la luz pública— transparente con plena nitidez la maravillosa acción de Dios en el corazón de Ignacio. (En esta misma colección Manresa de Espiritualidad Ignaciana puede consultarse la obra titulada *La Intimidad del Peregrino. Diario Espiritual de San Ignacio de Loyola*. Versión y comentarios de Santiago Thió, S.I.).

frecuencia al tratar de cosas importantes, lo cual le ayudaba a alcanzar confirmación (5).

[100] ¹ Cuando celebraba misa tenía también muchas visiones y lo mismo le sucedía muy a menudo cuando redactaba las Constituciones; y ahora lo puede afirmar más fácilmente porque cada día anotaba lo que pasaba por su alma y ahora lo encontraba escrito. ² Y me mostró un fajo muy grande de papeles escritos, de los que me leyó una buena parte. ³ Se trataba sobre todo de visiones que tenía como confirmación de algún punto de las Constituciones: unas veces veía a Dios Padre, otras a las tres personas de la Trinidad, otras veces a la Virgen que estaba intercediendo y otras que estaba confirmando.

⁴ En particular me habló de las determinaciones sobre las que estuvo diciendo misa cada día durante cuarenta días, y siempre con muchas lágrimas. La cuestión era si la iglesia debía tener alguna renta y si la Compañía se podía aprovechar de ella (6).

[101] ¹ El método que tenía para redactar las Constituciones era decir misa cada día, presentar a Dios el punto que trataba y hacer oración sobre ello. Y siempre hacía la oración y decía la misa con lágrimas (7).

² Yo deseaba ver todos aquellos papeles de las Constituciones y le pedí que me los dejara un poco; él no quiso.

(7) Esto, que puede verse claramente en las notas de los primeros cuarenta días del *Diario Espiritual*, da la fisonomía de la mística ignaciana: una mística de acción. *Encontrar a Dios* en medio de una acción intensísima y en un ambiente de sobrecarga de problemas y preocupaciones. Las cuestiones prácticas son resueltas por el camino de la reflexión y oración. Aquí Dios se le comunica de manera extraordinaria, no sólo uniéndole más a El por la paz y el consuelo, sino iluminando los problemas y confirmandole en las soluciones.

Comentario
LA PEREGRINACION

«PEREGRINO»: MIRADA RETROSPECTIVA

Con *El Peregrino* en la mano hemos acompañado a Iñigo en su largo camino. El mismo nos ha invitado a compartirlo. Porque su relato es una invitación: «testamento y enseñanza paterna» (1). Además, la manera de narrar —«fielmente» y «con breve o sumaria declaración» (2)— se convierte en una sugerencia al lector para que él mismo haga suya la lección incluida en la narración. Al final, pues, del largo itinerario hay que mirar atrás y contemplar el camino recorrido; descubrir en la historia de Iñigo las leyes permanentes de todo camino y progreso en la vida cristiana. Hemos escuchado al *peregrino*; profundicemos ahora en su peregrinación. Aunque los editores y comentadores del relato ignaciano no han dejado de notar el hecho significativo de que Ignacio hubiera escogido la palabra *peregrino* para protagonizar su narración, con todo esta observación no les ha llevado a profundizar el sentido de la preferencia del santo por este nombre. Porque *peregrino* es una palabra de profundo contenido cristiano, con hondas raíces bíblicas y una presencia permanente en la historia de la Iglesia. En conexión con este fundamento bíblico y esta tradición cristiana debe considerarse la elección que hizo Ignacio de la palabra *peregrino* para presentarse a sí mismo. Si leemos su *Autobiografía* tomando como guía esta palabra, descubriremos una frondosa gama de significaciones de contenido sorprendentemente rico. Sigamos el hilo y encontraremos el ovillo.

Se partió. Es como un estribillo que acompaña al peregrino a lo largo de su historia. Es el signo de su movilidad por tierras del mundo. Empezó como romero: Aránzazu, Montserrat y Tierra Santa. Pero enseguida desborda la perspectiva demasiado estrecha de las romerías. Iñigo recorrió una buena parte del mundo que se podía recorrer en aquella época. De Loyola a Montserrat por Aránzazu, Navarrete, Lérida e Igualada. Peregrino a Tierra Santa por Barcelona, Gaeta, Roma, Venecia y Chipre. Estudiante en Barcelona, Alcalá, Salamanca y, finalmente, en París. Escapadas de estudiante pobre en busca de ayuda económica a Flandes e Inglaterra. Retorno a la tierra: Azpeitia, Almazán, Sigüenza, Madrid, Toledo para embarcarse en Valencia nuevamente hacia Italia (Génova, Bolonia, Venecia y, finalmente, Roma). Es suficiente leer los títulos que encabezan los capítulos en que hemos dividido la *Autobiografía* para darse cuenta

(1) *Prólogo de Nadal*, n. 3.

(2) EE 2.

del movimiento extraordinario de Iñigo, peregrino por tierras del mundo. La *movilidad* es una acepción obvia y elemental; sin embargo, en el caso de Iñigo, revela un hecho único en la España de su época, porque ni Teresa —la monja andariega— ni Tomás de Villanueva, ni Juan de Avila, ni Juan de la Cruz —para limitarnos a algunos de los santos que más se movieron por nuestras tierras— nunca salieron de la península. Y solamente hemos dado una ojeada a los viajes ignacianos sin fijarnos en los detalles: grandes distancias, pobreza de medios, inclemencias del tiempo, lugares castigados por la guerra... (nn. 49, 50-53, 72, 73, 91...).

Ayudar a las almas. La peregrinación ignaciana es una experiencia de Cristo y, por lo tanto, una experiencia apostólica. Cristo está siempre presente en el corazón de Iñigo (nn. 48, 52, 96) y, como los discípulos de Jesús, el *peregrino* se siente también enviado por El, apóstol. El cumplimiento de su *misión* le mantiene en una continua movilidad: busca el lugar donde tiene que servir —«ayudar a las almas» (nn. 45, 50, 63-64, 71, 94, 96)—, se dirige hacia donde ha de encontrar la mejor manera de hacer los estudios necesarios para su apostolado (nn. 50, 56, 73), marcha a la búsqueda de medios para pagárselas (n. 76), hace largas caminatas con el fin de ganarse a un hombre para Cristo o con el objeto de consolar a un compañero (nn. 79, 95). Siempre disponible al viento del Espíritu que sopla cuando quiere y donde quiere. Finalmente, esta historia personal de Ignacio toma cuerpo en el Instituto que él funda. *Enviar* y expresiones como «discurrir por unas partes o por otras del mundo» o parecidas surgen continuamente en las *Constituciones*. Ignacio llegó a puntualizar: «nuestra vocación es para *discurrir* y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera más servicio de Dios y ayuda de las ánimas» (3).

Quid agendum. «Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre *vino consigo pensando qué haría*» (n. 50). Y nos lo dice en latín —«quid agendum»— enfatizando de este modo el estado de búsqueda continua. Este «qué haría», con expresiones diversas, señala reiteradamente a lo largo del relato todo un itinerario de búsqueda (nn. 12, 15, 50, 63, 74). El paso más decisivo de este itinerario es el de descubrir una nueva ruta en la vida, mientras el peregrino va recuperándose en Loyola (nn. 7-10). Sin embargo, éste no es más que el primer paso. Iñigo no deja de buscar: busca cómo ir concretando los proyectos de servir a Dios y de ayudar a las almas (nn. 12, 50, 54, 63, 71); se pregunta qué opciones debe tomar en la inmensa variedad de circunstancias de su ajetreada vida (nn. 52, 74, 79, 84, 85); la redacción de las *Constituciones* es otra forma de seguir buscando (nn. 100, 101); la angustiosa temporada de los escrúpulos en Manresa (nn. 20, 22-25) y las frecuentes perplejidades que le ocasionan sus viajes, sus devociones y los estudios son también problemas que ha de resolver el peregrino; en definitiva, no deja de buscar porque se trata de una búsqueda continua de Dios (n. 99). No es, pues, extraño que el magisterio de Ignacio de Loyola se haya identificado a través de los siglos con un magisterio de discernimiento, entendido como una

(3) Const, n. 304.

forma de «*buscar y hallar la voluntad divina*» (4), como él mismo nos dirá al principio de los *Ejercicios Espirituales*.

Las armas de Cristo. El cambio de los vestidos del gentilhomme por el saco y el bordón del peregrino es mucho más que la simple preparación para ir a Tierra Santa: es el símbolo de un *nuevo estilo de vida*. Cuando en Monserrat Iñigo se viste de «las armas de Cristo» (n. 17) inicia un nuevo camino: pedir limosna (nn. 19, 35-36, 38-39, 42, 51, 53, 56-57, 76, 87, 91, 94), ir a pie (nn. 18, 35, 38-42, 44-45, 50-54, 63-64, 71-73, 76, 79, 81, 85, 90-91, 94-96), comer y vestir pobremente (nn. 18-19, 24, 40, 51, 59, 79, 81, 94), incomodidad e inseguridad continuas (nn. 18, 38-39, 41-43, 49, 51, 72, 74, 79, 81, 87-88, 90-91, 94-95), humillaciones (nn. 51, 53, 56, 81). Pero, sobre todo, libertad de espíritu, abandono y plena confianza en Dios. «Toda su cosa era tener a solo Dios por refugio», nos confiesa el *peregrino*. «El dijo —añade— que esta confianza, afición y esperanza la quería tener en sólo Dios» (n. 35; v. también nn. 36, 44). Años después, formulará así para sus compañeros este estilo de vida: «porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir... dejando toda su esperanza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas, la ponga enteramente, con verdadera fe y amor intenso, en su Criador y Señor» (5). Un estilo de vida marcado profundamente por una radical vida teológica.

Quería encontrar a Dios. «Mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión» (2 Cor 5, 6-7). Ignacio «es un peregrino que sube y baja de las alturas de la divinidad y abraza una concepción dinámica de la espiritualidad y del mundo» (6). Ciertamente, Ignacio, en sus años maduros, es el hombre de la «facilidad de hallar a Dios» (n. 99) hasta el punto de que «siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios lo hallaba» (*ibid.*). Hace esta admirable confidencia cuando la tarea de General de una Compañía en continuo crecimiento le mantiene en una tensión permanente de trabajo y solicitudes. Con todo, no abandona la peregrinación: de Dios a las cosas, de las cosas a Dios. Porque Dios «es mayor que la cosa mayor del mundo; sin embargo le podemos hallar en la cosa más pequeña» (7). Hemos llegado al nivel más profundo —¡o más elevado!— de significación de la palabra *peregrino*: Ignacio de Loyola, *peregrino de Dios*.

(4) EE I. V. *Comentario: La peregrinación*.

(5) Const, n. 67.

(6) Ignacio Iparraguirre, en *Obras Completas*, edición manual, p. 349, nota 50.

(7) «Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo divinum est». Esta sentencia forma parte del *elogio sepulcral* incluido en una obra conmemorativa del primer siglo de la fundación de la Compañía de Jesús (Amberes 1640). Sobre esta sentencia, divulgada por Hölderlin en su *Hyperion*, véase Hugo Rahner, *Die Grabschrift des Loyola*, en: *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe*, Freiburg 1964, pp. 422-440. También Gaston Fessard se apoya en esta frase para sus sutiles reflexiones sobre el carácter dialéctico de los *Ejercicios Espirituales*: *La Dialectique des Exercices spirituels de Saint Ignace de Loyola*, I, París 1956, p. 164-177.

UNA PEREGRINACION CON DIOS COMO GUIA

Vislumbrada la vasta riqueza de la palabra *peregrino* en la autobiografía ignaciana, nos queda por ver aún una significación muy importante porque enlaza con el propósito de esta obra. Jerónimo Nadal quería conocer del mismo Padre Ignacio «el modo cómo Dios le había dirigido desde el principio de su conversión» (8). Ignacio, con su relato, nos comunica cómo Dios le fue *formando, dirigiendo*.

El Peregrino nos presenta la trayectoria de maduración cristiana que recorre Iñigo desde su convalecencia en Loyola. En este sentido, la historia de Ignacio es una verdadera peregrinación y él mismo un *peregrino*.

El progreso de la conversión y maduración de la vida cristiana va realizándose en diferentes zonas de la existencia de Iñigo, a modo de tránsito o paso desde un nivel todavía pobre o rudimentario a uno más rico o perfecto. No se trata de un itinerario simple, sino *múltiple*. Un camino variado y complejo desde los primeros tanteos de Loyola hasta las cumbres de Roma «siempre creciendo en devoción». El progreso de Iñigo es como un estallido de numerosos rayos luminosos que surgen de la chispa que brotó en las horas muertas de Loyola. Veamos detenidamente, fijándonos en su espesa trama, esta peregrinación que recorrió Iñigo con Dios mismo como guía:

1. De las hazañas de caballero al servicio de Cristo
2. De lo exterior a lo interior
3. Del amor ciego al amor con discernimiento
4. Del alejamiento al retorno
5. De discípulo a maestro

1. Un caballero al servicio de Cristo

En Ignacio tenemos «un caso típico de la transformación de un ser; en esto consiste la santidad cristiana» (9). Una fácil comparación que apunta, sin embargo, a algo muy profundo, nos iluminará esta afirmación.

La caída de Ignacio en la fortaleza de Pamplona ha sido relacionada con la de Saulo en el camino de Damasco. El abatimiento de Iñigo y el de Saulo marcan un giro total de sus vidas. Saulo, el fariseo ferviente y el perseguidor tenaz de los cristianos se convierte en ferviente confesor de Cristo y tenaz luchador de la fe. También Iñigo, una vez purificado de su vida de pecado, pasa de la condición de caballero valeroso a la de cristiano intrépido en el servicio de Cristo. También es convertido por Dios como Saulo en «instrumento de elección». Dos naturalezas nobles y generosas puestas al servicio de Cristo y de la buena nueva del Reino.

La transformación de Iñigo se desarrolla «a partir de un temperamento orientado enteramente hacia la gloria y grandeza humana; un cambio espiritual

realizado evidentemente bajo la acción del Espíritu, cuyo efecto es someter todas las capacidades naturales del ser y actuar al designio de Dios» (10). Efectivamente, fijémonos en el inicio del relato. Iñigo se nos presenta con toda la fuerza de un hombre valiente, ambicioso y con tal valor ante el peligro que arrastra a los que le rodean (n. 1). Una vez caído, sigue dando muestras aterradoras de resistencia al dolor e incluso de voluntad de someterse a una nueva y dolorosísima intervención quirúrgica sólo para que su cuerpo no quede afeado (nn. 2, 4). En la inmovilidad de la convalecencia su imaginación vuela a las grandes hazañas: sueños de hechos heroicos, discursos galantes, encantamiento ante una mujer de condición más elevada que la de condesa o duquesa (n. 6). Siempre con el trasfondo de aquellas novelas que habían alimentado sus apasionados deseos, los libros de caballería (nn. 5, 17). Y este hombre, con pie firme en sus cualidades humanas (carácter, ideales, sueños) se dirige hacia otros horizontes: hacer cosas grandes, sí, pero las que hacían los santos; ser caballero, sí, pero de nuestra Señora (nn. 13-18). Y sobre todo ir a Dios por el camino de Cristo. Porque se va entusiasmando con la lectura de su vida (n. 6), el afecto hacia El empieza a manifestarse en formas de sincera e ingenua delicadeza (n. 11) y el soñador de las grandes hazañas caballerescas piensa ahora en «servir a nuestro Señor» (n. 11). Cristo ya estará para siempre presente y cada día de modo más profundo en la vida de Iñigo: en los inicios de Loyola, cuando Jesús se le aparece en brazos de María; en la experiencia única que marca un giro definitivo en la vida apostólica de Ignacio cuando en el camino de Roma «Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo»; finalmente, en las habituales y extraordinarias experiencias de los últimos años de su vida. Se trata sólo de tres hitos de esta constante presencia Jesús, el Cristo, en la peregrinación de Iñigo (nn. 9-11, 29, 41, 44-48, 52, 59, 75, 85, 95-96, 99-100).

El nuevo horizonte de la vida de Ignacio va atrayéndole con fuerza siempre creciente y orienta toda su realidad humana a dicho horizonte. Su valor (nn. 15, 41, 43, 47, 51, 76, 79, 90, 95), su capacidad de afrontar las dificultades (nn. 19, 23-24, 32, 36, 55, 82, 83), su tenacidad inmovible (nn. 1, 12, 27, 29, 35, 42, 46, 60, 63, 66-67, 70, 72, 87-88, 90), su libertad de espíritu ante todo, especialmente ante las autoridades (nn. 46, 59, 65-66, 68, 70, 81, 86, 98), e incluso su impresionante y fina sensibilidad (nn. 11, 38), y ternura (nn. 18, 28, 100-101). Dios, que nunca deshace lo que El mismo ha creado y ama, va apoderándose de Iñigo y de toda su carga de humanidad, para elevarlo hacia nuevas cumbres. Y así, mientras asciende más arriba, se hace más de Dios, más él mismo. «Se despoja progresivamente de su *voluntad propia* y poco a poco llega a ser él mismo» (11). Bien instruido por Dios, Ignacio nos comunicará la lección aprendida. Los *Ejercicios Espirituales* empiezan prácticamente con la *oración preparatoria* (12), la súplica al Señor para que el ejercitante —*todo él*: con sus proyectos y actividades interiores y exteriores— se oriente plenamente «al servicio y alabanza de su divina majestad». Los *Ejercicios* terminan con el

(8) *Prólogo de Nadal*, nn. 2 y 3.

(9) A. Ravier, *Les Chroniques Saint Ignace de Loyola*, Paris 1973, p. 307.

(10) *Ibid.*

(11) L. Beirnaert, *L'expérience fondamentale* (obra citada en p. 19, nota 29), p. 292.

(12) EE 46.

ofrecimiento *total* del ejercitante: «Tomad, Señor, y recibid... libertad... memoria... entendimiento... todo mi haber y poseer...» (13). El hombre entero con toda su riqueza personal, debe ponerse al servicio del Reino de Dios. Toda la pedagogía de Ignacio ayudará a rechazar los angelismos evasivos: no podemos servir a Dios si volvemos las espaldas a las cosas de nuestro mundo (14). Se trata de una genuina tradición cristiana, experimentada por Iñigo en carne propia y posteriormente transmitida a los demás. Esta tradición cristiana siempre ha enseñado que la acción de Dios en el mundo y, por lo tanto, en el hombre no destruye nada, sino que todo lo lleva a su perfección y plenitud. Esta experiencia y magisterio ignacianos marcarán a muchos de sus seguidores. En Teilhard de Chardin tenemos un caso ejemplar y notable de esta espiritualidad. Lo que nos dice al principio de *El Medio divino* expresa no sólo una de las constantes preocupaciones del jesuita francés, sino también la experiencia y la doctrina de Iñigo que acabamos de exponer en las líneas que preceden: «El Cristianismo más tradicional (...) es susceptible de una traducción en la que tiene cabida lo mejor de las aspiraciones propias de nuestro tiempo» (15).

2. Tanteando el propio camino

«Toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores» (n. 14), nos dice el peregrino, hablando de los primeros tiempos después de su conversión. Todo su deseo era ya «agradar y aplacer a Dios» y «servirle en todo lo que conociese» (n. 14), pero era como un niño demasiado centrado en las cosas exteriores y dirigido desde fuera. Porque esta voluntad de servir y complacer al Señor consistía sobre todo en:

—prácticas externas de devoción, como la vigilia de armas (nn. 13, 17-18), la peregrinación a Tierra Santa (nn. 9, 37-53), procesiones (n. 28), la veneración de imágenes (n. 31);

—ayunos, abstinencias y otras penitencias (nn. 14, 19, 24-25, 27);

—maltratar el cuerpo, dejando crecer los cabellos y las uñas (n. 19);

—dar gran importancia a mil pequeños detalles, casi ingenuos, como anotar las palabras de Jesús y de María con diversas tintas (n. 11), reproducir ante la Madre de Dios el ritual de Amadís y de los caballeros (n. 17), consolarse con su libro de notas (n. 18), reparar la excesiva preocupación que había tenido por sus cabellos y uñas con una incuria también extremada (n. 19), estar dispuesto a ir detrás de un perrito para conseguir la luz y paz que había perdido (n. 23), desear que le digan a gritos que es un pecador para superar la vanidad (n.32), subir

(13) *Ibid.*, n. 234.

(14) Pedro de Ribadeneira nos refiere así el pensamiento de Ignacio: «Decía que el que no sea bueno para el mundo tampoco lo era para la Compañía, y el que tenía talento para vivir y valerse en el siglo, ese era bueno para nuestra religión» (FN,IV,879). El secretario Polanco, por comisión del mismo Ignacio, escribe con estilo más lacónico y gráfico, refiriéndose a «la mente de nuestro Padre»: «desea sujetos que sean para algo» (Epp,III,500).

(15) *El Medio Divino*, Madrid 1967, p. 26.

repetidamente al monte Olivete para venerar con minuciosidad las pisadas de Jesús (n. 47), tratar a todo el mundo de «vos» como creía que lo había hecho Jesús (nn. 52, 63), ilusionarse en reproducir de manera materialmente exacta el grupo de Jesús y sus discípulos (n. 75);

—la voluntad de hacer cosas difíciles, como penitencias (n. 7), entrar en una comunidad religiosa muy relajada para padecer mucho (n. 12, 71), cualquier tipo de trabajo duro (n. 23);

—la práctica sacramental que, a pesar de vivirla con una fidelidad generosa y llena de fervor, se revelaba quizá demasiado vinculada a la *frecuencia* de la participación en los sacramentos (nn. 21, 25).

Estas «cosas grandes exteriores» estaban enraizadas en una dependencia casi total de los modelos que le venían de fuera y no en luz interior. No sólo vivía demasiado esclavizado por la búsqueda de personas espirituales que finalmente le decepcionaron (nn. 22, 23, 37), sino que incluso le ligaban los ejemplos de los santos porque no los consideraba como una ayuda para ir a Jesús encontrando su propio camino, sino que los miraba como un modelo que quería reproducir de un modo demasiado material y estereotipado (nn. 7, 9, 14, 24).

En dos momentos, el mismo *peregrino* nos explica en qué consistía propiamente esta exterioridad de su vida:

—«Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, *no mirando más circunstancias* que prometerse así con la gracia de Dios hacerlo como ellos lo habían hecho» (n. 9);

—«Toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores, porque así les habían hecho los santos para gloria de Dios, *sin mirar otra ninguna más particular circunstancia*» (n. 14).

Iñigo vivía, pues, centrado en las cosas exteriores en la medida en que estaba seducido por la realización de determinadas obras buenas y generosas en lugar de guiarse por lo que las situaciones concretas —las *circunstancias* tanto personales como sociales o históricas— podían exigirle. Se encontraba, pues, fijado en los *actos*, en las *cosas*, y esclavizado por los modelos. Por esto nos dice él mismo que «no miraba a cosa ninguna interior» (n. 14) y que «no tenía ningún conocimiento de *cosas interiores espirituales*» (n. 20).

Es obvio que lo que hemos señalado hasta ahora revela ya unas manifestaciones sinceras de fidelidad a Cristo. Es más, no sólo hay signos de gran generosidad, sino de afinada sensibilidad cristiana que va perfeccionándose poco a poco. Sin embargo, todo el comportamiento demasiado exterior del peregrino refleja una situación todavía incipiente y de una cierta superficialidad. Una etapa poco madura, pero quizá también inevitable. Porque este Iñigo tan dependiente de las cosas exteriores y de la imitación casi literal de los gestos de Jesús y de los santos, tan dependiente de los detalles más fútiles y tan dado a los extremismos, recuerda las primeras e inevitables manifestaciones de un enamorado. Etapa que hay que superar, sí, pero etapa que hay que haber vivido.

Y Dios, buen «maestro de escuela» (n. 27) conduce a Iñigo hacia adelante. Las cosas exteriores, aunque sigan teniendo importancia en la vida de Iñigo, se sitúan en el conjunto de las circunstancias. Las penitencias en el dormir y en el comer serán moderadas por las exigencias de la salud y del estudio (nn. 26-27,

56, 82), el maltrato del cuerpo cederá en beneficio de las conveniencias que supone el trato con los otros (n. 29), también la necesidad de conservar la salud le hace aceptar el consejo de un viaje para tomar los aires de la tierra (n. 85), el deseo a ultranza de humillaciones se moderará para conservar la buena reputación de los compañeros y la que requiere el apostolado (nn. 86, 98). Ahora el seguimiento de Cristo y la imitación de los santos adquirirán una creatividad dinámica. La referencia a los ejemplos de los santos será una inspiración y no un aprender la lección de memoria. La fidelidad a Jesús consistirá en vivir la realidad del mundo de su siglo con los «mismos sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5). Y aquel peregrino que anhelaba volver a Tierra Santa acaba viviendo en el amplio mundo del siglo XVI con un original grupo de *apóstoles*, el Papa y sus compañeros.

En conjunto, pues, va desarrollándose un proceso de personalización y de libertad en la manera de vivir el cristianismo. Iñigo ya no vive aquella «ansia de buscar personas espirituales» (n. 37), porque ha llegado a un punto tal de maduración en la fe que su fuerza radica en el magisterio interior de Dios y la experiencia personal: «Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto» (n. 29). Y aquel peregrino que «no tenía ningún conocimiento de cosas interiores espirituales» (n. 20) se encuentra ahora «con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas» (n. 30).

De ahora en adelante lo que guiará al peregrino no serán tanto las «cosas dificultosas y graves» (n. 7) cuanto el «qué haría» teniendo en cuenta las circunstancias (n. 50). Y, revestido de una gran profundidad de penetración en las cosas interiores, se convierte en el hombre de la independencia y de la libertad. Todo este tránsito de lo *exterior* a lo *interior* hace de Ignacio un maestro eximio del *hombre interior* (Ef 3, 16; Rom 7, 22). No es que la realidad exterior del hombre no tenga gran importancia en la vida cristiana. Negar esta importancia sería negar el mensaje de la encarnación del Verbo. Pero el *hombre interior* pone el peso de la vida cristiana en la persona y en la libertad: en una palabra, en el corazón, en su sentido más rico y profundo. Los *Ejercicios Espirituales* son la pedagogía ignaciana de la personalización de la fe y de la libertad cristiana. Su objetivo es posibilitar una experiencia de Dios completamente personal y por ello el guía de la experiencia tiene que estar continuamente atento para no interferir o dificultar este proceso personal (16). Ahora bien, por una parte el ejercitante deberá tener muy en cuenta en todo el conjunto de los *Ejercicios* —oración, penitencia y otras actividades—, tanto la totalidad del propio cuerpo, de su psiquismo y entorno ambiental, como la situación del mundo y la sociedad donde se desarrolla su vida; por otra parte, el núcleo de la experiencia y la fuerza que libera nacerá del *interior*: «conocimiento interno del Señor» (17). Conocimiento en el sentido bíblico, es decir, vital, de todo el hombre, pero enraizado en el *corazón*. La atención del ejercitante ha de dirigirse

(16) EE 15.

(17) *Ibid.*, n. 104.

continuamente a las «mociones que en el ánimo de causan» (18) para conocerlas mejor y saber reaccionar de forma evangélica. Porque no sólo es importante la realidad exterior a uno mismo, sino lo que Dios *nos* dice personalmente *mediante* esta realidad.

Una palabra de gran densidad evangélica que los *Ejercicios* usan con predilección resume plenamente la tarea del cristiano: *seguir* (19). Es el término que indica la fidelidad a Cristo en la historia concreta. Una fidelidad *en la libertad* y no determinada por la ley o por lo que hacen los demás. Una fidelidad *creadora*, y no limitada a la simple reproducción de otros hechos y modelos. Una fidelidad *en la historia*, tratando de hacer la historia de hoy como Jesús hizo la de su tiempo. Porque —y eso es lo que aprendió y enseñó Ignacio— seguir a Cristo «es prolongar la vida de Jesús», en lugar de repetir aguadas copias (Karl Rahner).

3. Ojos Nuevos

Formando parte de la ruta que acabamos de exponer —de lo exterior a lo interior— e incluso como alma de aquel proceso de interiorización, aparece otro itinerario: el que va de un amor inflamado, pero ciego, a un amor ya maduro de claridad y discernimiento. Porque el amor no es sólo una cuestión de buena voluntad y generosidad. Puedes entregar el cuerpo a las llamas, puedes repartir todos los bienes a los pobres... y no tener amor. El amor, por lo menos cuando es maduro, no es ciego sino lúcido. La lucidez brota también del amor verdadero. Este es otro aspecto de la peregrinación que recorre Iñigo: de la ceguera a la luz, del amor ciego al amor con discernimiento. Nos hemos referido ya repetidamente al n. 14 de *El Peregrino*. Se trata de uno de los pocos fragmentos en los que Ignacio se extiende en una interpretación de los hechos y de su situación interior. La penetración y densidad de las palabras aparece fácilmente al lector. Ignacio nos hace ver, primeramente, el estado de falta de luz de su alma:

—«Esta ánima que aún estaba *ciega*»

—«*Ni sabiendo* qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia...»

—«...*ni discreción* para reglar ni medir estas virtudes».

Esta falta de luz y de conocimiento es una constatación importante, pues la repetirá más adelante:

—«Sin tener *ningún conocimiento* de cosas interiores espirituales» (n. 20);

—«Aunque *no tenía conocimiento* de cosas interiores espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios» (n. 21).

Todo este estado de oscuridad y de escaso conocimiento de las «cosas espirituales» se manifestó en un curioso episodio que Ignacio nos presenta como muestra de la manera «cómo nuestro Señor se había con esta ánima que aún

(18) *Ibid.*, n. 313.

(19) V. *El Peregrino*, nota 5 al n. 4.

estaba ciega». Se trata del incidente del moro en el camino a Montserrat. *El peregrino* no sabe si ha de retroceder para defender el honor de la Madre de Dios y apuñalar al moro «por lo que había dicho» (nn. 15-16). Finalmente, se decide por una solución que no puede ser más ejemplar del «poco conocimiento de cosas interiores» y a la vez de una admirable confianza en Dios: lo deja todo a las *decisiones* de la mula...

Pero también con la falta de luz y de conocimiento se da un gran amor y una gran generosidad. Precisamente en el ya citado n. 14 encontramos estas afirmaciones:

—«(Tenía) *grandes deseos* de servirle en todo lo que conociese; y así determinaba de hacer *grandes penitencias*, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino *agradar y aplacer a Dios*».

—«Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados y el *deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios*...».

—«Cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los santos, proponía de hacer la misma y *aún más*».

—«Toda su intención era hacer *destas obras grandes exteriores*, porque así las habían hecho los santos *para gloria de Dios*».

La unión de estos dos datos —falta de luz, por una parte, y amor sincero y generoso, por otra— nos muestra que la ceguera de la que habla Ignacio no es ya la del pecado ni la de la cerrazón voluntaria a la luz de Dios. Pero, a partir de la conjunción de estos dos datos, comprendemos que la falta de claridad es una imperfección del amor y, por lo tanto, el amor generoso del peregrino deberá dar un paso adelante. Un paso que es un largo camino de su peregrinación.

Ya en Loyola el peregrino empieza a avanzar hacia la luz. El mismo nos lo explica, y con esta declaración hay que atemperar las interpretaciones demasiado categóricas de la ceguera o de la ignorancia de la que nos hablará más tarde. En Loyola, pues, «una vez se le abrieron un poco los ojos» (n. 8). Era en el tiempo de aquellos pensamientos contradictorios entre las grandezas caballerescas y las grandezas de los santos. Se da cuenta de que el pensamiento de las grandezas de los santos le dejaban, a la larga, un consuelo profundo en el alma mientras que el pensamiento de aquellas otras grandezas empezaban animándole, pero al final le dejaban vacío. Esto quería decir —empieza a pensar él— que unos pensamientos eran cosa de Dios, y otros no. Y nos dice que recibió mucha luz de esta lección (n. 9). Se trata de unos primeros pasos en el aprendizaje del discernimiento, pero la importancia de estos pasos iniciales, como piensa Ignacio en su vejez, es grande (n. 99).

Progresos importantes, pero progresos de novicio. Porque todavía ha de tener lugar la anécdota del moro, tan reveladora de la situación incipiente de Iñigo. Sin embargo, poco a poco, van repitiéndose lecciones como las de Loyola. Veámoslo en tres hechos de la rica cosecha manresana.

En primer lugar, la cruel tortura a la que le someten los escrúpulos acaba llevando a Iñigo a sentir disgusto de la vida cristiana que apenas había iniciado. «Más en la fin destos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla» (n. 25). Este pensamiento sobresaltó al peregrino, que empezó a ver las cosas en su sentido real:

«Y con esto quiso el Señor que *despertó como de un sueño*. Y como ya tenía alguna *experiencia de la diversidad de espíritus* con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó *con grande claridad* de no confesar más ninguna cosa de las pasadas» (n. 25).

El peregrino deja bien claro: 1) que ya tenía una cierta experiencia de discernimiento; 2) que esta experiencia le venía de antes y, por lo que sabemos, podemos afirmar que venía de Loyola; 3) que la claridad obtenida al final de la crisis de escrúpulos fue notable «se determinó *con grande claridad*».

Otro hecho: el choque de las luces y consuelos espirituales con el descanso necesario:

«Cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho» (n. 26).

También en este conflicto interior vemos a Ignacio practicando un discernimiento cuidadoso:

«Y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias» (n. 26).

El resultado del discernimiento es totalmente diáfano:

«Vino a *concluir* consigo que era mejor dejallas y dormir el tiempo destinado» (n. 26).

Como en el caso anterior, el fin es la luz sobre el asunto que le preocupaba. Finalmente, también dejar la abstinencia de carne que practicó durante mucho tiempo con un propósito firme. También ello fue efecto de una claridad muy personal:

«Un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, *no podía dudar en ello*, sino determinarse que debía comer carne» (n. 27).

La capacidad de discernir que ya posee se nota en que, frente a la objeción que le hace el confesor —«que mirase por ventura si era aquello tentación» (n. 27), *el peregrino* examina bien las cosas y se mantiene firme en lo que sentía antes: «examinándolo bien, *nunca pudo dudar dello*» (n. 27). Como en el primer caso, observamos aquí una claridad extraordinaria. Pero, en cambio, ahora se produce la luz de manera más intuitiva que en los casos anteriores. Estos hechos de la vida espiritual de Iñigo en Manresa, a pesar de remitirnos a luz recibida ya en Loyola —nos dice que esta lección le había dado *mucha luz* (n. 9) — manifiestan un notable progreso en la práctica y en la solidez del discernimiento. ¿Podríamos imaginarnos todavía un comportamiento tan rudimentario, como el que tuvo el *peregrino* en aquel encuentro con el moro, que le ocurrió después de haber recibido la lección de Loyola? El progreso es, pues, ciertamente innegable.

Sin embargo, el *peregrino* no ha alcanzado todavía la cumbre de la capacidad del discernimiento. En Manresa recibiría la última lección definitiva. Porque Dios le trataba de «la misma manera que un maestro de escuela a un niño, enseñándole» (n. 27). Y el peregrino nos resume en cinco puntos y con la precisión y orden de un programa escolar las lecciones que le enseñó este maestro. A la orilla del río Cardoner, «se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento... entendiendo y conociendo muchas cosas... con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas... recibió una grande claridad en el entendimiento... y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes» (n. 30) (20). Si nos ceñimos a la sustancia de la gracia recibida en esta iluminación, podemos afirmar que «la experiencia no comportaba nuevos objetos de conocimiento, sino una nueva visión penetrante» (21). «Con otros ojos» (22), había dicho Laínez. Y el *peregrino* llega a afirmar que la claridad del entendimiento fue tan grande «que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola» (n. 30). ¡No puede decirse más! Difícilmente podría presentarse de manera más ponderativa la iluminación que vivió Iñigo en este momento. Lo cual es tanto más significativo si tenemos en cuenta la conocida moderación del santo en el uso de expresiones superlativas. Estos ojos de Iñigo, fijos en las estrellas durante largas horas en las noches de Loyola, porque esto le llenaba de gran consolación y de deseos de servir al Señor (n. 11); unos ojos que, sin embargo, todavía eran ciegos para captar la última profundidad y sentido de las cosas (n. 14) y, por esto, siempre anhelaba más claridad, ahora se abren transformados en la mirada amplia y profunda de Dios. No resulta nada sorprendente que Ignacio, desde la perspectiva de su ancianidad, considere este hito de su peregrinación como el punto decisivo y más elevado de la instrucción divina. Naturalmente, el peregrino continuará caminando, pero ahora —según su comparación— ha recibido ya la última lección escolar. Ya es un cristiano plenamente maduro y adulto. De ahora en adelante, el *peregrino* con *ojos nuevos* irá penetrando con más claridad en los diversos momentos de su agitada vida e irá decidiendo también con firmeza. Y, a medida que el grupo de compañeros va haciéndose más sólido, la claridad discernidora de Iñigo se une a la de la pequeña comunidad que, en discernimiento comunitario, va tomando sucesivas decisiones (nn. 85, 95-96) (23). En esta larga ruta hay, sin embargo, un acontecimiento que, en maravilloso paralelo con la iluminación a la orilla del Cardoner, hace todavía más lúcida la claridad del alma del peregrino:

(20) Sobre la interpretación de este hecho capital y el relato que de él hace Ignacio, v. el n. 30 de *El Peregrino* y las notas correspondientes 19 y 20.

(21) R. Silos, *Cardoner in the Life of Saint Ignatius of Loyola*, AHSI 33 (1964), p. 19.

(22) FN, I, 80.

(23) V. nota 17 al n. 85 de *El Peregrino*.

«Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y *vio tan claramente* que Dios le ponía con Cristo, su Hijo, que *no se atrevería a dudar de esto*, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» (n. 96).

Nueva y extraordinaria comunicación de Dios. Ignacio es confirmado en el camino de Jesús, como compañero suyo —«con Cristo», «con el Hijo»—. Momento de la más elevada unión (24).

Y, con esta comunicación de Dios, se produce un nuevo cambio interior y una *iluminación* todavía más fuerte: «Vio tan claramente... no se atrevería a dudar». Encontramos, pues, hermanadas la unión con Cristo —el amor— y la claridad interior —el discernimiento—. Porque la claridad que ayuda a discernir no es la que proviene de ideas o criterios y normas generales y frías, sino la que nace de la relación con Cristo. El contacto y la unión con El, casi instintivamente, efectúa la valoración cristiana de las situaciones que vive el creyente. Espontáneamente, la notable gracia de la Storta volverá de nuevo al corazón de Ignacio en las horas de más profunda experiencia de Dios. En uno de estos momentos —nos dice Ignacio en el *Diario Espiritual*— «me venía en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo» (25).

Pero Dios va conduciendo al *peregrino* aún más arriba. Al término de la peregrinación, buscando siempre a Dios con un amor lleno de luz, Ignacio es introducido cada día más en la misma fuente de la luz:

«Siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de hallar a Dios, y *ahora más que en toda su vida*. Y siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba» (n. 99).

Palabras como éstas pronunciadas por un hombre siempre tan mesurado en sus ponderaciones y tan cauteloso para evitar toda sombra de vanagloria son profundamente cautivadoras. «Dios es Luz, en El no hay tiniebla alguna» (1 Jn 1,5). Por lo tanto, a medida que Ignacio va creciendo en devoción, en facilidad para encontrar a Dios, en amor divino, disfruta de una luz más resplandeciente y de una confirmación más segura. Con un *criterio* más fiable puede discernir las situaciones siempre nuevas que se le presentan como cabeza de la naciente Compañía.

En estos momentos que acabamos de examinar —en la visión de *La Storta* y en la *habitual facilidad de encontrar a Dios*— aparece a la vez el alto grado de amor al que Dios ha elevado a Ignacio y la lúcida penetración de su espíritu. Pero —y esto es de la mayor importancia— amor y lucidez aparecen compenetrados. El amor de Dios hace cada día más lúcido al *peregrino* y la lucidez se convierte en la maduración de su amor.

Comparemos ahora las tres cumbres hacia las cuales Dios ha conducido al *peregrino*: la ilustración del Cardoner, la visión en la capilla de La Storta y la

(24) Para ponderar esta gracia tan extraordinaria no es preciso identificarla con el *matrimonio espiritual* de los místicos como hace Victoriano Larrañaga. Sea cual fuere la explicación, el aspecto nupcial no aparece nunca en la espiritualidad del místico vasco, como han mostrado claramente De Guibert y Ricard.

(25) *Diario* n. 67.

devoción siempre creciente de los últimos años de Roma. Los tres momentos envían un rayo de luz al corazón de Ignacio y dejan en él su propia huella. *Cardoner* es la «gran claridad del entendimiento» hasta el punto de parecerle «como si tuviese otro intelecto que tenía antes». Por consiguiente, es la lección o ayuda definitiva para el discernimiento. El peregrino se hace *competente* para discernir. En *La Storta* «Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo». El proyecto largamente madurado y ligado con un voto comunitario de ayudar a las *almas* no había llegado aún a su definitiva concreción. ¿Podría el grupo ir a Jerusalén? Y, si iba ¿se quedaría allí definitivamente para hacer apostolado? Ahora, camino de Roma, Ignacio es iluminado, el grupo es confirmado como *compañía* de Jesús, Roma será su Jerusalén, el Papa hará que la figura de Jesús sea visible como cabeza única de la Compañía. *La Storta* representa, pues la concreción histórica del discernimiento. Finalmente, *los últimos años de Roma*, «siempre creciendo en devoción», cuando el peregrino «siempre que quería hallar a Dios, lo hallaba», constituyen el *estado habitual* de claridad interior en la comunión mística con Dios.

Esta evolución que hemos contemplado, desde el amor todavía ciego a la plena claridad del amor, nos lleva a uno de los principios más vitales del cristianismo: el amor maduro implica la capacidad de discernimiento. Por ello Pablo pide para su querida comunidad de Filipos la gracia de un amor lleno de discernimiento: «Que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y sensibilidad para todo, a fin de discernir lo mejor» (Flp 1, 9-10). Quien llega a esta altura se encuentra en la edad madura porque los adultos son los que «tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal» (Heb 5, 14). Ignacio nos transmitió la lección aprendida de su buen maestro de escuela. Los *Ejercicios Espirituales*, que son una especie de arte de amar al estilo de Cristo —«en todo amar y servir a su divina majestad» es la cumbre de los Ejercicios—, constituyen a la vez una pedagogía del discernimiento y de la elección. Efectivamente, la elección se encuentra en el centro de la larga experiencia y el discernimiento es el instrumento para realizarla. Amar y discernir vienen a ser la fuerza interna de los Ejercicios: gracia que hay que pedir continuamente y actividad que hay que ejercer con perfección creciente. Esta pedagogía incluye un mensaje siempre nuevo porque se olvida a menudo: el amor vivido en la historia —concreta y cambiante— pide siempre la luz del discernimiento. El amor nunca es ciego. Entiéndase: un amor humano y cristiano. ¿Qué quiere decir amar hoy y aquí? ¿Cómo se deben traducir en un compromiso concreto y actual las exigencias evangélicas del amor? El amor no puede avanzar solamente con el impulso de la generosidad y necesita la compañía del discernimiento. Es más, cuando el amor es adulto, él mismo es luz y discernimiento. Cristianos y comunidades, por lo tanto, han de estar siempre atentos al compromiso y, al mismo tiempo, «a lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Ap 2, 7). En una densa expresión de dos palabras, formuló Ignacio lapidariamente esta doctrina: «discreta caridad» (27). Con el Espíritu Santo «el

amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones» (Rom 5, 5). Pero este mismo Espíritu es «Espíritu de la verdad» que guía hacia la «verdad plena» (Jn 16,13) y «el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Co 2, 10).

4. Conversión... al mundo

El inicio de la conversión de Iñigo es una experiencia de soledad y de aislamiento. El peregrino se encuentra sólo ante Dios. Sus planes son hacer penitencia de la vida pasada (n. 9), peregrinar solo a Jerusalén (nn. 9, 35), rezar y tomar notas íntimas (nn. 11, 18). Cuando piensa en el futuro, le domina la imagen de la Cartuja —solo, desconocido, comiendo solamente hierbas—. ¿Se trata quizá del síntoma de un cierto narcisismo espiritual, propio de un intenso despertar evangélico, todavía tierno? Su mirada se vuelve más bien hacia su perfección espiritual en vez de dirigirse al servicio de los otros. Todo se le va en ponerse delante cosas difíciles (n. 7), querer competir con los gestos de los santos (nn. 7, 9, 14) y sus extremadas penitencias (n. 12). Una búsqueda exagerada de la perfección personal lleva fácilmente a la búsqueda de sí mismo... Pero Iñigo no llega tan lejos, porque en su aislamiento busca también la necesaria libertad de espíritu para poder fiarse plenamente de Dios (n. 35). Diego Laínez nos informa de una confidencia que había recibido directamente de Ignacio: «Dios le enseñó primero la salvación propia, luego la de los prójimos. Se alejó del mundo, afligió su carne con ayunos, abstinencias y disciplinas, macerándose y huyendo las ocasiones del mal, hasta que sintió el deseo de hacerse cartujo. Pero viendo luego que había sido llamado a ayudar a los demás...» (28). Deberá, pues, recorrer todavía un largo camino y el *peregrino* lo recorrerá con toda ligereza. El *yo* de Iñigo, protagonista de los primeros tiempos de la conversión, va convirtiéndose en un *nosotros*. Ya en Loyola, cuando en el espíritu del convaleciente sólo cabe soñar, pensar y rezar, aparece el primer brote de la vivencia comunitaria de la fe: las conversaciones sobre «cosas de Dios» (n. 11), en las cuales se transforman las inevitables relaciones cotidianas. Posteriormente, en su vida se dará un continuo esfuerzo para encontrar a personas que le puedan ayudar, con las que pueda compartir su experiencia espiritual, o a las que pueda hacer el bien. Y, finalmente, un esfuerzo para encontrar colaboradores del apostolado. La imagen del Señor que se le impondrá como definitiva es la de Jesús formando grupo con sus discípulos. Y aquel *peregrino* que rehusaba tener un *compañero* en la ida a Jerusalén (n. 35) acaba fundando una *compañía* de Jesús (nn. 71, 82, 83, 85-86). Este paso del alejamiento al retorno presenta unas manifestaciones distintivas de la espiritualidad de Ignacio:

- la comunicación
- la ayuda a las almas, o el apostolado
- la conversión al mundo

(26) EE 233.

(27) Const, nn. 209, 237, 269, 582.

(28) FN, II, 137-138.

La comunicación

La comunicación no fue ciertamente, la nota dominante de los comienzos. En Loyola, durante medio año, predominó más bien el silencio y el aislamiento. El primer tiempo de Manresa es el desierto: largas horas de soledad, oración y penitencia. Con todo, la necesaria soledad del cara a cara con Dios, del encuentro consigo mismo y de la firme decisión personal van cediendo el paso a una comunicación que progresa de día en día.

Después de aquellas conversaciones primeras de Loyola (n. 11), del camino a Aránzazu (n. 13) y a Montserrat (n. 15), se inicia en Manresa una nueva comunicación de fe. Una evolución que se realiza en dos etapas. La primera se cierra con la estancia en Barcelona, antes de embarcarse hacia Tierra Santa. La segunda abarca todo el resto de la vida del *peregrino*.

Refiriéndose a Ignacio en la época manresana, y como quien revela una novedad importante de la vida, nos dice:

«En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir delante en el servicio de Dios» (n. 21).

Tenemos aquí una conversación en la que no sólo buscan provecho los demás, sino también el mismo *peregrino*, como él mismo nos confiesa (nn. 34, 37). Hay que decir, sin embargo, que de la misma comunicación de los dones que Dios le había otorgado le venía más fervor espiritual. Es muy elocuente lo que nos cuenta Polanco:

«Y estos deseos de comunicar al prójimo lo que Dios a él le daba, siempre los tuvo, hallando por experiencia que no sólo no se disminuía en él lo que comunicaba a otros, pero aún mucho crecía» (29).

Se trataba, pues, de una comunicación de ambas partes; de un dar y de un recibir. El *peregrino* aportaba el ardor de su palabra y el testimonio de su vida generosa, y, en cambio, recibía la confirmación que procedía del contraste con los demás, y sobre todo, de la expansión de su corazón cada día más lleno del amor de Dios.

Todo el tiempo de Manresa y de la primera estancia en Barcelona representa el inicio de la apertura a los demás a través de la conversación (nn. 21, 25, 29, 32, 34, 37). Sin embargo, ya desde Montserrat, va frecuentando el recurso a los demás —confesor, amigos, personajes de consejo— con una gran transparencia de alma para buscar la luz y apoyo en sus debilidades, dudas y crisis (nn. 17, 22, 23, 25, 27, 36, 54, 55, 71, 82, 84). Pero, como hemos dicho antes, después de las tres semanas pasadas en Barcelona y antes de salir hacia Tierra Santa, se produce un giro. Su costumbre de buscar «todas las personas espirituales... para tratar con ellas» y esto «con gran avidez» (nn. 34, 37) desaparece. Es que «no pudo hallar personas que tanto le ayudasen como él deseaba (nn. 37, 22, 23). Esto fue debido también a otra causa: el deseo creciente de *ayudar a las almas*. Una vez

(29) FN, I, 163-164.

que los peregrinos se hicieron a la mar en el puerto de Barcelona, la voluntad decidida de ayudar al prójimo domina ya plenamente en las conversaciones de Iñigo. Conversaciones provocadas a veces por los que le buscan, a veces por iniciativa del *peregrino*. Todas ellas llenan el relato ignaciano hasta las últimas confidencias al P. Gonçalves da Câmara (nn. 31, 41-43, 60, 65-67, 69, 77, 79, 82, 83, 88, 92, 95, 99). La *Autobiografía* es una conversación continua. Puede decirse que el camino recorrido por Ignacio es «de la conversión a la conversación» (30).

Esta conversación, mantenida de forma ininterrumpida, no cae nunca en la rutina o en el tópico. Las realidades que entran en juego en ella son demasiado importantes: el espíritu del peregrino, la personalidad del interlocutor, el mensaje que trasmite. Iñigo, como nos cuenta él mismo, va creándose un arte propio de la conversación espiritual: escucha, acoge el tema y lo prepara (n. 42); trata al interlocutor sin convencionalismos, pero con respeto (n. 52); tiene algunos puntos de fondo, constantes de todas las conversaciones (n. 65). Arte también de conversación espiritual, pero más elaborado aún, son los *Ejercicios*. Pronto, ciertamente desde los tiempos de Alcalá, el *peregrino* va dándolos con asiduidad (nn. 57, 60, 77, 82, 92, 98).

Hay que destacar dos características en la conversación ignaciana. En primer lugar, a medida que se va rodeando de compañeros y el grupo va haciéndose más estable, aflora, al lado de la conversación individual, la *conversación comunitaria* (nn. 65, 85). En segundo lugar, la comunicación tiene un peso tan fuerte en la experiencia cristiana del peregrino, que vence incluso las inevitables separaciones físicas con la *comunicación epistolar*. Así, en Tierra Santa, vemos cómo el *peregrino* «empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales» (n. 46; véase también nn. 79, 80).

La ayuda a las almas

Hemos visto ya el deseo de hacer el bien al prójimo unido íntimamente con la conversación. Durante buena parte de la vida de Ignacio, el deseo de ayudar a los demás dirige su tan frecuente comunicación. Pero esta ayuda al prójimo no se limita sólo al ámbito de la conversación; lo determina todo. Adentrémonos más en este rasgo fundamental de la espiritualidad de Ignacio y se nos revelará con mayor amplitud el proceso de apertura que estamos examinando. «Ayudar a las almas» y locuciones similares atraviesan el relato ignaciano desde la conversión hasta el final (nn. 11, 26, 29, 45, 50, 54, 63, 70, 71, 79, 80). Pero lo más notable es que ese celo apostólico va profundamente —y no sólo cronológicamente— unido con las gracias interiores más elevadas. El impulso que siente Iñigo hacia la ayuda a los demás es parte sustantiva de su más íntima experiencia espiritual. Jerónimo Nadal lo declara explícitamente:

(30) La expresión es de D. Restrepo en su obra *Diálogo: Comunión en el Espíritu*, Bogotá 1975, p. 25. V. sobre el modo de narrar de Ignacio: *Prólogo del P. Cámara*, n. 3 (V. *Introducción: El Libro*, nota 24).

«A partir de esta [ilustración] pasó a un deseo e inclinación insaciable de ayudar al prójimo, de modo que se esforzaba no sólo en aprovecharse él mismo, sino en hacer bien a los demás» (31).

Y, en otro lugar, dice de Ignacio:

«Después de que se inflamó en él la devoción del alma mediante aquellos ejercicios, se inclinó y afanó intensamente en procurar la salvación de los prójimos» (32).

Aunque ya en Loyola empieza a darse cuenta con fruición de que es capaz de hacer el bien a los demás (n. 11), desde Manresa el testimonio ignaciano va a acompañado por el motivo constante de *ayudar a las almas*. Esta es la ayuda que intenta en las primeras conversaciones manresanas (nn. 26, 29). En Jerusalén no le guía solamente la devoción, sino el deseo de hacer el bien a los demás (n. 45). Para poder ayudar a las almas decide estudiar (nn. 50, 71). Este permanente deseo de apostolado dirigirá para siempre sus pasos: la corrección de su meditada dejadez en el cuidado personal (n. 29), la moderación de las devociones y pensamientos espirituales (nn. 54-55, 82), enseñar la doctrina y predicar (nn. 57, 60, 88, 95), dar ejercicios (nn. 57, 60, 77, 82, 92, 98), sus viajes y cambios de ciudad (nn. 54, 63, 70-71, 79, 95), formar un grupo de compañeros (nn. 71, 82, 85), sus variadas iniciativas (n. 98)... Su incansable pasión de *ayudar a las almas* fue el origen de las incomprensiones, procesos, prisiones y sentencias absolutorias (nn. 58, 62, 65-70, 77-78, 82, 93, 98).

Conversión al mundo

A través de la comunicación y de la ayuda al prójimo, Iñigo va saliendo de su *yo* hacia *los demás*. ¿Sólo hacia los hombres? Se ha hablado de una conversión de Ignacio al mundo. Efectivamente, la evolución que va teniendo Ignacio hacia afuera revela una dimensión cósmica e histórica de su espiritualidad. Porque la experiencia de Dios, que le lleva a ayudar al prójimo, incluye también un retorno a las realidades creadas. Podemos, pues, considerar «la transformación interior de un Ignacio alejado del mundo a un Ignacio abierto al mundo como un *proceso religioso*» (33).

En un primer período, desde el cambio realizado en Loyola hasta la experiencia del Cardoner, va produciéndose en Iñigo un alejamiento de las cosas de la tierra: evita que le encuentren quienes podrían honrarlo (n. 18), se deja crecer con incuria cabellos y uñas (n. 19), se carga de todo tipo de penitencias corporales... Sólo piensa en torturarse, esconderse, ser despreciado y «ejercitar el odio que contra sí tenía concebido» (n. 12). «La conversión introduce en la estructura [interior de Ignacio] un nuevo dinamismo, una nueva orientación, pero al principio parece sofocar su intrínseca sensibilidad por los valores

naturales» (34). A pesar de poner, de entrada, toda su riqueza personal al servicio de Dios, vive este servicio en continua negación de las cosas materiales y naturales. Pero, cerca del Cardoner, «le parecían *todas las cosas nuevas*» y no solamente es introducido en las profundidades de Dios, sino también en las profundidades del mundo. Las cosas de la tierra ya no le parecen fatalmente rechazables: todo puede servir para «ayudar a las almas», todo puede integrarse en la construcción del Reino de Dios, si se sabe descubrir su sentido. Con penetración sintética y brillante, Torras y Bages expresa este doble movimiento del espíritu de Iñigo:

«Estudiemos el decreto del Altísimo: 1º transformando el hombre de mundo en hombre de Dios; 2º siendo el hombre de Dios instrumento para transformar el mundo en reino de Dios» (35).

Por eso, Iñigo, ya en Manresa, «después que empezó a ser *consolado de Dios* y vio el *fructo que hacía en las almas tratándolas*, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos» (n. 29). Notemos cómo estas palabras relacionan el cuidado del aspecto corporal con la experiencia de Dios y el apostolado. Precisamente de la más íntima unión con Dios y de la clara vocación apostólica procede la ignaciana *conversión al mundo*. Muchos de los hechos y comportamientos comentados repetidamente revelan esta evolución: un cuidado, todavía elemental, del aspecto exterior corporal; mayor preocupación por la salud; procurar adquirir los estudios necesarios para poder ayudar mejor a los demás; pedir sentencia en todos los procesos para eliminar los obstáculos que le pueden impedir la necesaria confianza de los demás. Incluso, para garantizar las condiciones materiales que pide el estudio, abandona el hospital (n. 92)... Paulatinamente «Ignacio guiado - purificado - interiorizado por Dios más profundamente iluminado y conducido por la gracia, integra y armoniza todo el ámbito de la realidad —Dios y la realidad creada y natural— en una potente visión dinámica» (36).

Conducido por Dios, Iñigo ha dado un gran paso, ha roto el enclaustramiento inicial de su mundo habitual, ha conseguido de manera extraordinaria la síntesis viva y fundamental de una vida auténticamente cristiana: Dios y los hermanos, Dios y el mundo, Dios y la historia. En *El Peregrino* hemos visto tres manifestaciones patentes de ello: la comunicación, la ayuda a las almas, la *conversión al mundo*. De este aprendizaje en la escuela de Dios salió un maestro consumado.

La *comunicación* constituirá una nota constante en el magisterio ignaciano. Los *Ejercicios* —ya lo hemos dicho antes— son, en su relación *guía-ejercitante* conversación más que predicación. Por esto, antes de entrar en la actividad de este largo retiro, el santo hace una advertencia muy acertada sobre la necesaria confianza recíproca que debe haber entre el ejercitante y el que le orienta (37).

(31) FN, II, 6.

(32) FN, I, 318-319.

(33) Burkhart Schneider, *Der weltliche Heilige*, Geist und Leben 27 (1954) p. 54. V. también: K. Rahner, *La mística ignaciana de la alegría del mundo*, Escritos de Teología, Madrid 1961, III, 313-330 y Mariano Madurga, *¿Conversión al mundo?*, México 1972.

(34) Maurizio Costa, *Aspetti dello stile di elezione de S. Ignazio nell'Autobiografia*, Roma 1974, p. 56.

(35) J. Torras i Bages, *Sermó de Sant Ignasi* (Manresa 1901) en: *Obres Completes, Sermons*, II, Barcelona 1954, vol. 25, p. 36.

(36) Maurizio Costa, *op. cit.*, p. 90.

(37) EE 22.

También la *conversación* es uno de los medios de apostolado privilegiados que Ignacio recomienda con más insistencia en sus cartas y en las *Constituciones* hasta considerar como una gracia muy apreciada «la gracia de hablar» y «la gracia de conversar» (38). Puesto que la comunicación es fundamento y expresión de toda verdadera comunidad, la Compañía de Jesús deberá crecer — según Ignacio — sobre la base de «la mucha comunicación» (39).

La *ayuda a las almas* vertebrará la enseñanza y la obra ignaciana. Las *tres personas divinas*, que deciden salvar a la humanidad (40), *Cristo* que recorre predicando las tierras de Palestina (41) y que *envía* a sus seguidores a *ayudar* a los hombres (42), son el centro de la experiencia espiritual de los *Ejercicios*. Y el aliento de la vida personal de Ignacio se concentra en el objeto propio de la comunidad religiosa por él fundada: «el mayor servicio divino y mayor bien universal y provecho espiritual de las ánimas» (43).

La *conversión al mundo*, que se originó en la vivencia mística a orillas del Cardoner, cuando «le parecían todas las cosas nuevas», es la finalidad de la contemplación para alcanzar amor, cumbre de los *Ejercicios*. Estos, después de treinta días de intenso retiro, conducen al ejercitante a la sociedad, donde deberá seguir a Jesús, colaborando con él en la obra del Reino. Las realidades que atraviesan la vida del ejercitante serán una llamada ininterrumpida a «en todo amar y servir a su divina majestad» (44).

Finalmente, de los *Ejercicios* fluye de manera connatural un estilo cristiano de vida que no busca a Dios sólo en la oración, la liturgia, la vida de iglesia o el apostolado, sino que intenta «hallar a Dios en todas las cosas» (45). Y, puesto que la experiencia mística de Iñigo le llevó a comprometerse en la vida histórica de su tiempo, de modo semejante el carisma apostólico de la Compañía la impulsa a la más intensa participación posible en todos aquellos campos y actividades de la vida humana a los cuales convoca la causa del Reino (46). Es más, en este compromiso en medio de la agitación de la vida del mundo, no hay que limitarse al uso de los medios sobrenaturales, sino que incluso se deben usar los medios naturales pues Dios es «no solamente auctor de la gracia, pero aun de la natura» (47) y debemos glorificarle «con lo que El da como Criador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural» (48).

(38) Const, nn. 157 y 624.

(39) Const, n. 821.

(40) EE 102.

(41) *Ibid.*, n. 91.

(42) *Ibid.*, n. 146.

(43) Const, n. 258.

(44) EE 233.

(45) MN, V, 162. Esta es según Nadal, la formulación preferida por Ignacio, expresión de lo que el mismo Nadal ha consagrado como «in actione contemplativus».

(46) V. L. Beirnaert, *L'expérience fondamentale*, (obra citada en p. 19, nota 29) p. 325.

(47) Epp, II, 481.

(48) Const, n. 814.

¡Tanto amó Dios al mundo! Ignacio lo *sintió* y *saboreó* en lo más profundo de su íntima unión con Dios. Después, en su doctrina espiritual, trazó un camino de seguimiento de Cristo ideal para quienes empeñamos corazón y manos en la transformación de este mundo en Reino de Dios.

5. Guiar a los demás

Hemos acompañado a Iñigo en la gran peregrinación de su vida. Mientras hace camino, con la guía de Dios, él mismo se convertirá en guía de los demás. El deseo constante y creciente de ayudar a las almas iba tomando formas diferentes: un buen consejo, la conversación, la ayuda material, el consuelo en las aflicciones, etc. Pero disponemos de dos manifestaciones privilegiadas de esta evolución de discípulo a maestro: los *Ejercicios Espirituales* y el mismo relato de la *Autobiografía*.

Los *Ejercicios* son al principio la experiencia de formación personal de Iñigo; luego, una forma de ayuda a los demás y acaban convirtiéndose en un libro escrito. Un precioso testimonio viene a ser la casi coronación de *El Peregrino*:

«El me contestó que los Ejercicios no los había escrito todos de una vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podrían también ser útiles a otros, y así las ponía por escrito» (n. 99).

A continuación menciona explícitamente las líneas que proponen los *Ejercicios* para ayudar al examen particular y también las reglas de elección (n. 99). Además, el relato nos ha descrito la discreción de espíritus (nn. 6-9), la crisis de escrúpulos (n. 20), la tentación de inconstancia (n. 25), la tentación con apariencia de bien (n. 31), la experiencia de consolaciones y desolaciones (nn. 21, 26), «la consolación sin causa precedente» (nn. 21, 27), la declaración de la diferencia entre pecado mortal y venial (nn. 68, 70). En fin, si recorremos detalladamente el relato ignaciano no encontraremos una página en la que no haya, por lo menos, un indicio de alguna de las orientaciones del librito de los *Ejercicios*:

— Toda la convalecencia de Loyola, la larga confesión en Monserrat, los primeros tiempos de Manresa representan una profundización del sentido de pecado y de la experiencia de la misericordia de Dios. Esta es la sustancia de la primera semana de los *Ejercicios*.

— La vela de armas de Montserrat — la vigilia de la Anunciación y de la Encarnación del Verbo — juntamente con la ilustración del Cardoner, donde se abren al mundo los ojos de Iñigo y hacen madurar en él el deseo de ayudar a las almas, nos dan el núcleo fundamental de lo que, en los *Ejercicios Espirituales*, constituye el ejercicio del Reino, la contemplación de la Encarnación y la meditación de «dos banderas».

— En aquella familiaridad con las narraciones evangélicas que aparece en Manresa, en la identificación con los sufrimientos y las humillaciones de Cristo,

vemos el núcleo de la experiencia de la tercera semana de los *Ejercicios Espirituales*.

—La conversión al mundo, que tiene su fuente en la extraordinaria iluminación del Cardoner, es una manifestación de la vivencia del Resucitado que, una vez glorificado, «atrae todas las cosas». Aquí tenemos el núcleo de la cuarta semana de los Ejercicios y de la «contemplación para alcanzar amor», con la que se corona la larga tarea del mes de *Ejercicios*.

—La oración intensa y muy abundante —por lo menos siete horas diarias en Manresa—, la continua relación con Cristo y la atención a los más mínimos detalles de su existencia terrena —como se manifiesta en su fervorosa estancia en Tierra Santa—, la súplica insistente, el recurso a la intercesión de María y la mediación de Jesús para ir al Padre nos llevan a la raíz de lo más fundamental y característico del método de los *Ejercicios Espirituales*: la gracia de Dios que hay que pedir con incesante insistencia.

—Y, sobre todo, el relato ignaciano nos muestra con plena claridad que la esencia de los *Ejercicios Espirituales* no consiste en una suma de actos personales (oraciones, meditaciones, exámenes, penitencias, etc.) sino en una *vivencia personal desarrollada a través del tiempo* y que en su gran variedad de situaciones pide siempre la tarea de un esmerado *discernimiento* (49). El discernimiento que es el hilo conductor de la vida de Ignacio, también lo es de la espiritualidad de los *Ejercicios*.

—La obediencia a la autoridad de la Iglesia, generosa y a la vez inteligente y libre (Jerusalén, Alcalá, Salamanca, París y Roma), nos revela algo de lo que muchos años más tarde expresará en sus orientaciones «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener».

—Incluso los malentendidos, las polémicas, los interrogatorios y los procesos que sufrió el peregrino con ocasión de los *Ejercicios* se encuentran a la base de las sabias orientaciones que propone para un diálogo que merezca el nombre de cristiano.

Todo esto se puede adivinar a partir de la profunda relación del itinerario personal de Iñigo narrado en la *Autobiografía* con el proceso espiritual de los *Ejercicios*. Es tan íntima esta relación que bien puede decirse que los *Ejercicios* son «su autobiografía pero reelaborada didácticamente» (50).

Con todo, *El Peregrino* nos muestra algo más, a saber, cómo la experiencia de Iñigo va transformándose en magisterio espiritual. Seguramente, en aquellas primeras conversaciones espirituales de Manresa (nn. 21, 26, 29, 32, 34) y en la práctica de «dar ejercicios espirituales» de Alcalá (n. 57) debía prevalecer la forma más elemental de dar los ejercicios que Ignacio considera como una *acomodación* a la diferente «disposición de las personas... según que tienen

(49) Es lo que hemos visto en todas las páginas precedentes: la peregrinación ignaciana es el camino que Dios ha hecho recorrer a Iñigo hasta llegar a su madurez. En este itinerario, el discernimiento tiene un papel fundamental.

(50) Henri Bremond, *S. Ignace et les Exercices*, La Vie Spirituelle Supplément 20 (1929) p. 1-47; 73-111. La frase citada, p. 9-10.

edad, letras o ingenio» o lo que él llamaba también «ejercicios leves» (51). Parece que daba estos ejercicios a diferentes personas al mismo tiempo, las cuales se reunían para recibirlos. Sin embargo, los *Ejercicios Espirituales*, en su sentido más genuino, constituyen una experiencia espiritual totalmente personal. El ejercitante ha de *hallar, sentir, gustar* «por sí mismo» (52) y ha de poner los medios para que «el mismo Criador y Señor se comuniquen» y pueda «obrar inmediate» (53). Dado, pues, el carácter personal e irrepetible de la práctica de los *Ejercicios*, se ve que quien los *da* —esta es la expresión propia de Ignacio— lo hace necesariamente de manera individual y en forma de conversación orientadora de una actividad totalmente personalizada, y no en forma de exposición teórica ni de exhortación. Esto se manifiesta de manera diáfana a lo largo del relato del *peregrino*, tal vez desde el tiempo de Alcalá, pero ciertamente desde París (nn. 57, 60, 77, 82, 92, 98). Y, cuando Ignacio da ejercicios a más de uno, lo hace dirigiendo a cada uno de una forma independiente, de modo que los ejercitantes incluso viven en lugares diferentes y distantes (nn. 77, 98) (54).

Así, pues, no pueden entenderse los *Ejercicios* si no nos adentramos en el proceso espiritual de la vida de Ignacio, «como Dios le había dirigido». Así lo reconoció Paulo III en la aprobación del librito de los *Ejercicios* el año 1548, mucho antes de que el mismo Ignacio nos contara su experiencia espiritual: «están extraídos —dice el Papa— de las *experiencias* de la vida espiritual» (55).

Naturalmente, como nos dice el mismo Ignacio, él no escribió de una vez el libro de los *Ejercicios* (n. 99) (56). Muy pronto, después de su conversión, le vemos anotando cosas que le pasan o le mueven (nn. 11, 18). Más tarde, se nos presenta ya con un libro que parece tener una cierta unidad y que recoge lo que va aprendiendo con la práctica de ayudar a los demás (nn. 67, 86). Transcurrirán muchos años de estudios, situaciones y experiencias muy variadas, antes que las

(51) EE 18.

(52) *Ibid.*, n. 2.

(53) *Ibid.*, n. 15. En los Ejercicios, dice Ignacio, «más conveniente y mucho mejores, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comuniquen» al ejercitante. Y, por lo tanto, el que da los ejercicios «no debe mover al que los rescibe más a pobreza ni a promesas que a sus contrarios, ni a un estado o modo de vivir que a otro» (*ibid.*).

(54) Ignacio Iparraguirre, *Práctica de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola en vida de su autor (1522-1556)*, Bilbao-Roma 1946, p. 2-7.

(55) Breve «Pastoralis Officii» (Ex Sp, 76).

(56) A la luz de esta afirmación de Ignacio han de interpretarse las declaraciones unánimes de los contemporáneos del santo sobre la composición del librito en Manresa. Lafiez dice que en Manresa «vino, cuanto a la substancia, en estas meditaciones que decimos ejercicios» (FN, I, 82). Y Polanco: «Entre otras cosas que le enseñó Aquel qui docet hominem scientiam en este año [de Manresa], fueron las meditaciones que llamamos Ejercicios Espirituales, y el modo dellas; bien que después el uso y experiencia de muchas cosas le hizo más perfeccionar su primera invención» (FN, I, 163). No es contradictorio, pues, con la afirmación de Ignacio el hecho de que, en Manresa, ya se había llegado a la *substancia* de los *Ejercicios*. Pero, en cambio, las palabras del santo, el estudio del texto, e incluso el modo cómo Dios suele obrar en la historia de la salvación mediante las causas segundas impiden sacar la conclusión de que en Manresa los *Ejercicios* llegasen a un estado *completo* o a una redacción muy *perfecta* de los elementos ya escritos.

adiciones, reformulaciones y retoques dejen el libro en su estado actual. «Acabados los estudios, reunió aquellas primeras notas de los ejercicios: añadió muchas cosas y lo reelaboró todo» (57), nos dice Jerónimo Nadal. Cuando decimos, pues, que el libro de los *Ejercicios* se escribió a partir de la experiencia personal de Ignacio nos referimos a una vivencia muy rica y compleja:

—*su historia personal de fe*, con una larga evolución, variadísimas circunstancias y una riquísima abundancia de dones de Dios;

—*el estudio y la reflexión*: largos años de estudios en universidades y ambientes diferentes, meditación prolongada, duras polémicas que le llevarán a una esmeradísima crítica del libro en el fondo y en la redacción,

—*la experiencia recogida en la práctica de dar los ejercicios* con una regularidad casi ininterrumpida, en lugares y circunstancias muy diferentes y a personas de toda clase (mujeres y hombres, personas sencillas y personas cultas, estudiantes y hombres de autoridad).

Toda esta riqueza va marcando el libro que empezó en la casa paterna de Loyola a finales de 1521 y que todavía recibe retoques en 1547 (58). En esta larga historia radica la inmensa densidad de un libro diminuto que ha transformado tantas vidas y producido tantos cambios en la historia de los últimos cuatro siglos.

Ocupémonos ahora de la *Autobiografía*. Esta confesión del Santo, en forma de relato finamente *dirigido*, es una clara demostración del tránsito que realiza Iñigo de discípulo a maestro.

Recordemos nuevamente, al final de este comentario, las palabras de Jerónimo Nadal al Padre Ignacio y que son fundamentales para la interpretación de esta *Autobiografía*:

«Pensando que aquél era el momento oportuno, le pedí instantáneamente que quisiese exponernos *el modo como Dios le había dirigido* desde el principio de su conversión, a fin de que *aquella relación* pudiese servirnos a nosotros de *testamento y enseñanza paterna*» (59).

El texto nos presenta en exacta correlación la obra de Dios en Ignacio y la obra de Ignacio para sus compañeros y seguidores. Dios «le había dirigido», Ignacio convertirá esta dirección divina en «testamento y enseñanza paterna». En efecto, el relato ignaciano no es simplemente un relato *neutro* de hechos, sino la *transmisión* de un discernimiento de la acción de Dios en su vida para que *también* pueda servir de *guía* a los lectores quienes, de este modo, pueden dejar que Dios lleve a cabo su propia acción en sus vidas (60). Esto queda claro en la

(57) FN, I, 319.

(58) Una buena síntesis actualizada de la génesis de los *Ejercicios* se encuentra en Ex Sp, p. 4-33. Lo mismo, pero más resumido, en *Obras Completas*, edición manual, p. 187-192 y en *Ejercicios Espirituales*, Introducción, texto, notas y vocabulario por Cándido de Dalmases, S.I., Santander 1987, p. 11-16.

(59) *Prólogo de Nadal*, n. 2.

(60) «Sostengo que Ignacio, al escribir la Autobiografía, no se limitó a relatar simplemente hechos pasados como podría hacerlo un historiador positivista, sino que, a la luz de toda su experiencia posterior a los hechos narrados y de toda la vida de la naciente Compañía, los interpreta

selección de textos narrados (61), en el diferente relieve dado a los distintos puntos del relato, en la interpretación explícita o implícita que hace de él. El mismo era plenamente consciente de que, si Dios le había dirigido providencialmente en su larga peregrinación, había actuado así para que él pudiera dirigir a los demás. Laínez nos comunica este pensamiento que él había oído del mismo Ignacio:

«Nuestro Padre [Ignacio] me contaba de sí mismo que, cuando Dios elige a alguien como fundamento de una religión, lo guía de la manera que quiere que él guíe a los demás» (62).

Como si le hubieran sido dirigidas las palabras de Ananías a Saulo:

«El Dios de nuestros padres te ha destinado para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz de sus labios, pues le has de ser testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído» (Hch 22, 14-15).

Dios ha conducido al *peregrino* por un camino muy largo. Empezó guiándolo en las necesarias etapas del cambio personal. Pero, al final, el caminante se ha convertido en guía de los demás. El don de una vida nueva que Dios ha hecho a Ignacio se ha convertido en don de Dios a los demás. ¿Puede darse una meta más elevada para un *peregrino* de Dios? Es más, la luz resplandeciente que irradia el *peregrino* es también un anuncio lleno de esperanza: a todos se nos ha otorgado un don semejante. «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12,7).

IGNACIO, PROFETA PARA NUESTRO TIEMPO

«El no quiso». Son las últimas palabras de *El Peregrino*. Palabras banales, como las que tantas veces repetimos a lo largo de un día, de paso. Como una conversación cortada. Así, con la mayor naturalidad del mundo, el *peregrino* nos ha dejado. Sólo se ha detenido con nosotros el tiempo imprescindible para contarnos su peregrinación, invitarnos a repetirla y nada más. No fuese que su imagen grabada en nuestra retinas nos impidiese ser nosotros mismos. Porque, mientras el convaleciente de Loyola estaba subyugado por los santos y sus gestas, desconocía su propio camino... Ahora, pues, después de escuchar y contemplar al *peregrino*, con nuestros ojos y nuestro corazón inundados por su testimonio, ¿cómo podemos nosotros recorrer nuestro propio camino tan distinto del suyo?

como *palabra* para los hijos de la Compañía; por tanto como signos portadores de verdad útil para la vida misma de la Orden» (Maurizio Costa, *op. cit.*, p. 12, nota 4.).

(61) Esta selección es bastante clara si comparamos el relato con la abundante información cierta que nos proporciona la historiografía ignaciana. Incluso el mismo Ignacio en la *Autobiografía* remite a la información más completa de otros (véase *El Peregrino*, n. 96 y 98).

(62) FN, II, 137.

En efecto, el hombre de hoy, dispuesto a dominar todo el universo, ¡es tan distinto de aquél que apenas empezaba a descubrir el horizonte de nuestro planeta! Europa ya no es el centro del mundo conocido; la cultura occidental, que durante el siglo XVI todavía era casi un monolito, ofrece ahora el aspecto de un mosaico inmenso y polícromo; los desequilibrios sociales y económicos de la humanidad son más escandalosos y manifiestos; a cuatro siglos de distancia de Trento, la iglesia del Vaticano II ha iniciado, aunque tímidamente, un verdadero cambio histórico; las ciudades que conoció Iñigo han vivido el impacto de la industrialización y la secularización; las rutas de Europa, aunque no son caminos de unidad, ya no son escenario de guerras...

¿Cómo prolongar, pues, en la sociedad actual el mensaje que nos comunicó el *peregrino* hace ya más de cuatrocientos años? ¿Cuál es la lección actual de la santidad de Ignacio?

1. Hallar a Dios en el corazón de la vida

Siempre buscando a Dios, peregrino de Dios. Así se nos presenta Ignacio al terminar el relato. Ciertamente, aquí radica el núcleo de su testimonio: Dios es el centro absoluto y el sentido pleno de los hombres. Un mensaje de fe claro e impresionante. Sin embargo, esta enseñanza sola no constituye nada específico con respecto al mensaje que nos han comunicado todos los santos. ¿Qué es lo que sobresa en el testimonio de fe de Ignacio de Loyola?

Ante todo, que *podemos encontrar a Dios en medio de nuestras vidas* y no al margen de ellas. El *peregrino* experimentó a Dios en la gran diversidad de situaciones que vivió: en la quietud y en el movimiento, en el silencio y en la conversación, en la oración y en el estudio, en la soledad y en medio de los hombres, en la paz y en la turbación, en el éxito y en la persecución. No es necesario crear un espacio propio para Dios. El nos sale al encuentro y nosotros podemos encontrarle y experimentar en medio de nuestra vida y en las circunstancias más diversas. Dios-en-medio-de-la-vida es una buena noticia para quienes vivimos atrapados en la espesa red de la sociedad actual, sobre todo la urbana e industrial.

Dios está entre nosotros y, sin embargo, *hay que buscarlo*. Quien cree haberle hallado ya, está muy lejos de El. Desde el momento en que Iñigo tuvo el primer encuentro con el Señor, no cesó nunca de buscarle. Hemos de buscar a Dios porque, a pesar de que se encuentra en todas las encrucijadas de la vida, nuestro corazón no siempre es transparente a su presencia. Hay que descubrir, pues, al Dios-con-nosotros mediante el cambio constante de actitudes y comportamientos. Buscar a Dios es una llamada a la conversión. Es más, hay que buscar al Dios presente porque sobrepasa todas las ideas que nos hacemos de El, los proyectos elaborados para responder a sus interpelaciones e incluso los éxitos del compromiso cristiano. Hay que estar siempre dispuestos a ir más allá del punto conseguido en el seguimiento de Cristo; de lo contrario, todas las cosas se convierten en ídolos encubridores del verdadero rostro de Dios. Hay que trascender *siempre* todas las realidades con las que trabajamos por el Reino de Dios para confiar última y únicamente en El.

Un maravilloso mensaje de esperanza: Dios no está lejos de nosotros, se encuentra en medio de nuestra vida, movida y a menudo desconcertante. Una llamada que nunca enmudece: hay que buscarle cambiando nuestro corazón, no identificando a Dios con ninguno de nuestros actos o ideas, superándolos continuamente.

2. Rescatar la acción

En Ignacio, Dios y el hombre se convirtieron en una experiencia inseparable y única. «Ayudar a las almas» fue la traducción de su deseo de servir al Señor. Y esta mística del servicio transfiguró la acción de un hombre singularmente activo y marcado por el anhelo de *hacer* cosas grandes. De este modo, se deshicieron de golpe dos tensiones: de una parte la tensión entre la fidelidad a Dios y la tarea en favor de los hombres; de otra, la tensión entre el peso interior necesario para una vida verdaderamente humana y la acción exigida para transformar el mundo. Porque en la historia de la espiritualidad cristiana la acción ha sido marcada duramente por la sospecha durante mucho tiempo. Los *peligros* de la acción, la *herejía* de la acción, el *activismo* y otros temas parecidos han llenado muchas páginas de la literatura religiosa. Ciertamente, muchos han salido malparados en la acción: en ella han perdido el norte de sus vidas; se han vaciado de la interioridad que da consistencia al hombre; incluso, creyendo ayudar a los demás, tal vez se han perjudicado a sí mismos. La reacción dejó una serie de consecuencias: mientras más alejados del mundo —es decir, de la sociedad— mejor; la soledad y el silencio son los caminos privilegiados para todo buen cristiano; los laicos, en cambio, que han de *ensuciarse* las manos con las cosas de la tierra son cristianos menos perfectos... No todo ha sido siempre así, claro. Jesús —si nos fiamos del evangelio— fue una gran hombre de acción. Pero la huella de la mencionada reacción, nutrida de lejanas influencias neoplatónicas que todavía sobreviven, es evidente. Sin embargo, el *hacer* no deteriora la acción, sino la falta de amor. San Pablo nos lo recuerda insistentemente. Pueden llevarse a cabo las cosas más espectaculares y *generosas* sin amor. Y todas estas cosas, hechas sin amor, no valen nada. Sin embargo, había que rescatar la acción. En esta línea, Ignacio fue un profeta singular. Consiguió unir en su existencia el amor a Dios y al hombre, alcanzando la transformación de la actividad (viajes, estudios, relaciones humanas, acción apostólica) en servicio al hombre y trabajo por el Reino de Dios. *La mayor gloria de Dios es el mayor bien universal*.

Ciertamente, Ignacio es un profeta de particular significación para nuestro tiempo, para los que vivimos y luchamos en una civilización marcadamente antropocéntrica, agitada por la acción más intensa. El *peregrino* nos recuerda que, con la mirada orientada a los hombres y en medio de una actividad a veces vertiginosa, también podemos seguir a Cristo, y debemos seguirle, situándonos ante los hombres con la actitud que Cristo tuvo ante los hombres de su tiempo: descubrir las grandes posibilidades y las grandes esperanzas ocultas en el centro de la humanidad, escuchar sobre todo el clamor de los pobres y de los oprimidos,

que nos urge a tomar un compromiso decidido y generoso para la liberación de sus esclavitudes, identificar la voz de Dios que resuena en el clamor de nuestra sociedad y, por consiguiente, dirigir toda nuestra energía y acción hacia la liberación. Como hizo Jesús, trabajar para conseguir que el hombre, la humanidad, llegue a una vida verdaderamente plena. Mediante este compromiso podremos vivir nuestra relación con los hombres como un sacramento de la presencia de Dios y nuestra acción como servicio y lucha por el Reino de Dios. Un camino de humanización de nuestra actividad, a menudo mecánica e impersonal, y también de teologización de nuestra actividad, a menudo mecánica e impersonal, y también de teologización de nuestro humanismo, a veces completamente cerrado.

3. Un cristiano de búsqueda

Hemos visto antes cómo puede vivirse el encuentro con Dios en el curso movido y cambiante de los múltiples acontecimientos, en el corazón de la vida. En consecuencia, el cristianismo ha de ir interpretando constantemente *los signos de los tiempos*, la palabra de Dios inscrita —aunque no inequívocamente— en el movimiento de la historia. Un magisterio eminente de esta búsqueda evangélica lo encontramos en la vida y en la palabra del *peregrino*. Desde Loyola hasta su estancia definitiva en Roma, Ignacio recorrió ininterrumpidamente el itinerario de un explorador de los signos de Dios en la historia: ¿qué hay que hacer para servir al Señor? ¿a dónde debemos ir? ¿cómo reunir compañeros para ayudar a las almas? ¿cómo prepararse mejor para este fin? ¿es necesario fundar una nueva orden religiosa? Poco a poco, el *peregrino* va comprendiendo que el cristianismo no es una forma de vida estática o una posesión tranquila, sino más bien un camino, una búsqueda, un seguimiento. Y hoy más que nunca, podemos añadir.

En efecto, por lo que se refiere a nosotros, la aceleración de la historia, el cuarteamiento de la cultura, el pluralismo eclesial, la inculturación exigida por la evangelización, etc., nos urgen a buscar nuevas vías, estructuras diferentes, formulaciones actuales para ser fieles a la llamada de Dios en la sociedad de hoy. Sin embargo, esta creatividad continua sólo puede inspirarse en el Espíritu de Cristo que «conduce a la verdad completa» y sigue «hablando a las iglesias». De aquí se deduce la importancia fundamental de un aprendizaje de la creatividad en la fidelidad, del seguimiento en la historia, de la personalización de la fe en la escucha de la palabra de Cristo. El discernimiento evangélico —la forma fundamental de búsqueda, según la enseñanza neotestamentaria— tiene, pues, una función no sólo básica como siempre, sino un relieve más fuerte en un cristianismo que quiere ser más personal, adulto y pluralista. Cuando el cristiano ha escuchado la palabra de Dios, cuando ha captado el eco de los clamores de los hombres (sobre todo, de los pobres y oprimidos), cuando ha participado en el diálogo comunitario y ha bebido de las fuentes más vivas de la Iglesia, aún no tiene la respuesta personal a la pregunta: ¿qué es preciso hacer? Pero entonces, en lo más profundo de la persona, en el corazón, puede brotar la

palabra definida y clara. Esto es el discernimiento. Este discernimiento, sin embargo, no es solamente una exigencia de los individuos. También la comunidad cristiana, cuyos miembros se han avezado al discernimiento tiene que recorrer este camino de búsqueda evangélica para responder a los interrogantes e interpelaciones de la sociedad en la que se encuentra inserta. Ignacio, paciente e incansable explorador de caminos personales y comunitarios, se convirtió por fin en maestro clásico de discernimiento cristiano.

4. Una espiritualidad integradora

Un primer vistazo al mundo occidental puede producir una impresión positiva. La ciencia, la técnica, el progreso y el bienestar han creado un estado de autosatisfacción y un optimismo vital. No resulta nada difícil descubrir zonas oscuras en este panorama pretendidamente luminoso: la soledad, la falta de sentido en la vida, el dolor moral, la frustración... y el precio pagado por los demás (los pobres, los marginados, los pueblos oprimidos, etc.). Incluso la resplandeciente imagen del mundo occidental se va resquebrajando con las acometidas de la crisis económica y el callejón sin salida en el que se encuentran los intentos realizados para lograr una convivencia nacional e internacional verdaderamente humana. Sin embargo, teniendo en cuenta estos límites, no puede negarse que el dinamismo —¿el tic, quizá?— optimista todavía dura. Se trata de una especie de talante positivo para con el mundo: experimentarlo todo, afirmarlo todo, unirlo todo. Nos encontramos, más bien, ante una actitud que ante un resultado conseguido. Algo así como un optimismo *oficial*. Ciertamente, una postura negativa y de renuncia en relación a nuestro mundo y ante los quehaceres de la tierra no encaja con el espíritu moderno de occidente. La *fuga mundi*, aún admitiendo una significación teológica cristiana, no es del gusto del hombre actual.

De aquí, pues, el interés que tiene una espiritualidad integradora —*mundana*, me atrevería a decir— como la de Ignacio. *Todo, todas las cosas* son palabras clave en su lenguaje bien meditado. El *peregrino*, después de un tiempo de lucha y de purificación hasta llegar a dar muerte a todo lo que sofocaba la acción constructiva y creativa de Dios, obtuvo una mirada tan profunda del mundo y captó tan cuidadosa y positivamente su sentido «que le parecían todas las cosas nuevas». Más tarde, enseñó a buscar y a encontrar a Dios *en todas las cosas*, abriendo un panorama cautivador entre la negatividad del *huir de todo* y la ingenuidad del *todo está permitido*. Una espiritualidad verdaderamente sintética, que abarca todo lo que no se resiste al impulso animador del Espíritu. Esta manera de vivir cristianamente supone, en primer lugar, una contemplación del mundo desde la perspectiva de la fe, integrando en una mirada y en un movimiento único y armónico el conjunto de las realidades de la existencia humana, lo material y lo espiritual, lo humano y lo divino, este mundo y la vida futura. Y exige también relacionarse con el mundo partiendo de unas disposiciones nuevas y con un corazón nuevo: promoviendo todo lo que lleva a la vida y transformando todo lo que necesita ser renovado. Una espiritualidad que

derriba los muros que aislan y dividen para integrarlo todo en una visión y un dinamismo histórico que conduce a aquella consumación hacia la cual orienta el Espíritu, «cielos nuevos y tierra nueva». Mensaje alentador y fuente de esperanza en una época en la que, en el esfuerzo para transformar la sociedad, las iniciativas más altas y los espíritus más generosos parecen irremediabilmente condenados a la oscuridad de una humanidad malherida por las lacras más dolorosas y las injusticias más crueles.

5. El corazón ardiente

Como «un espíritu generoso e inflamado de Dios» se nos presenta Iñigo al principio de su relato. Todavía es un novicio que sueña, llevado de una generosidad de niño. Le queda un largo camino de maduración. Transcurren los años e Iñigo aprende el discernimiento evangélico, reconoce su propio camino en la llamada a *ayudar a las almas*, se lanza a formar un grupo de compañeros de Jesús y, finalmente, los largos tanteos, después de superar innumerables obstáculos, se concretan en la fundación de la Compañía de Jesús. Ignacio detenta ya la responsabilidad más alta del grupo y con mirada amplia y profunda dirige el grupo cada día más numeroso de compañeros. El soñador de Loyola, el peregrino por tierras del mundo, se encuentra ahora totalmente ligado a su despacho de *general*, fecundo en planes y hundido en un mar de papeles. Sin embargo, no se ha apagado el fuego encendido en su corazón, las lágrimas fluyen continuamente de sus ojos, la devoción no se aleja nunca de su espíritu. Un corazón más inflamado que cuando en Loyola se dejaba arrastrar por sus santos, pero tiernos sueños. La vida cristiana es más que una teoría, una moral o un compromiso y mucho más que una organización: es una pasión ardiente. Lección que Ignacio aprendía poco a poco y que expresó en los *Ejercicios Espirituales*, verdadera escuela de amor. Dejarse «abrazar por el amor de Dios» y aprender a convertir toda la vida en «amor y servicio» constituye la síntesis de los *Ejercicios Espirituales*. Y las últimas palabras de este librito que Ignacio legó a los demás como participación en el don que él mismo había recibido son: «amor divino».

Tal vez en nuestra sociedad tan intercomunicada, pero anónima y fría, los cristianos podríamos colaborar con el calor de un amor que también en la Iglesia se apaga bajo las cenizas de un pensamiento gris, de una fría planificación o, incluso, de un compromiso angustiado. Porque sin el ardor de una pasión cristiana podríamos caer resecaos por el pensamiento o reventados por la acción. Nos hace falta un espíritu ilusionado y un corazón ardiente. Las exigencias rigurosas de la vida cristiana y las pesadas consecuencias de una acción dura y de una lucha firme en nuestra sociedad injusta pueden embotar finalmente la sensibilidad de los cristianos y amortiguar la fogosidad del amor. Sin embargo, quien consiga vivir de manera personal la presencia seductora de Cristo, mientras siente como una bienaventuranza el seguimiento en el combate por el Reino de Dios y la identificación con El, experimentará la vida cristiana como una relación amorosa, cálida y entusiasmadora. «Aquel peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo», se recordaba aún en Montserrat muchos años

después del paso de Iñigo por la santa montaña. Porque sólo la relación personal con Cristo —«más amarlo y seguirlo», en lenguaje ignaciano— comunicará a nuestras vidas un sentido lleno de vivacidad y un ardor que nos convertirá en luz y estímulo para los demás.

En el camino de la historia actual, que tratamos de construir siguiendo a Cristo, la presencia del Señor no tiene un signo más convincente que la experiencia renovada de los discípulos de Emaús: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón?».

APENDICES

PROLOGO DEL P. NADAL (1)

[1] Habíamos oído yo mismo y otros padres a nuestro Padre Ignacio que había pedido a Dios alcanzar tres beneficios antes de partir de esta vida. Primero, la confirmación del Instituto de la Compañía por la Sede Apostólica. Segundo, también la confirmación de los *Ejercicios Espirituales*. Tercero, escribir las *Constituciones* (2).

[2] ¹ Al recordar esto y ver que lo había alcanzado todo, temía yo que fuese arrebatado a mejor vida. ² Y como sabía que había sido costumbre de los santos Padres fundadores de alguna institución monástica dar a sus hijos a modo de testamento, aquellos consejos que confiaban podrían ayudarles en la perfección de la virtud; ³ buscaba el tiempo oportuno para pedir lo mismo al Padre Ignacio. ⁴ En 1551 (3), ocurrió que estando los dos juntos, el Padre Ignacio dijo: «Ahora mismo estaba más alto que el cielo». Según me parece, había tenido algún éxtasis o algún rapto, como le ocurría con frecuencia. ⁵ Con sumo respeto le pregunto: «¿A qué se refiere Padre?». Pero él desvió la conversación a otros asuntos. ⁶ Creyendo que aquél era el tiempo oportuno, pido y suplico al Padre que tenga a bien explicarnos cómo el Señor le había dirigido desde el comienzo de su conversión, de modo que aquella explicación pudiese servirnos de testamento y enseñanza paterna. ⁷ Porque, —le digo— al haber conseguido, Padre, aquellas tres cosas que deseábais ver antes de la muerte, tememos que seais llevado el cielo.

[3] ¹ El Padre se excusaba con sus ocupaciones, que no le permitían dedicar a este asunto, ni atención ni tiempo. ² Con todo, dijo: «Celebrad tres misas por

(1) Jerónimo Nadal (de quien se ha hablado repetidamente en esta obra), nació en Palma de Mallorca en 1507, entró en la Compañía de Jesús en Roma el año 1545. Pronto se ganó la confianza de San Ignacio, quien le escogió como íntimo colaborador en la tarea de declarar las *Constituciones* y del gobierno de la Compañía en España, Alemania e Italia. Falleció en Roma en 1580. Escribió este prólogo en latín entre 1561 y 1567.

(2) La Compañía fue confirmada por Paulo III el 27 de septiembre de 1540; los *Ejercicios Espirituales* fueron aprobados por el mismo Papa el 31 de julio de 1548. La redacción de las *Constituciones* ocupó a Ignacio entre los años 1547 y 1550; aunque durante los años siguientes, e incluso después de la muerte de Ignacio, se fueron introduciendo algunas modificaciones en el texto ya plenamente elaborado.

(3) Parece que debe decir 1552, porque Nadal durante todo el año 1551 estuvo fuera de Roma.

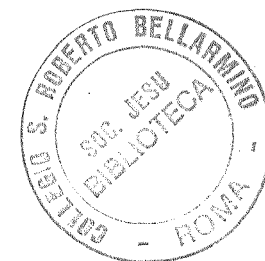
esta intención, Polanco, Poncio (4) y vos; después de la oración decidme³ cuál es vuestro parecer». Padre, pensaremos lo mismo que ahora —le digo—. Con gran suavidad añadió: «Haced lo que os digo». ⁴ Celebramos las misas; le manifestamos el mismo parecer y prometió hacer lo que le pedíamos. Al año siguiente, al regresar de nuevo de Sicilia para ser enviado a España, pregunté al Padre si había hecho algo. ⁵ «Nada, dijo». Al regresar de España el año 1554, le vuelvo a preguntar. No había empezado (5). Entonces, movido no sé por qué espíritu, con firmeza le dije al Padre: ⁶ «Hace ya cuatro años que os pido, no sólo en nombre propio, sino de otros Padres, que nos expongáis, Padre, cómo el Señor os formó desde el inicio de vuestra conversión. Confiamos que esto ha de ser útil principalmente para nosotros y la Compañía. ⁷ Pero como veo que no lo hacéis, me atrevo a aseguraros esto: si hacéis lo que deseamos con tanto interés, nos aprovecharemos mucho de este beneficio; pero si no lo hacéis, nuestro ánimo no decaerá, sino que confiaremos en el Señor, como si lo hubiéseis escrito todo».

[4] ¹ El Padre no respondió nada, pero (creo que el mismo día) llamó al Padre Luis González y empezó a narrarle las cosas que el Padre, con su excelente memoria, anotaba a continuación. Son los *Hechos del Padre Ignacio*, que corren de mano en mano. ² El Padre Luis fue elector en la primera Congregación General y en la misma fue elegido Asistente del Prepósito General Padre Laínez. Más tarde formó en letras y en virtudes cristianas al rey de Portugal Sebastián. Padre de gran espíritu religioso y virtud. El Padre González escribió parte en español, parte en italiano, según los amanuenses que estaban a su disposición. ³ Hizo la traducción latina el Padre Anibal du Coudray (6), Padre muy docto y piadoso. Todavía viven los dos, el autor y el traductor.

(4) El P. Poncio Gogordan era un jesuita francés que, desde 1550, estaba al servicio de las necesidades materiales de la Casa de Roma, como *procurador* o ayudante del *procurador*.

(5) Aquí se equivoca Nadal, porque, según el P. Câmara, Ignacio empezó el relato en 1553. (V. *Prólogo del P. Luis Gonçalves da Câmara*, nn. 2 y 3).

(6) Nació en 1525 en Sallanches (Alta Saboya), entró en la Compañía en 1546 y murió en Avignon en 1599. Realizó la traducción latina de la *Autobiografía*, probablemente entre 1559-1561, durante su estancia en el Colegio Romano.



PROLOGO DEL P. LUIS GONÇALVES DA CÂMARA (1)

[1] ¹ El año de 53, un viernes a la mañana, 4 de agosto, víspera de Nuestra Señora de las Nieves, estando el Padre en el huerto, junto a la casa o aposento que se dice del Duque (2), yo le empecé a dar cuenta de algunas particularidades de mi alma, y entre las otras le dije de la vanagloria. ² El Padre me dio por remedio que muchas veces refiriese a Dios todas mis cosas, trabajando de ofrecerle todo lo bueno que en mi hallase; reconociéndolo por suyo y dándole gracias dello; ³ y en esto me habló de manera que me consoló mucho, de manera que no pude detener las lágrimas. ⁴ Y me contó el Padre cómo dos años había sido trabajado deste vicio, en tanto que, cuando se embarcaba en Barcelona para Jerusalén, no osaba decir a nadie que iba a Jerusalén, ⁵ y así en otras particulares semejantes; y añadió más, cuánta paz acerca desto había sentido después en su alma. ⁶ De ahí a una hora o dos nos fuimos a comer, y estando comiendo con él Maestro Polanco (3) y yo, nuestro Padre dijo que muchas veces le habían pedido una cosa Maestro Nadal y otros de la Compañía y que nunca había determinado en ello; ⁷ y que, después de haber hablado conmigo, habiéndose recogido en su cámara, había tenido tanta devoción e inclinación a hacello; ⁸ y —hablando de manera que mostraba haberle dado Dios grande claridad en deber hacello— que se había del todo determinado; ⁹ y la cosa era declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado; y que tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese estas cosas.

(1) La redacción de este prólogo se realizó en dos etapas, probablemente entre octubre de 1555 y septiembre de 1556 (v. FN, I, 329-330). Para completar el breve retrato del P. Luis Gonçalves da Câmara que el P. Nadal hace en su *Prólogo* (n. 4), basten algunos datos de su vida: nace hacia 1519 en Portugal (o quizá en la isla de Madeira); desde 1535 estudia algunos años en la Universidad de París; entra en la Compañía en Lisboa el 27 de abril de 1545. Reside en Roma, desde el 23 de mayo de 1553 hasta el 23 de octubre de 1555. Durante este tiempo está en contacto muy directo y frecuente con San Ignacio, lo cual le permite anotar muchas cosas que observa en el santo o escucha de sus labios. Sus notas constituyen la base del *Memorial*. Una edición y traducción de esta obra (escrita en castellano y portugués) aparecerá próximamente en esta misma colección a cargo de Benigno Hernández Montes, S.I.

(2) Se refiere a una parte de la casa que, al parecer, se llamaba del Duque por haber vivido en ella San Francisco de Borja, Duque de Gandía, cuando estuvo en Roma en 1550-1551.

(3) Juan Alfonso de Polanco, burgalés, entró en la Compañía en 1541 y, en 1547 fue nombrado secretario de la orden. Desempeñó este cargo durante tres generalatos. Murió en Roma en 1576.

[2] ¹El Padre estaba entonces muy malo, y nunca acostumbrado a prometerse un día de vida; antes cuando alguno dice: «Yo haré esto de aquí a quince días, o de aquí a ocho días», el Padre siempre, como espantado, dice: «¡Cómo!, ¿y tanto pensáis vivir?» ² Y, todavía, aquella vez dijo que esperaba vivir tres o cuatro meses para acabar esta cosa. ³ El otro día yo le hablé preguntando cuándo quería comenzásemos; y el me respondió que se lo acordase cada día (no me acuerdo cuántos días) hasta que tuviese disposición para ello; ⁴ y así, no la teniendo presente por ocupaciones, vino después en que se le acordase cada domingo; ⁵ y así, en el setiembre (4) (no me acuerdo cuántos días) el Padre me llamó, y me empezó a decir toda su vida y las travesuras de mancebo clara y distintamente con todas sus circunstancias; ⁶ y después me llamó en el mismo mes tres o cuatro veces, y llegó con la historia hasta estar en Manresa algunos días, como se ve escrito de letra diferente.

[3] ¹ El modo que el Padre tiene de narrar es el que suele en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado; ² y con esto no era menester demandarle nada, porque todo lo que importaba para hacer al hombre capaz, el Padre se acordaba de decillo. ³ Yo venía luego inmediatamente a escribillo, sin que dijese al Padre nada, primero en puntos de mi mano, y después más largo, como está escrito. ⁴ He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre; y en cuanto a las cosas que temo haber faltado, es que, por no desviarme de las palabras del Padre, no he podido explicar bien la fuerza de algunas dellas. ⁵ Y así esto escribí, como arriba es dicho, hasta en setiembre de 53; y desde entonces hasta que vino el P. Nadal, a 18 de octubre de 54, el Padre se fue siempre excusando con algunas enfermedades y con negocios diferentes que ocurrieran, diciéndome: «Como se acabare tal negocio, acordádmelo». ⁶ Y, acabado aquél, se lo acordaba, y él decía: «Agora estamos en este otro; como se acabare, acordádmelo».

[4] ¹ Mas, venido el P. Nadal, holgándose mucho de lo que estaba comenzado, me mandó que importunase al Padre, diciéndome muchas veces que en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto, ² y que esto era fundar verdaderamente la Compañía; y así él mismo habló al Padre muchas veces, y el Padre me dijo que yo se lo acordase como se acabase el negocio de la dotación del colegio (5); ³ y después de acabado, como se acabase lo del preste (6) y se partiese el correo. ⁴ Empezamos a seguir la historia a 9 de marzo. Luego comenzó a peligrar el papa Julio III, y se murió a los 23, y el Padre fue difiriendo la cosa hasta que hubiese Papa, el cual, como le hubo, luego también enfermó y murió (que fue Marcelo) (7). ⁵ El Padre dilató hasta la creación del papa Paulo IV (8), y después, con los muchos calores y las muchas ocupaciones, siempre

(4) Probablemente, según *El Peregrino* (n. 10), el relato empezó a fines de agosto (v. FN, I, 328, nota 15).

(5) Se trata de la fundación del Colegio Romano, hoy Universidad Gregoriana, con rentas fijas.

(6) Se refiere a la misión de Etiopía, cuyo emperador, según muchos creían, era el célebre Preste Juan.

(7) Marcelo II, elegido el 9 de abril de 1555, murió el 30 del mismo mes.

(8) Juan Pedro Carafa fue elegido Papa el 23 de mayo de 1555 y tomó el nombre de Paulo IV. Sobre sus relaciones con Ignacio, v. *El Peregrino* (n. 93 y nota 2).

se ha detenido hasta 21 de setiembre, que se comenzó a tratar de mandarme a España, por lo cual yo apreté mucho al Padre que cumpliera lo que me había prometido; ⁶ y así ordenólo ahora para los 22 a la mañana en la Torre Roja (9); y así, acabando yo de decir Misa (10), acudí a él para preguntarle si era la hora oportuna.

[5] ¹ Me respondió que fuese a esperarle en la Torre Roja, de modo que cuando él llegase, yo ya estuviese allí. ² Pensé que tendría que aguardarle allí mucho tiempo y, mientras me entretuve en un pórtico hablando con un hermano que me preguntaba sobre un asunto, llegó el Padre y me reprendió, porque, faltando a la obediencia, no le había esperado allí. Y no quiso hacer nada aquel día. ³ Luego volvimos a insistirle mucho... Y así volvió a la Torre Roja y dictaba paseando, como siempre había hecho antes. ⁴ Yo, para ver su rostro, siempre me acercaba un poco, y el Padre me decía: «Guardad la regla» (11). Y como en una ocasión, olvidándome de su aviso, me acerqué —y recaí en lo mismo dos o tres veces—, el Padre me llamó la atención y se fue. ⁵ Luego al fin volvió para terminar de dictarme, en la misma torre, lo que está escrito. ⁶ Pero, como hacía tiempo que estaba a punto de salir de viaje —precisamente la víspera de mi partida fue el último día en que el Padre me habló de esta materia (12)—, no pude escribirlo todo completamente en Roma. ⁷ Y en Génova no tenía amanuense español, por lo cual dicté en italiano lo que traía conmigo desde Roma anotado brevemente. Terminé en diciembre de 1555 en Génova.

(9) La *Torre Rossa* fue anexionada a la casa de la Compañía y tenía algunas habitaciones destinadas a los enfermos.

(10) Los manuscritos castellanos que se conservan actualmente terminan aquí, dejando la frase cortada. Lo que queda sólo se conserva en la traducción latina de los *Acta Sanctorum*. De ésta, reproducida en FN, I, 363, hacemos la presente versión.

(11) En una de las «reglas de la modestia» se hablaba de un cierto control de la mirada y de mantener los ojos comúnmente bajos ante una persona de respeto.

(12) Este día fue, según la *El Peregrino* (n. 99), el 20 de octubre.

IGNACIO DE LOYOLA

CUADRO HISTORICO

Nacimiento de Iñigo.	1491	
	1492	Conquista de Granada. Descubrimiento de América. Alejandro VI, Papa (Borja). Nacen Juan Luis Vives y Francisco de Vitoria.
	1495	Nace Juan de Dios.
	1497	Expedición de Vasco da Gama a la India. <i>La Cena</i> de Leonardo da Vinci.
	1503	Pio III y Julio II, Papas.
	1504	Muere Isabel la Católica.
Iñigo en Arévalo.	1506	Construcción de San Pedro de Roma.
Muere el padre de Iñigo.	1507	
	1509	Nace Calvino.
	1512	V Concilio de Letrán
	1513	León X, Papa.
	1514	Los portugueses llegan a la China.
«Delitos enormes» de Iñigo en Azpeitia y proceso.	1515	Nacen Teresa de Avila y Felipe Neri. <i>Enchiridion</i> de Erasmo.
	1516	Muere Fernando II. Carlos I, rey. Unión de la corona de Castilla con Aragón y Cataluña. El <i>Principe</i> de Maquiavelo. <i>Utopía</i> de Tomas More.
Al servicio del virrey de Navarra.	1517	Las 95 tesis de Lutero.
Carlos I autoriza a Iñigo a llevar armas y a tener guardia personal.	1519	Carlos V, emperador. Magallanes inicia la vuelta al mundo.
	1520	Lutero rompe con Roma. Muere Juan de Dios.
Herida de Pamplona.	1521	Los turcos ocupan Belgrado. Conquista de Méjico.
Montserrat y Manresa.	1522	Adriano VI, Papa.
Manresa, Barcelona y Jerusalén.	1523	Clemente VII, Papa.
Estudios en Barcelona.	1524	
	1525	Pavía. Nace Palestrina.
Alcalá.	1526	

Salamanca.	1527	
París, Sorbona.	1528	
	1531	Enrique VIII rompe con Roma.
Votos de Montmartre.	1534	Paulo III, Papa.
Sale de París.	1535	Martirio de Juan Fischer y Tomás More.
	1536	<i>Institutio religionis christianae</i> de Calvino. Muere Erasmo.
Ordenación de Iñigo en Venecia.	1537	
Reunión de los compañeros en Roma. Primera misa de Iñigo.	1538	Nace Carlos Borromeo.
Deliberación y fundación de la Compañía de Jesús.	1539	
Confirmación de la Compañía de Jesús por Paulo III. Francisco Javier parte a la India.	1540	Muere Juan Luis Vives.
	1541	Miguel Angel termina el <i>Juicio Final</i> .
	1542	Llegada de los españoles a Filipinas y de los portugueses al Japón. Nace Juan de la Cruz.
	1543	<i>De revolutionibus</i> de Copérnico.
<i>Diario Espiritual</i> de Ignacio.	1544	
	1545	Inicio del Concilio de Trento. Nace Tomás Luis de Vitoria.
Muere Pedro Fabro.	1546	Muere Francisco de Vitoria.
Paulo III aprueba los <i>Ejercicios Espirituales</i> .	1548	
	1550	Julio III, Papa.
Ignacio termina la redacción de las <i>Constituciones</i> . Muere Francisco Javier.	1552	
	1553	Ejecución de Miguel Servet en Ginebra.
	1555	Marcelo II y Paulo IV, Papas.
Muerte de Ignacio (31 de julio).	1556	Carlos I entrega a Felipe II las coronas de Castilla y Cataluña-Aragón.

NOTA BIBLIOGRAFICA

—*Acta Patris Ignatii scripta a P. Lud. González de Cámara 1553-1555*, en *Monumenta Historica Societatis Jesu*, series IV, *Fontes Narrativi de Sancto Ignatio*, volumen I (Roma 1943), pp. 323-507.

Edición crítica del original castellano-italiano, de la traducción latina de Du Coudray y de los prólogos de Gonçalves da Câmara (castellano) y Nadal (latino). Contiene una introducción muy completa. Obra fundamental.

—*Autobiografía*. Editada y anotada por Cándido de Dalmases, S.J., en: *Obras Completas de San Ignacio de Loyola, Edición manual*, Madrid ⁴1982, pp. 65-165.

Pone al alcance de un público no especializado la edición de *Monumenta* e incluso la completa.

—*Autobiografía*, en: *Obras completas de San Ignacio de Loyola*. Tomo I: *Autobiografía - Diario espiritual, Introducciones y comentarios del R. P. Victoriano Larrañaga, S.I.*, Madrid 1947, pp. 1-580.

Obra de una gran erudición que destaca por la interpretación espiritual del relato ignaciano.

Se han publicado excelentes traducciones de la *Autobiografía* ignaciana, algunas de las cuales contienen muy buenos comentarios. Sobresale la reciente edición francesa: *Ignace de Loyola, Récit écrit par le Père Louis Gonçalves aussitôt qu'il l'eut recueilli de la bouche même du Père Ignace, suivi d'une lettre du Père Jacques Lainez S.I. (1547). Traduction par Antoine Lauras S.I. Introduction, notes et index par Jean-Claude Dhôtel, S.I.* Decleé de Brouwer-Bellarmin, Paris 1988.

Tanto la edición de Dalmases como la de Larrañaga contienen bibliografías muy completas. Además, a lo largo de la presente obra, se hallan referencias sobre distintos puntos particulares del texto ignaciano que constituyen un complemento bibliográfico. Para información bibliográfica más amplia, puede verse:

—Iparraguirre, I., *Orientaciones bibliográficas sobre San Ignacio de Loyola*, Roma ²1963.

—Polgar, L., *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jésus*, 1901-1980, I. *Toute la Compagnie*, Roma 1981.

—Ruiz Jurado, M., *Orientaciones bibliográficas sobre San Ignacio de Loyola*, Roma, 1977.

**LAS RUTAS
DEL PEREGRINO**

